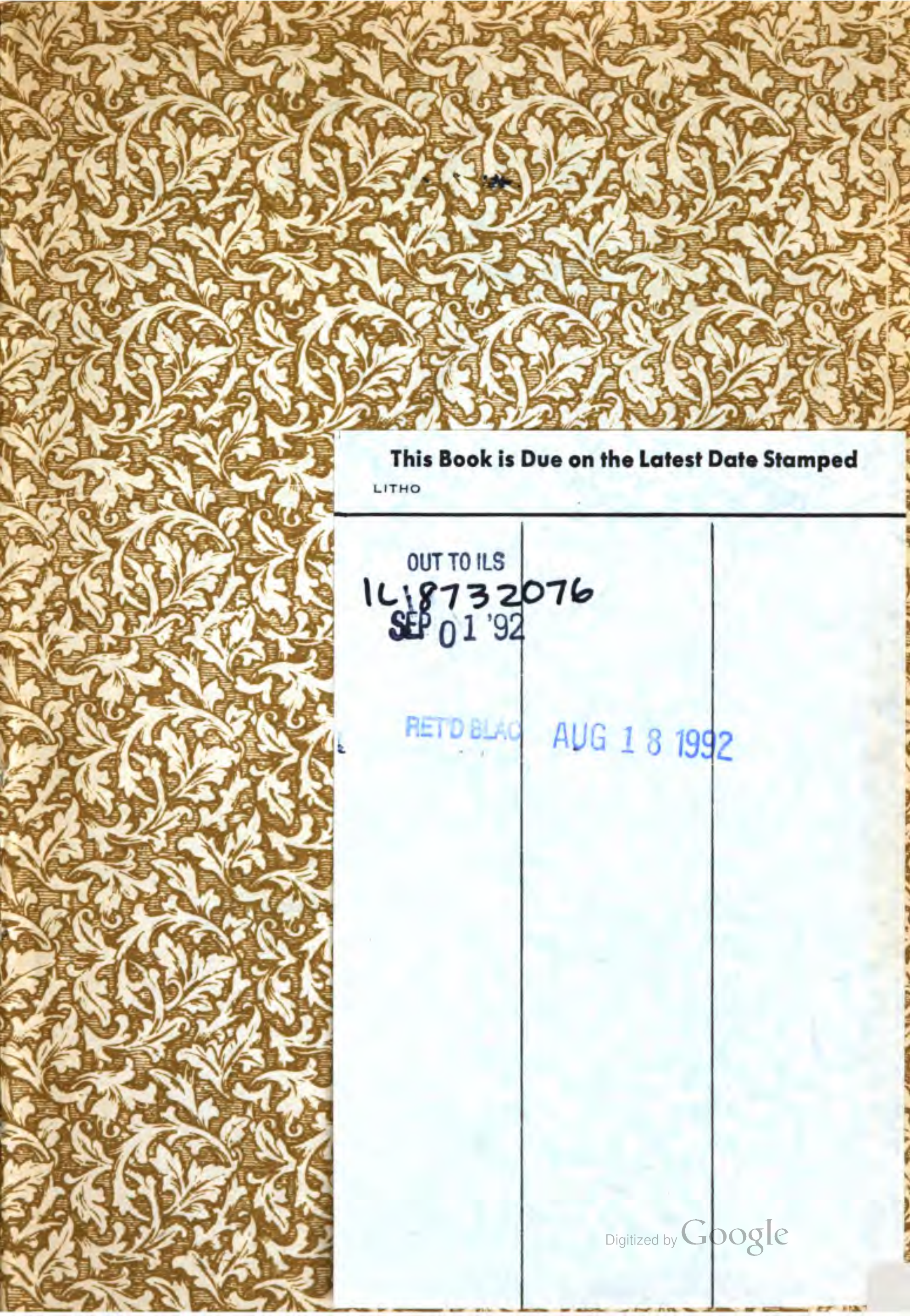






A Ricardo Jaimes Freyre,
su admirador lejano,
Jesús Castellanos

Marzo 16/904.

DE TIERRA ADENTRO

JESUS CASTELLANOS

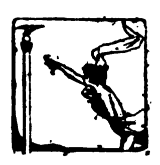
DE TIERRA ADENTRO

(CUENTOS)

HABANA

Imp. Cuba y América"
1906

ES PROPIEDAD



....Huc, pater o Lenœ, veni, nudataque musto
Tinge novo mecum dereptis crura cothurnis.

VIRGILIO.—*Geórgicas.*

PROEMIO

A VALDIVIA.

NO necesito decir aquí que será este un libro modesto, de simple color artístico, sin tendencia alguna sociológica apesar de ese rubro presuntuoso "DE TIERRA ADENTRO" que habeis leído un poco desconfiados. Será un libro sencillo que aspirará á hacerse un hueco pequeño en la atención de este preocupado público del trópico enfermo, conformándose á borrarse á pronto como la emoción que nos dejó alguna vez una tímida colección de manchas donde hubo poco de color y mucho de aceite para rellenar.

Responden estas páginas á un cariño de añejo sentido hacia esos temas interesantes que de lo ménos interesante de nuestra tierra nos vienen. He guardado siempre respeto emocionado por ese proceso rudo y potente que significa la vida de la naturaleza y de los hombres en plena libertad; parece que los ímpetus de ambos, bajo su aire propio, no están detenidos por esta capa de urbanidad que hace á la primera crecer discretamente en las ramas de los laureles urbanos y á los otros sonreir

sin ruido, indignarse á medias, amar según complicados dogmas artificiosos. A vosotros y á mí ¡cuántas novelas nos han contado los hombres y las cosas del campo libre en aquellos días en que una necesidad angustiosa de retorno á la animalidad pristina nos sacó de la ciudad y de los libros para gozar de cortos asuetos pletóricos de egoismos rudos, de impulsividad hacia nuestros semejantes, de crueldad con las pobres bestias que en la urbe nos parecieron monerías. Anémicos y pulidos, nos examinamos á la vuelta con cierto asombro íntimo, y al recordar lo que fuimos cuando descortezados en la pradera, y lo que eran nuestros amigos broncos y mal olientes, nos encantan las maravillas de crueldad, de sensualismo, de socarronería en que floreció la psicología de todos, como esos frutos rebeldes y raquíticos que, puestos á un rayo de sol, despuntan rápidos toda su veste de espinas.

De estas bravías desnudeces morales y materiales que, acaso por defecto de óptica nuestra, en nada se parecen á las suaves escenas de Teócrito y Virgilio, ha corrido una ancha vena á la literatura del último tercio de siglo, y, criados bajo la férula de la escuela naturalista, sabemos por Balzac y por Zola de todos los repliegues de esa alma bizarra de la aldea y de la montaña; sabemos que Amarilis y Dafnis, las tañedoras de crótalos, murieron, y que cruzan los prados recias figuras de senos lisos y caderas angulosas que dan á los pastores un amor oloroso á aguardiente en el fondo de las cunetas resecas..... Y sabemos que todo esto es más bello que el poema de los idilios clásicos, por lo mismo que trae mas puro el olor acre y punzante de la tierra.

Y bien; la América, tan preparada para el trabajo imaginativo, tan penetrada por la literatura francesa que á España misma enviara la influencia transpirenáica por reflujo, según confesión de D. Juan Valera, la

América ha desdeñado lamentablemente este género de literatura. Apenas en media docena de novelas y colecciones de cuentos viven las fierezas de los llaneros y enseñan los bustos morenos las indias de suelto zarape. A la pluma caen de pronto, y sin consultar bibliotecas los nombres de Diaz Rodríguez ó José Manuel Gamboa en algunas de sus novelas y de Manuel Ugarte en sus "Cuentos de las Pampas". Pero son pocos: este género de sinceridad y de salud—acaso el que mejor dotados encuentre á los escritores americanos, como ocurre á los españoles—apenas tiene cultivo, entre la florescencia de críticas, prosas líricas y ensayos novelescos que se inspiran en páginas de un gran mundo satinado que no conocemos. Lo que no dominan, ese lucido escenario de duques y marquesas podridos, es precisamente el jardín de sus mariposeos literarios. Es el caso de los españoles Pereda y Emilia Pardo, muertos en cuanto pasan de la sierra al boulevard.

Nuestra literatura cubana ha acentuado esta tendencia injusta. Podemos decir que fuera de la *Leonela*, de Nicolás Heredia, no encontramos en ningún libro de nuestra producción contemporánea ese áspero olor á cardo santo que nos llega de las maniguas pobladas de novelas vivas. Un inteligente literato dominicano vertió ahora poco la afirmación de que "el pensamiento cubano es más filosófico que poético", y acaso esto explica que nuestros literatos de más fina inteligencia,—bien orientados en la crítica, lujosos de frase en la prosa romántica, conocedores de los efectos en el cuento y la novela—no sientan frecuentemente el cálido raudal de poesía que emerge de la naturaleza desnuda de adornos, de la aldea desnuda de prejuicios.

Ya sé, ya sé que se disculpa el abandono con el tópico llevadero de que falta color á nuestros pueblos, paupérrimos como ningunos en tradiciones poéticas. Cierto

que nuestra población rural, replantación de la taciturna población canaria, vive despojada de indumentarias de colores vibrantes, de bailes domingueros en las plazas, de alardes caballerescos rimados con el cuchillo y la guitarra. Cierto que á los negros, que trajeron sus plumas de papagayo y sus cascabeles resonantes, se les mató la ruda poesía africana á golpes de *boca abajos*. Cierto que el sol, gran creador de poetas en otras tierras, se aburre en su paso diario por nuestras frondas lujuriantes al escuchar la décima insípida, ingenuamente coja en la mitad de sus versos...

Pero la naturaleza libre es cosa tan bella que aún en los pueblos pobres, es rica. Hay bajo cada pico mal tejido de bohío, un choque constante de sentimientos que infatigable crea dramas y poemas. Aquí, como en ultramares, la pasión corre en un hilo subterráneo bajo todas las apariencias, y son las mismas codicias, las mismas rabias, los mismos heroísmos de ocasión. ¿Por qué decir que no hay asuntos para hacer novelas?

Dijo el arcipreste de Hita que "por dos cosas se mueve el mundo: por haber mantenencia, é por folgar con moza placentera"...... Sólo que la edición de esta eterna historia es á la rústica entre los agrios vecinos de las alimañas y de las hierbas malas.

Hay un punto débil para los que sobre cosas de la vida agreste escribimos, y es la extrema devoción hacia la siempre nueva decoración natural que rodea, sumerge y empequeñece á los hombres en una onda de belleza. De esta debilidad que han padecido casi todos nuestros grandes descriptores, incluso los mismos pontífices de la escuela naturalista, he querido sustraerme no olvidando la vieja fórmula de Pope: *The proper study of mankind is man.* Toda la riqueza de los paisajes exteriores no alcanza á la de los secretos jardines internos. Lo de afuera puede cansar á trueque de muy visto; lo de aden-

tro contiene una infinita gama de auroras y de puestas, de planicies serenas y de crestas airadas. La palabra naturaleza, observa ya la crítica, va empezando á escribirse con minúscula. Recuérdense las tribulaciones de los antignos pintores paisajistas. Todos los choques de luz cruda, todos los románticos efectos de luna, todo el artificioso reparto de masas, no bastaba á distraer el ojo ávido del dilettante. Faltaba la figura central, que no podía ser un tronco de árbol ni una montaña azul. Vinieron Bretón, Dupré, Millet, Corot, Manet; y los aldeanos cruzando sudorosos el lienzo dieron vida á la madre tierra. La llanura helada duerme monótona; aparece Pierrot y la llanura habla. Dichosa la tierra, porque se ha inventado al hombre para que la pise. Así hablaba Zarathusthra: "Cuál suerte sería la tuya ¡oh sol! si no tuvieras una tierra y un hombre á quien alumbrar"......

No conozco otra manera de sentir la naturaleza: mezclando sus causas á los efectos que en el alma producen, recogiendo sus bizarrías por la forma que proyectan en el espíritu. De esta correspondencia suave y constante, de ese flujo y reflujo viene el hilo para que tejan poemas los bucólicos de esta decadencia. Así nos ha llegado la poesía agreste de los labios trémulos de nuestras abuelas, que en las noches de frío—lo recordais todos con emoción—nos refirieron la historia de Joaquinillo, el que le vendió el alma al diablo, ó la del *Bermejo* que mató á su mujer en cinco meses y tres días.

Este sentir de la naturaleza tiene el inconveniente serio de que cuidando el detalle que hiere y que colora, se pierde de vista la fidelidad en la descripción de regiones conocidas. Me direis dentro de poco que en tal zona de Cuba no existen cedros, sino pinos. Y tendreis razón acaso. En uno de estos cuentos, por ejemplo, se habla muy convencidamente de la sierra de los Organos, fron-

dosa, exuberante cadena de montañas. No creais una palabra de ello: en la sierra de los Organos—ahora poco lo he sabido—no crece una brizna de hierba; sobre su entraña volcánica ruedan los guijarros, los *dientes de perro*, que dicen los guajiros. La nuestra será la del Rubí, la de Cacarajícara, cualquier otra. Pero ¿había de abandonarse un vocablo tan hermoso, tan evocador?......

Y bien; lo que aquí ha querido hacerse es un poco de arte. No hay la aspiración de hacer pasar esta obra modesta por un tratado de botánica ó de orografía.

Rastreando por un campo que me duelo esté casi yermo en nuestra literatura cubana, he aproximado estos cuentos que pueden tener entre sí un parentesco no muy lejano. Así van al favor público, buscando una salvadora correspondencia en cada espíritu para estas observaciones pescadas mientras pasa el río de la vida......

Habana, Oct. 1906.

J. C.

DE TIERRA ADENTRO

LAS MONTAÑAS

EN AQUEL entonces, á los veintiocho años, era yo maestro público en un barrio rural de Vuelta Abajo, en plena entraña de la sierra de los Organos.

He de decirle á usted,—continuó mi amigo Pedrall alargándome la taza de café, coronada de una vaga respiración azul,—que aquella sierra, veinte años atrás, era un pedazo de nuestra isla que si bien descubierto por los hombres no podía decirse que hubiese sido conquistado por completo. La escuela era el centro de un distrito, en el que los alumnos venían cubiertos de sudor y polvo con la merienda hecha para pasar todo el día fuera.

Sosegada y muelle, era la sierra una amazona robusta que no entendía de otros amores que los de los venados y puercos jíbaros que venían á cobijarse bajo sus bóvedas húmedas y llenas de rumores. Su regazo tranquilo les cubría siempre la retirada en las luchas con los duros cazadores, y para ellos tenía lechos frescos de hojas, pasto abundante de bellotas, palmiche y buena y sedosa grama, conciertos asombrosos de un mundo alado que cantaba hasta la media noche, y perfumes puros de la selva ¡pero qué perfu-

mes!...no los he gozado después como aquellos que traía el terral todas las tardes después de haberse colado por entre las hojas nuevas y los gajos florecidos, y que era el mismo hálito antiguo y puro de la creación...... Nadie hubiera podido suponer toda la vida que latía en aquella sierra que se tendía jorobada y como retorcida de horizonte á horizonte, erizado el lomo de crespa y dura vegetación! Tenía su alma, no hay duda: porque me enseñó muchas cosas que después me han orientado en la ciudad; y no se puede enseñar si no se tiene un poco de alma.... ¡Pero vaya usted á saber estos misterios!......

Bien...... Pues allí fué donde, al callar una tarde los cascabeles de mi mulo frente á una casita toda blanca, vecina lejana de una tienda de camino, se apoderó de mi espíritu una turbación parecida á la de Robinson al ser arrojado por el naufragio á la costa. Créame usted que si yo no hubiera tenido un temperamento dulzón, fácil á identificarme con los secretos de la naturaleza, y si por otra parte no hubiese sido aficionado á tañer la flauta y á herborizar un poco, en el primer crepúsculo de la montaña me hubiese despeñado sobre el barranco de los Pinos.

... ..Más tarde amé la montaña. Oiga usted esta página de mi vida de ermitaño cuyo recuerdo me hace cerrar los ojos como el aroma de una hoja seca que nos embalsama al abrir una gaveta abandonada.

Sucedió bajo el mediodía fulgurante de un domingo de Julio, en la época en que la Naturaleza canta por todas sus hierbas ondulan-

tes y todos sus insectos en celo... Metiendo las narices en los herbazales y seccionando hojas perfumadas, avanzaba por el sendero de la montaña, en la parte más pelada que deriva al Norte, cuando me encontré á la vuelta de unos riscos caprichosos como nubes, á Catela, la muchacha de los Pérez, de "Sitio Escondido," abrigada en la sombra circular de una *baría* gigantesca y absorta en la operación de labrarse un pito con un canuto tierno de piñón.

Catalina,—según el padre que había querido escoger un nombre rumboso para su hija, —*Catela*,—según la madre y todos los monteros de la sierra, que la enviaban un saludo con el látigo al pasar á su vera con el ganado,—había aceptado voluntariamente el papel de pastora de las cinco vacas del corral á la edad en que todas las muchachas comienzan á adornarse con rosas la cabeza y á bajar los domingos al pueblo con zapatos apretados.

Hubiera sido inútil hacerla entrar por cosas más serias y propias para casarla bien. Catela era una codorniz selvática para quien el matrimonio hubiera sido una jaula, y que una vez que tuvo que pasar diez días en el pueblo al lado de su madre enferma, alzaba de continuo el cuello para ver sobre el ventanón del fondo, su sierra querida que azuleaba allá á lo lejos, bajo el palio de las nubes.

Observando sus dieciseis años absolutamente perdidos, insté muchas veces á sus padres para que la quitasen las vacas y el cuje de guayabo, y me la enviasen á la escuela. Ca-

tela oía todo desde su taburete alejado, mascando silenciosa el extremo de una espiga de heno, y no entraba como sus hermanas peripuestas y sus hermanos ciclópeos, en la charla de las tardes de verano. Me miraba callada con sus grandes ojos bovinos, hechos á la impasibilidad de la naturaleza; se había habituado á verme aparecer amenudo por la guardarraya del sitio y acaso tenía en lo hondo de su alma dormida un fondo de agradecimiento para aquel único ser que la estimaba capaz de algo serio, á ella que era una pobre bestia sumisa. Y digo que me lo agradecía, porque en la tosca atención conque me apartaba una piedra del camino ó me saludaba de lejos con el extremo del delantal al acompañarme al anochecer hasta la *tranquera* que había de cerrarse, había algo del gesto solícito del perro que quiere ser cariñoso con su protector......

—Desengáñese, maestro, concluía siempre el padre con un ademán de rudo excepticismo; la cabra tira al monte y con esta no sacará usted nada......

Y Catela le daba la razón con su horror positivo á todo lo que fuese cultivo espiritual.

...Así fué que nunca estuvo más en carácter Catela, que cuando en un mediodía de Julio me la encontré subida como una cabra sobre los riscos escarpados, bajo la sombra de una *baría* y ocupada en labrarse un pito rústico con un fragmento de piñón......

A su alrededor salía de las hierbas el tintineo de las esquilas. Las vacas, medio hundidas unas en la fronda, echadas las otras

sobre el césped, lucían la piel ocre y brillante á la caricia del sol. De una, avanzada hasta el otro lado de la cresta, sólo se veía la cabeza bien armada, erguida como por una súbita impresión de espanto. Entre ellas, y confiados, saltaban como motas ligeras algunos pájaros que buscaban granos en el estiércol. Y alzados, volviendo cándidos la gualda cabeza al sol, asomaban sobre la hierba quemada á trechos, manojos de girasoles...... En aquel cuadro, y más inconsciente acaso que las flores de la montaña, representaba Catela al hombre......

¡Santa Eduvigis, nuestra patrona, y qué sorpresa se llevó al verme naufragando en la hierba alta del sendero y, haciéndome una proa con el gran paraguas rojo!......

—¡Eh! ¡El maestro aquí arriba!...... ¿Pero cómo ha podido usted trepar por esta vereda de chivos?... Oh, maestro, usted se está volviendo loco......

Había salido de su rincón acolchado con hierbas, y balanceándose al caminar, las manos puestas en jarras, me miraba riéndose á carcajadas. ¡Qué distinta parecía vivir allí su alma, dentro de la misma corteza bella y salvaje! Me hablaba con soltura, con una libertad de dueña que recibe en su casa, que antes no le hubiera conocido cuando entre los suyos la veía. Como quien encuentra un camarada, acabó por limpiarme con las manos un sitio en las piedras, cerca del suyo.

Luego se paró á mirarme de nuevo, como si no se convenciera aún de la presencia de mi saco y mi paraguas imponentes en aquellos

matorrales aromosos y vírgenes. Y así, recortando sobre el suelo su figura fuerte, dibujada bajo sus lienzos claros, era la misma hada de las montañas que se corona de guirnaldas y lleva siempre los pies mojados en el agua de las fuentes......

Empecé á explicarle el motivo de mi presencia en aquellos breñales, mi manía de picar hojas y flores que no tenía nada que ver, como ella hubiese creido, con el ejercicio de la medicina. Con algo de orgullo doctoral entreabrí el bolsillo ámplio del levitón y ella puso su cabeza junto á mis hombros para mirar asombrada el fondo, donde se apretaban los hierbajos y corolas seccionados. Del bolsillo subio un vaho dulce á savia tierna....

De pronto se detuvo, aguzando el oido.

—Espérese, maestro, ya esas condenadas se han regado......

Y las llamó por sus nombres.

—*¡Pinta, Loba, Juguete!*......

Las buscó, fundiéndose hacia abajo en las maniguas frescas en la dirección de los cencerros que latían débilmente. Por encima de las hierbas y eclipsándose al paso de los aromas espinosos y los *guaos* lanceolados, flotaba su sombrero de paja adornado con una gran espiga rubia...... Volvió á poco, arrinconando al ganado hacia la parte más limpia de zarzales, y el canto de los cencerros rodó más cerca, quejumbroso y acompasado. Rosada y sudorosa, se echó al suelo, junto á mí, y así quedamos largo rato, con los ojos puestos en la sierra de enfrente, de cara al valle que temblaba en el aire caliente, y poseídos por el silencio augusto de las cosas......

—Y bien, mi buena pastora, ¿cómo es que puedes pasarte la vida así, como una guinea de la sierra?...... Le tendrás mucha *ley* á las montañas; conocerás sus secretos ¿eh?...

Calló un rato, y al fin me respondió sin mirarme, hipnotizada por la línea sinuosa del horizonte:

—Es que las quiero... porque las quiero.... Porque soy una tonta.... Porque ellas me quieren... ¡y tanto que sí maestro!...

Luego—alzando un momento los ojos á mí y volviéndolos al suelo, murmuró toda roja, haciendo con la punta de la vara trenzados en la tierra.

—A usted... á usted se lo puedo decir... porque usted no cree que yo sea una bestia cerrera, como creen los otros. Usted es muy bueno y —¿me lo dispensa usted?—con usted tengo confianza..... Pues bien, las montañas tienen también sus adentros, como las gentes.... ¿Usted ve aquellas lagunas blancas? Pues esos son los ojos de la sierra, y cuando se desbordan es que están llorando... Y yo lo sé—concluyó confidencialmente—porque todo me lo ha contado, una vieja que por esta sierra curaba á los monteros hasta el último año.

Un bramido melancólico salió de allá abajo, y al llegar á la cuesta en alas del viento, un crujido prolongado y agrio sacudió el tronco de la *baría*. Diríase que desde la tierra baja alguien nos mandaba una queja.

—Mire usted maestro, continuó; aquellas tres jorobas que tiene la sierra, conforme mira usted de frente, son tres hermanas gimaguas, yla madre es el monte greñudo y es-

peso que se viste de rosa todas las tardes, allí á la derecha. Eran tres señoritingas orgullosas que no encontraron novio aquí abajo y empezaron á crecer y á crecer para entrar en trato con las estrellas y buscar marido en el cielo. Pero un día cayó de allá arriba una piedra encendida, y ellas comprendieron que tampoco las querían las estrellas. Desde entonces, están ahí paradas y tiesas como solteronas dejándose crecer la melena de palmas y majaguas..... (Y á continuación encarrilaba una nueva leyenda.) Allí en el otro lado, en la herradura del palmar, hay una piedra blanca que usted puede ver empinándose un poco; por allí pasaba cada mes con su recua y sus *gangarrias* hasta bajar al valle, Miguelón el carbonero, de quien habrá oido usted hablar á los viejos. Una vez las brujas celebraron un velorio en el bosque y avisaron al carbonero para que no pasara á esa hora. Miguelón testarudo pasó con su recua, y la montaña tembló toda, y abriendo un *canjilón* inmenso, se lo tragó. Todavía se oye en las noches de luna el golpe de los cencerros que lloran: ¡tan, tin! ¡tan, tin!...... Vamos á ver maestro, usted que sabe tanto ¿á qué no me dice qué sucedió cuando se casaron ese monte tan grande que se ve ahora todo morado y la loma pelada que se vé asoleada á su izquierda?......

Y ante mi negativa humilde, prosiguió embelesada:

—Pues sucedió que fueron á la ceremonia todos los otros montes, llevando encima lo mejor y más oloroso de sus flores: el novio

viejo y feo como usted lo ve, entró en celos y ahí tiene usted que mueve un temporal con los matojos y las pencas de las palmas, y empieza á arrojar hacia abajo un aguacero de piedras grandes y negruzcas. Entonces el buen Dios, que se había levantado temprano aquella mañana, mandó un chubasco sobre el viejo, y pronto se hizo un río que dividió al energúmeno de la novia y los parientes...... Es aquel arroyo que usted ve colgando desde arriba como un pañuelo....Cuando se casan dos por esta sierra, allá van á tomar de su agua fresca, que les asegura la paz. ¿Ve usted el nacimiento en la cresta?....En él baja a beber por las madrugadas una estrellita verde......

Oyéndola absorto divagar, había recogido del suelo una campanilla silvestre: aspirando el aroma tierno y lechoso y escuchando á un tiempo el relato, me parecía que era Catela quien me perfumaba hasta lo íntimo del alma.

Me aproximé á ella sin hablar. El silencio de la montaña, donde su voz resonaba como el acento de un poseído, me había ido impresionando lentamente, y mi espíritu, blando de naturaleza, iba deslizándose en suave caida hacia una melancolía inocente. Un rumor fresco de hojas sobre hojas acariciaba los oidos.......

—¿Pero es eso cierto?...exclamé al fin con un estirón de todo el cuerpo y como saliendo de un sueño.

Ella se había quedado muy seria.

—¿Lo ve usted? masculló contrariada.

Ya también usted se burla de mis cosas......
No he debido contarle nada.... Ahora me llamará usted tonta y contará allá abajo todo, todo esto que no se comprende mas que aquí en la montaña......

De repente, pareciendo cambiar de idea, calló. Se había levantado y arrastrando los pies sobre los guijarros, fijaba la vista en el extremo del valle donde la cordillera había tomado un matiz de acero profundo.

—Tenemos agua, dijo simplemente.

Poniendo la barba sobre su hombre, miré al sitio que señalaba su dedo. El brazo tostado y terso, desnudo hasta más arriba del còdo, me interrumpía la visual con una nota de piel brillante, y parecía señalarme el camino del Paraíso. De las ropas usadas, salpicadas de manchas verdosas, emergía un recio olor á carne fresca mezclado con jugos de hierbas, un olor parecido al de esas diabólicas bebidas que preparan los frailes en las tierras cálidas de la Provenza......

—¿No lo ve usted, maestro?...al frente, como quien vá para la costa......

Sobre las faldas de las lomas comenzaron á pasar las nubes, cargadas, apopléticas, orgullosas como señoronas. Grandes manchas de sombra que bajaban desde las crestas al pié, afrentaban rápidamente el manto de verdor, y luego pasando sobre nuestras cabezas, entristecían un momento el tono brillante de las hojas. Así fué durante media hora....Al cabo empezó á llegar del otro lado un hálito fresco, húmedo, salutífero, embriagador, henchido de perfumes y voces de la sierra...; y toda

una parvada de auras se esparció por el cielo, revolando como un hormiguero desorientado, perdiéndose unas en el gris de lo alto, rasando otras las copas vecinas con grandes aletazos. Una culebra de plata brilló un instante desgajando en el valle una palma y con el ronquido tremendo llegó la señal del principio. Gruesas gotas, rectas como perdigones, agujerearon las hojas secas....

No quise aceptar la cabaña de vara en tierra, que á una voz de nuestro puesto me brindara Catela. Aquel inmenso teatro de mecánica natural, me ataba con sus grandezas estupendas, y sobre la grava del monte se clavaron mis pies, perezosos y dormidos, de frente al valle, que un velo espeso había empezado á desdibujar. Con un signo llamé á Catela y bajo el paraguas rojo, grande como una tienda mora, pasamos el chubasco, arrullados por el bramar de las ramas altas. En nuestro derrredor, asustado y temblándole las carnes se agrupó el rebaño, buscando el abrigo de la *baría*, y marcando su espanto con un loco repique de las esquilas.

Juntos ella y yo en la misma piedra, apretados para mejor aprovechar la protección del paraguas, la conversación se hizo más íntima. Quiso saber para qué servían esos bejucos picados que escondía yo en mi bolsillo, verlos, palparlos, penetrar la virtud especial que forzosamente habían de tener. Eran fragmentos de tallos, de flores, pequeñas hojas de calado esqueleto, corolas seccionadas por su eje. Un vastágo recien cortado asomaba en sus extremos una gota de un blanco purí-

simo: diríase un toque levísimo de esmalte de plata. Varias hojas de caimito rotas á trechos, dejaban ver la separación de los dos pigmenmentos. Un manojo de hierba-luisa le perfumó las manos al recogerlo del suelo.......

—Respire aquí, maestro........

Y me pasó las manos cerca del rostro. En mis labios bailaba un beso que no le dí...... Pero quedé extremecido en lo más hondo, y desde entonces el calor de su cuerpo junto al mío. me fué más dulce y voluptuoso. Ella habia bajado los ojos como si comprendiera mi turbación......

—Catela, dime ¿no has tenido novio nunca?

Esta frase mia, dicha con voz insegura, sonó en medio de la salmodia murmurante del aguacero, con un tono extraño y conmovido. Me asusté á mi mismo y no me atreví á mirar de frente á mi compañera. Catela se había separado de mí levemente, y avergonzada, como temerosa, me daba la espalda......

—¿No?...¿Nunca?... insistí sobre su hombro.

Ella jugaba con la vara en el cesped húmedo. Fué una gran pausa, y al cabo tuvo que ponerse toda roja como un hermoso geranio de los bosques, para decirme mirándome á los ojos:

—No sé; no me hable de eso...... maestro..... Yo soy una tonta...... no sé......

Había cesado de llover. Rasgándose á trechos el velo de nieblas. fué descubriendo todo el valle, y al fondo, en la cadena azul, el hilo del arroyo cabrilleó un momento. En el palio de nubes se abrió un pedazo de cielo y fué una boca por donde el sol comenzó á reir. Desde

nuestros pies hacia abajo una red de arroyuelos nuevos bajaba cantando entre las piedras, hinchados y alegres entre el brillo de las matas recien lavadas.

Mirando de nuevo á la muchacha la encontré encantadora. En su derredor flotaba una atmósfera de dulce romanticismo de que no podia evadirme. Y allí en su atmósfera propia, descortezándola como á un árbol de entrañas aromáticas, iba divinizándola poco á poco. Se había quedado absorta sobre la piedra, los pies en la arena todavía inundada......

Fué así media hora de fraseo infantil y tímido.

Bajamos juntos. Los dos bajo el paraguas y sin hablarnos. Delante, reposados y puestos en vereda, nos marcaban el paso con sus cencerros las cinco vacas, en una cálida y movida nota de color.

—¿Y decías tú, Catela, que las montañas se casaban?......

Bajando de la sierra, sus pensamientos volvían á serenarse y su locuacidad encantadora se entorpecia.

—Dicen así, maestro.... Mire; de aquella loma picuda, terminada en cucurucho, y de esa otra gorda y coloraduzca han salido todas esas lomas tamañitas que usted vé. Y son muy felices. Les dicen en el país *Pepón* y *Pepilla*...... Allí van los pájaros á anidar porque *Pepón* y *Pepilla* les dan siempre paja y musgo, y no dejan entrar á los cazadores.......

Yo la llevaba asida de mi brazo. Las orejas se me habían puesto encarnadas y la res-

piración se me hacía difícil. De pronto me paré, y le dije bruscamente, casi sin pensarlo.

—¿Y no nos podríamos casar nosotros también?...... Vamos, al decir...... tú y yo......

—¡Ay, maestro!......¡qué cosas! fué su respuesta.

Se alejó dos pasos de mí y la ví que temblaba al andar de pies á cabeza. Yo me había puesto el paraguas al hombro, como un fusil, y silbando confuso, la miraba de vez en cuando oblícuamente.... Entonces fué ella quien se detuvo en el descenso de la cuesta.

—......¿Pero es de veras......? me preguntó de hito en hito poniéndome las manos sobre los hombros.

Entonces pasó por mi espíritu algo extraordinario y desalentador. Me pareció que todo aquel hermoso sueño de la montaña se difumaba, y que la tierra baja en que de nuevo estábamos, me llamaba otra vez á mis deberes, á mis proyectos, á mis egoismos....Pensé en mi porvenir; en mis anhelos burgueses de encontrar una rica heredera del partido, y ser junto á ella el alcalde del pueblo; en mis ánsias intelectuales y refinadas, en mis exámenes ante los deslumbrados tribunales... Y entonces ví en Catela la pastora vulgar y supersticiosa, producto de un degradante medio social....Y en vez del olor acre y afrodisiaco que antes había aspirado en sus carnes, sentí el vaho del estiércol de sus vacas. Y me pareció que en mis palabras sencillas había dejado caer un compromiso tremendo que me ataba de por vida.... ¡Todo lo pensé en un segundo de espantoso panorama!.....

Feroz, brutal, estúpido, aparté sus manos de mi pecho y no recogí el beso que palpitaba en sus labios......

—....Vamos, muchacha, murmuré. Todo ha sido una broma...... No se debe perder la cabeza...... ¿Verdad que es cosa de reirse?......

Catela recibió el disparo á pecho abierto. No dijo nada, pero dejó ir dos lágrimas gordas y sus brazos cayeron con desaliento. Seguimos en silencio.

Después cogió por un atajo con su rebaño delante. La estreché la mano con las dos mías, fuertemente y ya á medias arrepentido.

—Lleva usted razón, maestro... dijo con voz fuerte en que palpitaba un dejo de rencor social. No se debe perder la cabeza...

No dijo más y se fué sin volver la cara. Había aprendido que hay capas sociales en el mundo; y esto fué lo único que pude enseñarle en mis anhelos de maestro generoso... El cuje de guayabo al hombro y cogidos los extremos con ámbas manos, la ví caminar á paso tardo entre las espigas altas, moteadas de rojo, de gualda y de morado....Al desvanecerse en el aire el latido débil de las campanitas, me pareció que con ellas llamaba también el rebaño á su pastora al orden establecido de las cosas.......

POEMA ESCONDIDO

TODO rebosaba alegría en el pueblo......
La iglesia de ladrillo, dorándose en la caricia del crepúsculo, remozada por una reciente pátina de cal, y endomingada vistosamente con cordajes de banderolas que bajando desde la cruz hasta los estribos le daban cierto aspecto de barco empavesado; los mozos fornidos, que desde los *sitios* distantes bajaban pasando la calle real al galope de sus cabal. gaduras, sudorosas y tocadas de rojos lazos; las ventanas de las casas, que parecían reir con francas carcajadas en el retozo de la brisa con las cortinas de colores chillones; los notables del vecindario, ensayando chistes discretos bajo el gran portalón de la posada; los muchachos, formando bandas parloteadoras como pájaros al amanecer, y dando al aire cohetes que hacían persignarse á las viejas beatas, camino de la salve; hasta las fieras del circo, cuya lona levantada en las horas de la mañana daba una nota clara y sugestiva en un rincón de la plaza, á aquella lívida hora del sol muriente... Todo el mundo estaba alegre, menos el señor cura, hundidos los dedos flacos en el cabello crespo de la sien y la sota-

2

na encorvada en informe bulto negro sobre la mesita del refectorio.

Y sin embargo ¡quién más que el padre Nicolás podía regocijarse de que el pueblo, bullicioso y desbordado de las casas, celebrase dignamente á San Sebastián, su patrono, dando ejemplo á las otras comarcas descreídas, donde no se temía á Dios ni al Diablo, donde los muchachos se rompían la crisma antes de los diez años por no haber sido bautizados!.... Caso más extraño aparecía, al recordar el ardoroso entusiasmo del cura, bregando dos días antes por calles y callejas, cepillo en mano al frente de una comisión de vecinos bondadosos, riendo con toda la boca y remangada la sotana para no mancharla con las zarzas pringadas de fango de los bohíos extraviados. El pobre cura debía padecer hondas preocupaciones que San Sebastián no podía por lo visto disipar......

Por la alta ventana abierta á la brisa, llegó de repente la voz del bronce, grave y triste, llamando á la salve: un tañido lúgubre, que brotaba del hondo vientre roñoso y se hinchaba en una gran oleada solemne sobre las cabezas inclinadas y los techos de las casas, pálidos ya de color, como la voz de un padre llamando al sabio consejo. El cura alzó un suspiro débil, irguiendo el cuerpo al llamamiento místico. Tomó el sombrero de teja, calvo de pelos hacia las alas. Miró un momento, con maquinal coquetería, á un espejo pequeño sobre el revés de la puerta, y vió que sus ojos estaban secos. Después salió al aire fresco de la calle, ya cortada en cintas

vivas por las luces prematuras de los establecimientos......

Sobre el concurso de mantos vagorosos, perdidos en la media luz de la nave, bajo el ronquido musical y amoroso de la campana, que llegaba cantando á la noche, el Padre Nicolás volvía á los mismos pensamientos, mientras repasaba desde el púlpito las cuentas del rosario y recitaba distraído el río monótono de palabras inexpresivas.

Y venía á sus ojos todo su drama íntimo, todo aquel drama cuyo solo recuerdo le hacía girar la vista receloso y atormentado, como si en su cara fuese á leerse su pecado; la casita que allá á un extremo del pueblo cerraba sus puertas al aire de lluvia; la sala estrecha, en que había tenido asilo un sacrílego amor del que se hubiese creído incapaz en otro tiempo; la pobre mujer de líneas borrosas que al seguirlo lo había abandonado todo; la cama de toscos lienzos donde, febriles los labios y fatigosa la respiración, se aletargaba una pobre criatura, tierna y blanca como la harina de las hostias...Iba después al panorama de su vida y la encontraba triste y muda, alegrada sólo en aquellos nueve últimos años por la primera revelación del amor sublime, conocido después de los cuarenta años, al cabo de una vida de suave y absoluta castidad....Y veía su juventud de dura testa y formidables biceps, su ordenamiento tranquilo, convencido, sin tiranías de la carne, su peregrinación por curatos pobres, de aldea en aldea en aldea, feliz en el tresillo nocturno con el médico y el alcalde....Mas tarde en una pa-

rroquia de la capital, cuando su vientre empezaba á hincharse á la placidez de la edad madura, se abren un día sus ojos á una dorada claridad, y tropieza al paso sin sospecharlo, con el amor, travieso, artero, déspota de los espíritus.... Se había sentido arrastrado á una primavera de ignorados sentimientos floridos, en que resbalaba su alma sin pena, como á conciencia de que no se hallaba en pecado....Y después... Después, cuando pasados algunos años su caída no tuvo remedio, y ya acariciaba á escondidas una linda cabecita rubia, el buen cura se abandonó al cariño paternal en la confianza de que sobre su corona de sacerdote temblaba el beso de Dios...

Ahora la niña rubia se le moría; se le moría de difteria, y con su madre se hallaba en un pueblo donde, por haber sido traídas dos semanas antes, nadie las conocía ni estimaba. Sólo al padre se le desgarraba el corazón allí muy cerca de ellas, encontrando el mundo desierto para su pena, imposible de confesar; mientras suspiraba pasando y repasando las cuentas del rosario, en suave tintineo contra los mármoles del púlpito.......

...La noche entraba por lo alto de la puerta ennegreciendo los objetos. El ancho biombo del pórtico se hacía más sombrío, y por el lampo de cielo cenizo rodaba en vuelo trémulo el eco mortecino de los bronces, rozando en onda suave el agua bendita de las pilas. A veces un cohete cruzaba en flecha de oro el cuadro de claridad, llevando al cielo la alegría de los hombres......

El Padre Nicolás no durmió aquella noche. Bebiéndose las lágrimas, fué por segunda vez, así terminada la salve, á rogar al médico un nuevo vistazo á la niña de "esa pobre gente que acababa de llegar al pueblo," los únicos que no reían ni bailaban la víspera de San Sebastián. Al buen doctor no le causó extrañeza la insistente solicitud del cura: eran dos corazones fuertes, á quienes las cabezas orientadas en opuesta dirección, no estorbaban el coincidir en la compasión hacia las miserias agenas. Y así, cogidos del brazo, separándose mútuamente las ramas agresivas de los arbustos derramados sobre las cercas, y empeñados perpetuamente en la misma discusión filosófica, habían asistido juntos á muchos dramas escondidos, regando la dulce flor del consuelo sobre las duras testas, comidas de herpes, de los campesinos. Llamándola uno caridad y el otro filantropía, latía al cabo en ambos la misma ternura á la tierra y sus hijos......

Las horas pasaron forzadamente, como cargadas de un lastre enorme, aquella noche. Arropada en su cama reducida, que aparecía adornada con pobre elegancia de moñas y cintajos, la enfermita se abrasaba de fiebre, debatiéndose angustiosamente con la terrible disnea. La luz detenida por una pantalla de cartón le llegaba indirectamente y el grupo doloroso quedaba en la media

sombra; el cura abstraido, el mentón saliente sobre la mano apoyada en la rodilla; á los pies, con el torso echado sobre las sábanas, la madre, abiertos los ojos asombradizos y cansadas las borrosas facciones, sentía el traqueteo de la cama sacudida por la asfixia de la enferma.... A intervalos, algunos de los dos surgía á la luz á observar el reloj, á maniobrar sobre la mesa atestada de cristalería, ó á recoger de entre los botes de medicinas el hisopo doloroso de las limpiezas laringeas ó la geringuilla de las inyecciones.......

...Y así había transcurrido la noche para el P. Nicolás, cuando en la madrugada retornó á la sacristía hurtando el cuerpo por callejuelas poco frecuentadas, y escandalizando al sacristán que acudiera á abrirle......

Ya á esa hora empezaba San Sebastián á dar juego en la sangre de la gente moza.

Bajo la sonrisa enfermiza de la aurora, se desperezaban los que junto á las mesas de tamales y bebidas y en torno á las ruedas de fuegos artificiales, ya extinguidas, habían caido desplomados, hartos hasta el galillo y embrutecidos por las canciones desaforadas... Y sobre ellos venía, despertándolos á patadas, la turba de los madrugadores, que entonaban la diana con botijas y caracoles de mar. Después reunidos y gritando bestialmente, fueron á llamar á pedradas en todas las casas de los ricos. Un vecino en camisa, armado de rifle, apareció furioso por una ventana alta.......

El P. Nicolás tenía abierta desde muy temprano su puerta. Esperaba la llegada de los

otros sacerdotes que con él habían de oficiar en la solemne ceremonia religiosa: dos amigos suyos, pobres clérigos de misa y olla, que desde sus parroquias vecinas habían de venir á acompañarle con sus casullas deslucidas en la gran misa cantada; *item mas* un padre de la capital, ventrudo prócer de pulidas uñas á cuyo cargo estaría la plática de rúbrica.... A no hallarse anonadado por sus íntimas impresiones, el P. Nicolás hubiese tenido un gesto de orgullo al pensar en la llegada trascendental de aquel carmelita reluciente y bien afeitado, que hacía su aparición en carruaje, y que no era un lujo accesible á todas las parroquias.

En las dcs horas que siguieron hasta las ocho, comienzo de la fiesta, pudo absorberse el pobre cura en toda esa fatigosa brega de cumplidos y disposiciones previas que preceden á las grandes solemnidades. Fué primero la visita de los prominentes: el señor alcalde se había echado encima lo más lucido del armario y venía á dar los buenos días al padre cura, con sus dos chicas uniformemente vestidas de azul cobalto, é igualmente atormentadas con el peso de los sombreros de retorcida arquitectura. Con ellos llegó el juez de paz, reumático de ambas piernas, que caminaba por tramos, jurando terriblemente al tener que ceder las sillas á las señoras. Estas circulaban de un lado á otro de la sacristía, con fofo rumor de faldas, desapareciendo y apareciendo alternativamente por los huecos que comunicaban con la iglesia, encarnadas y jadeantes en el piadoso tragín

—Padre Nicolás, ¿qué es esto?...Esta sobrepelliz se va antes de que acabe la fiesta...Déjeme pasarle una bastilla......

Y el infeliz cura forzaba una sonrisa. De vez en cuando se apartaba para recibir junto á la puerta que daba al campo, un envío furtivo, remitido con un muchacho en un fragmento de papel estrujado.

"El médico había pasado á las siete... Se la había hecho la limpieza con limón... Había esperanzas....El doctor esperaba todo de que la enferma durmiera......"

—Vamos mi querido *pater*—sonó una voz recia á su espalda; está usted atarantado esta mañana.... Vaya; ahí tiene usted á sus sotanas......

Un mostacho feroz lo saludaba y su mano se abrió á la ancha palma de Sánchez, el teniente de la Guardia Civil, jefe del destacamento, que con el cigarro en la mano señalaba á la puerta.

En efecto los dos curas campesinos hacían su entrada, con las piernas encogidas por las huellas de las cabalgaduras. Venía con ellos el organista, vago espectro silencioso, empavonado en negro. El P. Calleja, seco y descuidado, asomó el primero su cara puntiaguda y mal afeitada, no ocultándose para recoger una punta de tabaco caida en un rincón del muro. Después entró el P. Jiménez: especie de rubicunda bola de grasa que sonreía á las mozas, palpándolas la barbilla....

Un repique bailarín y sonoro, saltó de repente sobre los tejados, besando las hojas nuevas de la plaza en una gozosa carcajada que

hacía brincar de puntillas á las mozas afanadas todavía delante de los tocadores. Era el primer anuncio, media hora antes de la misa. Y el padre carmelita, el renombrado orador no llegaba: un mandadero enviado á observar desde la loma á la salida del pueblo, ninguna esperanza trajo.......

En la sacristía se apresuraban los sorbos del café humeante. A medida que transcurría el tiempo, el saloncito reducido y ya bien ocupado por los objetos del culto, se iba rebosando de gente bulliciosa y satisfecha. Se oyó un toque discreto en la puerta y pasó el jefe de la orquesta de cuerda, encargado especialmente á la cabecera del partido: deshecho en ceremonias y estorbando con la larga funda del violín, desfiló con su grupo lastimoso á ocupar un ángulo junto á la tinaja del agua bendita...... Tras ellos penetró de pronto, como una lluvia de frescas rosas arrojadas por el viento, la banda de muchachas del coro, ruborosas por la carrera desenfrenada, y cantando á voz en cuello, con deliciosa irrespetuosidad, el himno ensayado en las dos semanas anteriores......

Poco después la turba impaciente corría en masa hacia los pinos de la carretera. Sobre la cinta blanca y desdibujado en el polvo dorado, corría subiendo la cuesta el coche del carmelita....Los pilluelos arrebatados despojaban las pencas de palma del gran arco erigido la víspera, para arrojar las hojas al orador ilustre.

Un loco repique de todas las campanas y esquilas, flotando en la brisa aromatizada,

le llevó la fresca salutación de la aldea..........

Al disiparse la penumbra de la nave, en el chirrido de las inmensas puertas, carcomidas en sus bajos, pudo ver San Sebastián, maniatado y cribado de saetas bajo el vidrio del altar mayor, un risueño espectáculo que se ofrecía á sus ojos de pasta desbarnizada.

Sobre los altares laterales, en redcr á los marcos de las puertas, colgando de las llaves negruzcas del techo, abrazando en espiral los barandales de madera de más cerca, toda una primavera multicolor y retozona había despertado aquella mañana en el templo, dando ambiente de juventud con su olor de húmeda floresta, al grave olor del incienso venerable. Cada viejo tabernáculo era un fragmento de jardín que amontonaba moñas de rosas pornerón junto á geranios de caliente nota roja, y apenas dejaba entrecalar bajo la invasión de pétalos y hojarasca, la suave albura de los paños rematados de encaje y el tono amarillento de la madera tallada. Sobre las jarras del gran altar, á los pies del mismo santo, el gusto campesino había dispuesto dos enormes puchas de vistosos girasoles, apretadas, macizas, con aire embarazoso de aldeanas encorsetadas. Y en una lluvia ligera y enternecedora, habíanse ocultado todos los remiendos de la pobre iglesita con profusa nevada de cándidos aguinaldos. Diríase casto envío de las vírgenes del cielo á San Sebastián en su día......

Pero ¡justo Dios!...lo que no hubiera espera-

do nunca el pobre San Sebastián era aquella afrentosa presencia de las casullas caladas por los años, y el empaque desgarbado y harto democrático de los dos acompañantes del P. Nicolás.... Cuando abierto el misal y llena la nave hasta el copo, hicieron su entrada los dos clérigos, con aire espantadizo ante las maravillas del lujo acumulado, el santo estuvo á punto de reir bajo la nube de flechas... Después se familiarizó con ambos y los perdonó en gracia á la buena fe con que parecían desempeñar su papel. El P. Jiménez poseía un guiño maquinal con el ojo derecho, que lo hacía profundamente simpático.... Comenzó la fiesta.

El P. Nicolás, la bordada casulla á medio ajustar en el cuello y el bonete torcido, parecía en extraordinaria agitación. Un mensaje postrero le revelaba que el reposo buscado por el médico había llegado al fin. La disnea cedía, bajo la rigurosa asistencia. ¿Sería aquello la brecha de escape?...Bajo esta impresión de duda se había dejado enfundar como un autómata en las complicadas vestiduras, bordadas de arabescos santos.

Y la oración voló en un aleteo invisible sobre las cabezas doblegadas á la fe.... El P. Nicolás empezaba á cantar con un hilo tembloroso de voz los preceptos de la liturgia, mientras la figura roja de un monaguillo balanceaba un incensario. El hálito azul del fuego sacro dibujaba en el ambiente volutas caprichosas, que iban á besar perfumándolo, el vetusto techo, de donde colgaban, como graves lágrimas, las lámparas.

De repente, una oleada de notas desgarradas bajó del coro, haciendo parpadear las velas. El órgano mugía como un hermoso monstruo herido y, dulcificado el grito huraño por las flautas de las voces femeninas, formó un raudo chorro de armonía que ascendía, descendía, se desperezaba suspirando, rozaba el velo gris de las altas telarañas, bajaba á acariciar los sombreros de presuntuosas plumas, y rompía á los finales en líricos crescendos arrebatados...Los ojos brillantes de lágrimas, la parroquia entera se estremecía trasportada, creyendo oir la palabra de Dios......

Al fin llegó la misa al Evangelio. Las tres casullas circulaban discretamente frente al altar:y el testero todo sonreía en un juego de figuras claras sobre los claros paños y cirios. Sólo la custodia refregada y pulida por las manos de las devotas del pueblo, daba una pincelada enérgica como candente gota de oro. Las hojas desflecadas de los misales tiritaban bajo el soplo de nna brisa dulce que se colaba por las altas ventanas sin vidrios.... Ampliamente repantigado en un sillón vestido de pana nueva, el gran orador urbano limpiaba de motitas su sotana, mientras reflexionaba los motivos de su discurso.

Se acercaba su turno. Al fin y con la última lamentación llorosa del P. Nicolás se puso en pié y costeando la nave fué llegando al púlpito con grave desenvoltura. Las mujeres lo observaban codeándose disimuladamente.... A D. Joaquín, el alcalde le pareció más joven que el pasado año. El far-

macéutico se empeñó en lo contrario y ambos se enzarzaron en una discusión que los llevó á manotear junto á uno de los biombos laterales.

El sermón era desde sus primeros párrafos un anatema fulminante contra la corrupción de la sociedad presente. Blanco y fuerte, erguido tras el paño bordado del púlpito, la capucha airosamente caida y los ojos centelleantes, el tribuno era la reviviscencia de San Pablo azotando con su verbo el podrido mundo pagano. Su voz era tonante y se veía ascender de su cuello de toro, apto para una cabeza de apóstol; y sobre la nave conmovida, anonadada por el peso de los pecados enormes, no sospechados el día anterior, se agitaba su brazo exterminador, un brazo desnudo bajo la abertura de la amplia manga, pulido, aristocrático y sin vellos, propio para señalar el camino del cielo á multitudes de sangre azul......

Sentados en sus sillones, á derecha é izquierda de la navecilla del altar mayor, los sacerdotes campesinos escuchaban atontados: el P. Calleja, sin una interpretación muy completa de aquel flujo de palabras, se atiboraba las narices de rapé; el otro girando nervioso en su butaca, no perdía palabra y acompañaba su asentimiento con expresivos movimientos de cabeza.

El Padre Nicolás mostraba el rostro iluminado y tenía los ojos llenos de lágrimas. Entreabierta la boca y crispadas las manos sobre los brazos del sillón, miraba ávidamente hacia el púlpito como hipnotizado, y todo su

cuerpo se aflojaba en una suprema laxitud.

Pero sus ojos no veían al carmelita gallardo. Horadaban los muros vetustos é iban á posarse junto á la camita de su enferma, que renacía á la vida en el inicio ténue de una convalescencia. Pasando por alli el médico se había acercado á la sacristía á ver si "aquellas brujerías se habían acabado," y como estaban en el sermón, el P. Nicolás avisado, pudo salir un instante á su encuentro...

—Estamos del otro lado.....La muchacha durmiendo como un lirón...Le digo á usted que este suero no me falla nunca...Ah, *pater*, ¡así eran las falsas membranas que ha echado fuera la chiquilla!...—y señalaba la magnitud con los dedos.—Lo que es ahora...¡cómo no vengan complicaciones!......

El P. Nicolás lloraba de alegría...Un rugido de santa cólera le interrumpió......

—"Sí,—decía el orador—temedle á la ira de Dios, que vela vuestras maquinaciones y que penetra en vuestras cabezas cuando germinan en ella los torpes pensamientos. Sobre la corriente de impiedad que dirigís contra su esposa la Santa Iglesia caerá el sagrado fuego que asoló á Gomorra"......

El pobre párroco se desmayaba bajo un torrente de emoción....Su chiquilla, su rubita angelical volvería á sonreir, dejaría la cama horrenda, saldría á la puerta á contemplar el sol nuevo, corretearía sobre las altas hierbas florecidas.... Y su habitual melancolía, producto de la situación forzada de quien ha visto en la propia hija un estorbo de su vida, se tornaba en una soberbia explosión de en-

tusiasmo y de alegría ante el prodigioso rescate...La gran ley de la fecundidad gritaba en su sangre y bendecía la dicha inmensa de ser padre.....“Nó, nó, concluía extenuado, no puede ser esto ingrato al buen Dios!”......

El público había empezado á fijarse en su desasosiego.....Se le veía sonreir extasiado, extremecerse en algunos párrafos vibrantes del orador, entonar los ojos húmedos en las místicas invocaciones, juntar las manos flacas en desbordante transporte......

—Miren...miren al P. Nicolás—se rumoraba en los grupos conmovidos.

Y las miradas todas convergían....Los ojos brillantes y escudriñadores descubrían el arrebato místico en que parecía hallarse su alma. Estaba poseído del espíritu divino, ¡no había duda!...Se pensaba que la oratoria asombrosa del carmelita insigne lo había electrizado, y bajo el conjuro de aquel varón excelso, un milagro sorprendente, un milagro estupendo se estaba realizando en aquel momento ante los devotos feligreses de San Sebastián. Las retinas fantasistas de las mujeres creyeron adivinar un nimbo de luz en torno á la cabeza del P. Nicolás......

—“¡Es un santo...es un santo!”...Y el rumor corría en una sublime revelación.

Entonces ocurrió algo maravilloso. El P. Nicolás, sublimado por el inmenso jardín que en su corazón florecía, se desbordaba en un ansia de expansión, anheloso de dar gracias á Dios con grandes voces y de contar á todos su drama pasado y el motivo de su regocijo actual. La custodia, relampagueando en

áureo parpadeo parecía invitarle á un *hossanna* soberano!......

No pudo contenerse. Sin esperar á que el sermón concluyese, sin permitir que el orden de la fiesta tuviese su normal desenvolvimiento, dió un paso adelante y partió hacia el altar con las manos alzadas... Por la nave entera corrió un estremecimiento de terror....

La divina hostia en alto, el cura enseñaba á su pueblo el cuerpo de Dios, y lo besaba contrito mostrando la ancha espalda iluminada por el cañón de luz de las ventanas elevadas. El tribuno contemplaba asombrado desde su púlpito: envanecido ante el prodigio indudablemente provocado por su verbo irresistible, dejó ensanchar el pecho en un sonoro suspiro, y con su pueblo devoto cayó prosternado ante el milagro......

El oficiante volvió á alzar las claras mangas y el cáliz como una hoja de oro ascendió lentamente en el aire. Y ténuemente, tan ténuemente que apenas rozara el suave vino de consagrar, la súplica del padre subió al cielo, rogando por la salvación de una cabecita de frescos rizos......

Del coro enloquecido bajó á juntarse con los de abajo un largo lamento, grueso y melancólico como deshecha guirnalda de pasionarias......

Y nunca estuvo acaso más cerca de Dios su ministro Nicolás, que aquella mañana en que su alma flotaba en el perjurio del voto sacerdotal......

LOS AGUINALDOS

EL POETA de la localidad, un pobre diablo que se obstinaba en tener ilusiones bajo un sombrero por el uso desflecado, me lo contó de esta guisa:

Eran de una armonía singular aquellos suaves aguinaldos. Cuando la brisa les alzaba al cielo la blanca copa fileteada de venitas verdes, hubieran sido como los otros, los que en cada invierno forman sobre la fuerte campiña cubana la tierna nevada tropical, que no mata, sino que canta á la vida, levantando sobre las *maniguas* murmullos de abejas y aleteos de mariposas. Pero en el hueco cuajado de miel y avanzando hasta los bordes presentaba una vibrante mancha roja, más bien carminosa, bravo capricho de la creación que barnizaba gustoso el sol haciéndolo saltar dominante á las pesquisas de las obreras zumbadoras.

Decíase que eran un privilegio exclusivo del valle de X; y se reforzaba el dicho con la leyenda del viejo Ciriaco, á quien se llevaron

los diablos al infierno—tiempos muy atrás—por haber pintado de rojo su casa en Viernes Santo. Este célebre Ciriaco, ebrio empedernido que se curaba de las borracheras propinando brutales palizas á su mujer, quiso una mañana de la Semana Mayor dar un disgusto al cura, que lo jorobaba con regaños continuos, pintando su barraca del color más chillón, á fin de que contrastara con la solemnidad de aquel día donde todo era seriedad y grandeza en los trajes de luto. Contra todas las advertencias de los vecinos compuso un cubo de bermellón y preparó la brocha, guiñando un ojo á las mujeres de aquellos, que se persignaban espantadas...De pronto se vió una luz fulgurante á su lado y un ángel iracundo surgió, arrancando la brocha de las manos del viejo y lanzándola lejos, hacia los matorrales de aguinaldos, los últimos que perduraban hasta la primavera. Un minuto después el viejo, el ángel, el cubo y la brocha habían desaparecido: sólo quedó el reguero de pintura salpicando los cándidos cálices...Con el avance de la primavera murieron los aguinaldos, pero al año siguiente se vió que nacían con la misma mancha roja que les dejó el ángel....La extraña simiente se desbordó con los años por todo el valle en una vegetación alegrísima de matizados aguinaldos......

Y Antoñico y Juanona, dos guajiritos que se amaron como en los tiempos heroicos bajo sus arcos perfumados, creían esta leyenda á pie juntillas, y la comentaban cuando sin tener nada que decirse se decían todo con su

turbación ruborosa que no les permitía mirarse......

Cinco meses poco más ó menos duró aquella novelita pastoril...¿Cómo se inició? ¡Quien sabe!...Por mucho que revolviera en sus recuerdos voluptuosos que le estremecían dè pies á cabeza, no hubiera podido decir Antoñico desde cuando se enamoró de la chiquilla de su vecino.

Fué algo paulatino é invasor que poco á poco penetró en su sangre, acariciándola con dulce llama. Llegó suavemente, como llega discreta la primavera, avara de regar en un solo golpe todo el tesoro de sus tardes cálidas, punteadas de rojos retoños. Un mundo nuevo, mundo de diablillos juguetones, se puso á bailar dentro de sus arterias agitando la púrpura de abajo á arriba, de las extremidades á las mejillas, del corazón á la cabeza, en un hervor que empezó siendo cosquilleo y acabó en desasosiego mareante. Blandos adormecimientos pesaban á veces sobre sus párpados, para volverle los ojos á dorados panoramas de una vida interior. Fué entonces que empezó á advertir, haciendo al propio tiempo un descubrimiento en su naturaleza rústica, que las flores tenían aroma y que los pájaros se tornasolaban con matices no vistos antes. Y su misma alma—ya puesto en el camino de las fantasías—se le antojaba una gran flor de entrañas odoríferas, porque de ella brotaba un ténue perfume que le envolvía como en el nácar de una nube.

En estos campos rudos, donde lo que abundan son los cardos espinosos y los caracte-

res agrios, se sabe también de pasiones sencillas que nacen sin confesión ni pacto. Aquellos dos arrapiezos se amaron expontánea, mecánicamente, como se crece, como se respira. Los quince años de Juanona habían corrido junto á sus quince años, sin más separación que el lindero de altas piñas de las dos *estancias*. Diríanse dos yemas apuntando á un lado y á otro del mismo tallo.

—¿Ves Juanona?...Ya viene Pericón á coger el millo...Hay que decírselo al viejo......

No podía seguir Antonio porque la mirada de Juanona, muy lejos del millo y de Pericón, le cortaba la palabra en la garganta.

A veces peleaban: sencillas riñas en que el muchacho la llenaba de oprobios porque á ella se le había quedado uno de los chanclos de vaqueta enganchado en el portillo de la cerca agresiva, teniendo él que ir á buscarlo entre los aguijonazos de las piñas y espantando á los lagartos del verde seno, húmedo y esponjoso.

Iniciados en ciertas poesías del campo que antes no observaban, permanecían lejos de la casa y del trabajo hasta la puesta del sol, resbalando en suaves ensueños, dormidos con los ojos abiertos.......

—Parece azul...¡qué raro....mira Ñico......

Y bien fuera porque las nubes del trópico son pintoras caprichosas del terreno, ó bien porque para las retinas de los enamorados hay momentos en que todo es azul, también el mnchacho veía la llanura teñida de un acerado tinte muy próximo al azul. Las dos cabezas juntas, reclinadas contra el ancho

brocal del pozo, veían un país de esmalte, donde el cielo de Abril había logrado amoroso, saturar de su color toda la llanura: era en lo claro, hacia el pedazo de río que clareaba en una depresión de la tierra, como una casta turquesa; en lo mediano, en la hierba y los grupos de techos lejanos, era como el mar de altura; en lo profundo y triste que se fundía en las arboledas lejanas, lucía un tinte concentrado de añil......

—Oye piazo de tonta—decía Antoñico antes de que se separaran—¿tú crees entoavía en lo de Ciriaco y sus aguinaldos pintaos?....

Y se engolfaban de nuevo en la discusión eterna que terminaba ella siempre con un:

—¡Ay, chico, ca uno tiene sus creencias!......

Al llegar el muchacho á la casa recibía del padre invariablemente una andanada de frases duras...No podían seguir así las cosas; se estaba haciendo un *majá*; se dormía en las mejores horas del trabajo, y como un idiota lo había encontrado varias veces con los brazos caídos y la hoz en el suelo...Y la misma tarde había en casa de Juanona otra algarada:

—Te estás volviendo boba; contigo, hija, no hay plato sano...Acuérdate que no has nacido Princesa de Asturias......

Juanona lloraba un poco. Antoñico rabioso salía á descargarle una pedrada al perro del batey......

Un día faltó la muchacha á la cita que sin convenio mútuo se daban: en vano la buscó desde lejos junto al pozo querido, donde acudía él ayudándola á ponerse sobre la cabeza

la garrafa rebosante y contemplando sus brazos torneados donde jugaban las gotas de agua. Aquel rincón de frescura que encharcaban las raices salientes de un mango de abiertos brazos enramados, se le antojó de repente árido y odioso. Y le encontró menos gracia aún al día siguiente, cuando también faltó de su brocal Juanona. Lo mismo ocurrió al otro día. Antoñico se abstraía en absurdas conjeturas: una inquietante llamita de celos comenzaba á quemarle el alma levemente. Y nunca se vió más triste que al observar un detalle insignificante, inclinado sobre el agua, sombría y brillante como una pupila humana: no eran, como siempre, dos cabezas juntas, dos bocas risueñas, las imágenes que se estremecían en el espejo claro y circular del pozo. Su sola imágen difusa y temblona, le desconcertó hasta asomarle las lágrimas. Su aislamiento, así destacado en un hecho sencilló, le pareció más doloroso; se imaginó sólo en el universo. Allá abajo, el ojo enorme, mojando el musgo verde de las piedras, semejaba llorar......

Llegó á su casa interrogando con las miradas, sin atreverse á preguntar. Ya allí se sabía que Juanona estaba enferma y que la cosa era seria porque hasta dos veces en el mismo dia había pasado por el callejón el médico en su caballote alazán. A él nada se le había dicho; porque ¿qué tenían que saber los muchachos de lo que pasaba fuera de su casa? No durmió. Pero muy ocultamente, allá en los repliegues de su corazón de hombre, una secreta satisfacción se regodeaba de que fuera

causa de enfermedad y no síntoma de indiferencia lo que alejaba á Juanona de aquel rinconcito de sombra y de amor...... ¡supremos egoismos, cosas que no nos confesamos pero que alentamos todos en este pícaro mundo!..

Al día siguiente acompañó á sus padres al través de los terrones arados para visitar á los vecinos.

En el fondo obscuro de la sala de tierra, olorosa á corral y medio obstruída por aperos del cultivo, se habían juntado, como para orientarse, los padres de la enferma. Del otro lado del tabique surgía débil y ronca una respiración incesante, quejosa. Sólo sonreía en aquella tristeza un grupo de gallinas que se había aventurado osadamente hasta la sala, picoteando el suelo, y un lampo magnífico de cielo que se asomaba por el hueco de una ventana.

Casi no podían explicar lo de Juanona. Había sido un *trabucazo:* un dolor de cabeza atroz y un *togaje* muy grande en todo el cuerpo. Después *too* lo demás. El médico hablaba de *perniciosa*.... ¿qué sería aquello?....

—Hija na más que eso.... y en dos días ¡mira en que tropelaje nos vemos!

Las cabezas de las dos madres se balanceaban melancólicamente, encarrilando una conversación de medicinas y casos milagrosos. La visitante consolaba á la otra, que se apretaba á ratos la boca para que no se la oyera llorar. Y de las dos figuras vigorosas de los aldeanos, destacados en pié junto á la puerta, llegaban frases sueltas sobre el bicho del tabaco y las probabilidades de lluvia.......

El rostro mudo, se esforzaba Antonio, pegado á su madre y con el corazón en un puño, en pescar algunas palabras de las dos guajiras.

Pasaron dos días iguales, eternos, espantosos. El pobre muchacho pensaba que esto tenía que acabar bien: no se le alcanzaba que una planta nueva, lozana, bien aporcada de tierra y limpia de hierbas malas, se pudiese secar y morir así, de repente... Y aún más dolorosos eran sus pensamientos, porque ni siquiera podía verla: la presencia de un muchacho en el cuarto de una moza, aún en caso de muerte, hubiera sido la deshonra, la condenación de una familia. ¿Qué habría de decírselo al pueblo y á la sitiería, cuando más tarde hubiese conversaciones en voz baja y dedos acusadores al paso de la familia?..... La aldea tiene una moral dura y falsa que pesa como un yugo......

Una mañana supo Antoñico que Juanona, aumentada la fiebre terriblemente, había pasado la noche delirando. Soñaba con él, lo llamaba por nombres cariñosos tratándole con una franqueza amorosa y tierna que no empleaba cuando se tenía en sus cabales. Le pedía que la acompañase á la cañada, á coger aguinaldos matizados, y á hablar de la condenación de Ciriaco. Aunque no había empezado el invierno, ya debía haber aguinaldos de esos en el monte. Quería adornarse con ellos, ponérselos de frente en la cabeza para que se les viera el seno punzó:..¿no se los daría la tierra á quien se los pedía tan humildemente?... Y así había pasado la noche y la

madrugada, erre que erre en el mismo capricho...

—Tonterías, muchacho, ¡pobre!... No hagas caso, que bastantes penas tendrás en la vida.

Y la madre atormentada concluyó suspirando la relación.

Pero Antonio salió del bohío repitiendo con convicción: "Los tendrá, los tendrá..... Manque tenga que ir arrastrao hasta Vuelta Arriba... ¡los tendrá!...

Soberbia mañana. Levantado ya el Sol se ufanaba como un pintor glorioso, mirando desde lejos su cuadro portentosamente coloreado. A su caricia, que no era á aquella hora hálito de ogro sino beso maternal, mecian sus cabezas emplumadas las palmas, tornasolándose con infinitos verdes en el rodar de las hojas de la luz á la sombra. Sobre las sementeras corría blando el aire, bajando de las lomas oloroso á limón, y se veía más allá el rizarse del millo salvaje, como un mar en día de brisa. Radiaba todo al Sol: las cercas, los caminos, los hierros de labor, los hilos del agua pizpireta que saltaban riendo bajo los guayabos ásperos; y como lavados para una gran fiesta gritaban su tono violento los árboles de matiz rojo: mangos obesos mezclados en la arboleda, cocos desgreñados, almendros correctos á los flancos del camino. En las arrugas más profundas corrían perezosos los arroyos entre suspirantes cañas bravas, arrastrando hojas anchas, y atravesados por insectos transparentes y barnizados. Y todavía en la linde del paisaje otra nota de agua, en el plomo de la laguna que

pintaba el Sol con una ancha pincelada blanca......

Hundiéndose hasta las rodillas en los herbazales, no pudo dar Antoñico en toda la mañana con los famosos aguinaldos de Juanona. Salteados, en ramos exíguos, blanqueando á fragmentos las cercas de piedra, como rebaño disperso por la llanura, se insinuaban los primeros aguinaldos del otoño. Pero eran los vulgares, los blancos como hostias ó los morados como párpados de virgen. De los manchados, que pedía el ensueño de Juanona, no había aún ni capullos sobre el campo. Y con él iba de ramo á ramo, revolando sobre su camisa clara, un enjambre de abejas que registraba como él cada cáliz, buscando la miel y la vida....

Un momento hubo en que se paró en seco. A su lado y trepando por el tronco de una delgada palma, un bejuco atrevido se alzaba hasta las pencas, para desgranarse en amplia lechada sobre los racimos de palmiche.... Poniéndose una mano sobre los ojos entornados pudo al fin dar un ronquido triunfante...... ¡Eran los suyos!..... Apostaría cualquier cosa buena á que eran los mismos: ámplios, compactos, con algo obscuro en el fondo que de cerca sería rojo.... .

Trepó. Como á un gato bien pronto le llevaron arriba sus nervudas piernas campesinas. Ya junto al palmiche levantó los ojos para mirar, al mismo tiempo que alargaba el brazo. Un mundo de zumbidos y palpitaciones salió del macizo de aguinaldos, y libres de las abejas, que eran los puntos obscuros que

de abajo se veían, tornaron á ser las mismas campanillas liliales, castas, virgíneas......

—¡Siempre los blancos!... ¡Mal rayo!...

Ya iba á bajar. Pero esperanzado en su desesperación, no concluyó sus pesquisas: quiso ver los manojos que estaban vueltos, los que sólo enseñaban la corola verdosa. Metió la mano en el seno perfumado del ramillete; avanzó el cuerpo; para llegar un poco más lejos se quedó sólo afianzado en la yagua con los piés......

Y ocurrió entonces algo trágico. La yagua, medio desprendida cedió al peso... Las manos, enredadas en la malla espesa de bejucos, quedaron inútiles... Y desquiciado se fué abajo el muchacho con un alarido salvaje, extrahumano, yendo á la muerte entre ramas y flores y produciendo un sordo ruido de masa inerte sobre las piedras del arroyo....

Cuando avisados por los perros que ladraban espantados, acudieron los gañanes, vívia aún, reventado, deforme, cubierto de moscas, con una máscara roja en el rostro y la palpitación de un ¡ay! trémulo entre los labios, teñidos por un hilito rojo... Algunos mazos de aguinaldos, salpicados en su albura, se regaban junto al pálido cuerpecillo...

Después un alma compasiva cumplió el deseo de la moribunda, llevando á su lecho triste un manojo de matizados aguinaldos. Su boca amoratada sonrió un momento ante las flores blanquísimas, finamente punteadas de rojo humano......

EL PADRE

ERA EL labrador más pobre de todas las sitierías en una legua á la redonda. Sobre su campo de coles y tomates, que encuadraba entre las cercas de erizadas piñas apenas el espacio necesario para la arboleda de una quinta de ricos, veía pasar los años con el lomo doblado sobre la siembra rebelde, cada vez inclinándose más hacia la tierra......

Pero tenía un tesoro que no hubiera cambiado por nada, ni por "La Jía," el potrero inmenso cuyos lindes extendidos de uno á otro horizonte, miraban todos con envidia. Era su hija Matilde, la más fuerte y erguida rosa de aquella campiña brava, donde las mujeres se conservan duras y esbeltas bajo la caricia del viento, como los troncos de las majaguas. Tomás el *Arriero*, llamado así porque en su juventud hubo de ganarse la vida haciendo sonar los cencerros de una recua ajena cargada de carbón, no conocía más fórmula de felicidad bajo el cielo, que la de ver descender la noche desde la sierra al llano en cada tarde, tejiendo con las manos la melena undosa y sombría de la chiquilla, que repetía como un loro sus lecciones reci-

tadas en la escuela al medio día. Todo ello bajo el jagüey enorme que abanicaba todo el día la puerta del bohío é inclinados los taburetes sobre el tronco filamentoso, mientras hacía sombreros la tía y roncaba el perro adornado de una nube de moscas zumbadoras.

Era su lujo: la hora de blando abandono que le hacía olvidar las mordidas de las alimañas escondidas en la hierba, las exigencias asfixiantes del arrendador y la baja de los productos que prometía hacer nulo el esfuerzo de la cosecha. Aquella muñeca cuyas formas comenzaban á rebelarse atrevidas bajo el trapo estrecho de los vestidos de niña, reunia para él el cariño de la madre cuyo calor le faltó desde pequeño, de la mujer que pasó por su lecho como un perfume vago y breve de hierba del campo, de los dos hijos que se le murieron antes de que llegara al mundo esta tirana encantadora de sus destinos....Si en su corazón había como en el de todos los hombres un fondo de amor preparado para cada uno de estos afectos, el suyo se lo había cogido todo por entero aquella chiquilla fiera que miraba al sol de frente sin pestañear. En las húmedas madrugadas, aún antes de que una como lámina de nácar se levantase por detrás de la serranía y empezase á venir de ésta cual si lo mandara el sol, todo un confuso rumor de trinos de pájaros, salían ambos del caserón de embarrado y paja, cogidos de las manos, parecidos á dos novios que escaparan de la casa paterna. La barraca se fundía á poco como

una faz lívida en la sombra, y á ellos se los sorbía también la neblina esponjosa hasta que arribaban al establo de las vacas guiándose más por el olor picante del heno y del estiércol, que por la vista del trillo vacilante.

Allí, ¡qué hora más feliz la del ordeño! No eran más que tres vacas las que poseía el *Arriero*, pero diríase que por agradecimiento á su buen amo no se dejaban atrapar por la peste, ni picar por las moscas malignas de los matorrales. Fuertes y bondadosas, parecían como esas sirvientas montañesas que se trasmiten de padres á hijos, identificadas con la familia; y llenaban nueve cubos de leche cada mañana, mientras acariciaban con la lengua á Matilde que iba de una á otra abarcándolas el cuello y trepándolas hasta el lomo erizado de dura cerda. El padre la veía tenderse rosada y sonriente sobre la paja húmeda, cruzar de un lado á otro llevando en brazos un ternero inválido, flotar como en una nube al través del vaho humeante que exhalaban las bestias y absorberse en la naturaleza respirando el hálito acre de la madre tierra.

Y era feliz. Y así dejaba resbalar la vida, cuidando á la chica como una mata predilecta, procurándola buen aire, limpiándola de malos parásitos, vigilando ansioso cuanto le podía caer por alrededor.

Pero se engañaba al creer que poseía en absoluto la llave de aquel corazón. Sucedió que Matilde se enamoró de un mozo del pueblo; y como era una flor ruda del campo no pudo contenerse de dar todo el aroma de sus entrañas silvestres á la primera mano

que se atrevió á tocarla. Al *Arriero* cuando lo supo le subió del corazón al paladar algo como la retama, y así de pronto le pareció que le habían hecho una traición.

No había imaginado nunca que este caso natural pudiese llegar algún día. Para él era siempre Matilde una muñeca traviesa y arisca que en las mañanas tibias se dejaba retazos del traje sobre los riscos de los montes y venía á reposar por las tardes sobre su hombro ancho de luchador de la tierra. Era el complemento de su vida, y como en la suya no veía ya alteración probable para el resto, tampoco habíase dado á pensar en que la de Matilde la podría tener. Instintivamente se aferró á la pereza habitual de no mirar al mañana, y al abandonar los dedos errantes por los bucles sombríos de la muchacha, no trataba de investigar más adentro en aquella cabecita que evolucionaba lentamente.

Así es que cuando la hermana sorda dejó un día su rincón de la cocina para confiarle agazapada junto á su oído, sus temores respecto á la presencia del *Rubio* por esos rumbos, creyó que lo arrancaban brutalmente de una ventana abierta sobre diáfano horizonte. Sin detenerse á analizar el candidato, no podía convenir en la justicia de que lluvia tras seca y seca tras lluvia se cultivase una postura sacada de la propia sangre, para que después otro cualquiera se llevase la cosecha. De un pisotón enérgico hundió en la tierra media procesión de hormigas que por su lado cruzaba.

Pero Tomás el *Arriero* no podía contrariar

las leyes inmutables de la naturaleza y los diez y seis años bravíos pudieron más que todas sus resistencias, cariñosas al principio y violentas y brutales á la postre. El *Rubio*, lo comprendió bien: tenía práctica en el oficio de Don Juan de aldea. Alto y vigoroso, duro de líneas, con bizarría de caballo de feria, bizcaba algo de un ojo, y mostraba siempre un pecho abierto y sombreado de áspero vello. Había en su mirada oblícua un algo que despertaba un vago recelo inexplicable. Si no había aprendido ninguna forma de trabajo, en cambio le sacaba cosas admirables al *tiple*, bebía de recio sin perder la cabeza y sabía manejar como nadie en el pueblo un potro en día de torneo. Matilde ante esos prestigios apenas le resistió: él la encontró apetitosa como una fruta que se ha visto madurar en el camino, y tranquilamente la cogió del árbol.

Pero el *Arriero*, cuando halló inevitable el conflicto, lo hizo entrar por vereda recta, como á un toro que separa de la ruta. Una noche lo esperó cerca de la bodega y sin rodeos lo cogió por el cuello. Fué una acometida brutal que el *Rubio* no pudo rechazar: el padre de Matilde era más fuerte que él, y bien pronto se vió zarandeado en el aire, tumbado sobre la tierra, asfixiado bajo la rodilla de aquel cíclope iracundo. Bajo los huesos puntiagudos del viejo se sacudió unos segundos como un pez cogido en la nasa, y al cabo concluyó por quedarse tranquilo, humillado.......

—Oye bien, decía el *Arriero*; te casas con la muchacha ó te reviento...... Ya lo sabes; yo

no tengo más guardia ni más juez, que esto...

Y le hundía el puño en el cuello hasta ahogarlo.

El *Rubio* prometió solemnemente casarse. Luego al verse libre se alejó volviéndo la cara y apresurando el paso...... En Enero, al entrar el *Rubio* de gañán en "La Jía", se casaron en la capillita del pueblo, toda blanqueada y vestida de yedra al empezar el año.

No fueron felices. A los seis meses del matrimonio, ya el mozo se desplomaba amenudo desalentado sobre el taburete, taciturno y silencioso, tallando ramas de naranjo con el cuchillo, en una fiebre que tenía más de rabia de destrucción que de entusiasmo laborioso. Se fastidiaba horriblemente, aunque no lo confesaba por temor al viejo, bajo cuyo techo vivía, y á cuyos puños se había rendido incondicionalmente. Pero en su andar fatigoso, en su despego hacia la muchacha, en sus ojos inquietos en que el estrabismo se aumentaba, había una expresión indisimulable de fiera enjaulada. Había hecho un mal negocio é interiormente se pasaba el día motejándose de imbécil y cobarde....Odió á Matilde.

Por su parte, la recia flor de los campos se marchitaba poco á poco. Amaba á su marido con ternura inmensa, con inefable ternura que había dormido hasta entonces en su naturaleza agreste, como la miel bajo la corteza dura de las cañas. Sin reservas, sin luchar contra la corriente, sin pensar en nada, se había arropado en sus brazos fuertes una noche de Noviembre, bajo una luna de marfil que había ayudado á mentir al desalmado, y desde

entonces tuvo siempre causa suficiente para llorar muy amenudo sin que aquellos brazos se tendieran á consolarla. Esa era la historia, vulgar y sencilla, de su amor. Después sintió que se leescapaba su marido, que todo llama de afecto se enfriaba en sus ojos duros; sintió después su odio....Más como ella era una espiga del camino, que si no se la riega espera inmóvil y resignada la muerte, nada pudo hacer por reconquistarlo y tras el despego sufrió el desprecio y tras el desprecio el maltrato. Hasta se atrevía á insinuar una débil defensa cuando el viejo cerrando los puños hablaba de la desvergüenza de mantener á aquel bragazas que no echaba raices en ningún destino.

—Nó, padre,—decía, y entonces precipitaba el tejido del sombrero informe todavía, bajos los ojos y toda encarnada—es que no lo entienden. Es su carácter, su carácter......

Al levantar la vista, la paraba en seco la mirada severa del padre....

Al *Arriero* se le iba haciendo por días más insoportable la presencia de su yerno. Su puesto en la mesa, su roncar satisfecho á media noche, sus pisadas de amo al través de la sala le producían el efecto de una ignominia establecida, y el tolerarla lo apreciaba como una cobardía propia. Lo detestaba sobre todo porque poco á poco le había ido robando su tesoro, su única hacienda: el amor de su hija. En aquello que era suyo solo, que por él había sido formado en el renunciamiento de toda otra ventura, no tenía mayor parte que la del pillo que le había enseñado á llorar!

Pero ¡por Dios!, que aquello podía ser protegido por la ley y por la iglesia! ¿pero es que no había justicia en la tierra?...

Y por estos monólogos, que acompañaba mordiéndose las uñas hasta despedazárselas, llegaba siempre á la conclusión de que aquel villano que había entrado en su hogar con ganzúa debía salir naturalmente por la ventana.

Al fin se hartó, y una mañana al aclarar, firme y como quien cumple una lección bien aprendida, lo puso sin contemplaciones en la carretera. Hallada esta solución por casualidad en la rumia tenaz de sus pensamientos sobre el problema de Matilde, la encontró encantadora, extrañándose sinceramente de que no se le hubiese ocurrido antes...¿No parecía dolerle su perdida libertad á aquel pillo? Pues ahí tenía las alcantarillas para pasar las noches bien libre. En cuanto á la muchacha, ya vería él la manera de consolarla: al cabo, ya ella, si tenía la vergüenza de su padre, no podía querer á aquel salvaje que la había puesto como un cuje.

Pero para evitar todo obstáculo, procuró que fuese hora en Matilde durmiera todavía, cuando sacó al *Rubio* del otro lado del tabique y anunciándole una paliza si volvía á asomar las narices por aquellos rumbos, le señaló la guardarraya. Matilde al saberlo lloró silenciosamente en un rincón: al fin, pareció convencerse con las razones del padre, y suspirando embobada por la costumbre del dolor, cogió las planchas y trabajó como una bestia.

Más el *Rubio* después de encontrarse en el camino frío y hostil, todavía atontado por el sueño, y con la vaga noción de los pasos del *Arriero* tras los suyos, no debió encontrar muy sabrosa la suspirada autonomía que le llegaba inesperadamente...... Se le vió á los pocos días husmeando por los lindes de piedra y entre los breñales del potrero, hurtando el cuerpo como un cazador de mala ley.

Una tarde á horas en que se quedaban solas las mujeres, hizo su aparición en la cabaña. Venía sonriendo, las maneras torpes y girando el sombrero entre las manos. Al cabo confesó su deseo: lo arrastraba la falta de dinero. Para atestiguar la honradez de esta necesidad, desenredaba con lengua de borracho una historia pintoresca y complicada......

Matilde debilitada, no pudo negarse. Hurgó en los cajones y le dió cuanto tenía. Después, avergonzada como el cómplice de un crimen, le suplicó no contase á nadie el origen de aquel dinero.

Más como la jugada no había errado, el *Rubio* volvió. Volvió muchas veces, y á poco no pidió, sino que exigió á golpes y empujones. Acabó por inspirarle á Matilde una mezcla tormentosa de odio y terror.

Otra tarde sucedió una escena tremenda. El *Rubio*, perdido el prestigio de matón por sus sumisiones al suegro, perdida la aureola de Don Juan por su falta de dinero para vestir buena ropa, desahogaba su rabia toda sobre las espaldas de Matilde, origen de sus desventuras. Se había convertido en una especie de idiota peligroso. En los ardientes mediodías,

cuando los grillos y las cigarras se emborrachaban cantando al sol de los caminos polvorientos, llegaba atontado, embrutecida la faz por el sueño echado sobre la hierba, bajo la mota ancha y sombría de los arboles; todavía con el olor de la tierra mojada y las hojas aromáticas, en las costuras de la ropa. Entonces por cualquier incidente, por una repuesta temblorosa que á él se le antojaba provocativa, se arrojaba sobre ella y la sacudía el polvo brutalmente...... En estos casos el feroz egoismo hablaba alrededor del grupo miserable: la tía se absorbía en el aleteo de las aves del gallinero y el perro corría á hundirse en los sembrados, el rabo caido y mirando receloso hacia la cabaña.

Pero esta vez lo vió todo el *Arriero*....Y fué la última.

De vuelta del trabajo, la azada al hombro y el paso acordado al buey color de oro que le seguía, se acercaba al bohío aquella tarde mirando su sombra que caminaba alargada delante de él. Fué entonces que los gritos de la pobre hembra aporreada llegaron hasta él: gritos de una voz que no hubiera confundido... Miró á lo lejos... Y fué un vuelco en el corazón y una oleada de sangre en los ojos...... El *Rubio* estaba allí; su silueta se destacaba negra y levantando el brazo, sobre el postigo del fondo.

Tomás el *Arriero* no había matado nunca; pero no sabía si fuese capaz de destruir á un semejante. En su moral cruda y sencilla de trabajador de la tierra, aprendida en el contacto áspero del mundo pequeño de

insectos voraces y hierbas parásitas, había un conjunto muy simple de principios libres de cátedras ó confesionarios, que le llevaban á quitarse de encima lo que le estorbaba, sin más análisis. Pero también había un natural infantil que le daba inspiraciones maravillosas para ver siempre claro el bien y no tolerar el mal.

Aquella vez su espíritu pidió venganza rápida, brutal, inmediata. Su moral de luchador lo puso en el camino...Y jadeando el pecho, corrió recto al bohío, espantosamente ávido de matar al *Rubio*.

Llegó como un rayo á la cabaña, el cuchillo de monte al puño.... Pero el *Rubio* ya había desaparecido, y Tomás comenzó á buscar rabioso en todos los rincones, derribando sillas, husmeando como un perro de caza, cárdenos los ojos y apretados los labios. Ni siquiera tuvo una mirada para su hija que en un ángulo lloraba con un hilo de sangre en la boca, desplomada como el picador después del tumbo del toro....

Buscó por los tabucos interiores, se asomó á todos los postigos, atravesó como un vendabal el gallinero, dejando un escándalo de alas y una nube de plumas á su paso...Al fin, al salir al batey del fondo, pudo entrever á lo lejos una figura que alternativamente se erguía y naufragaba entre la hierba. Hizo una seña al perro y salió disparado, pisando tallos y hojas tiernas......

Fué un ojeo espantoso...Al cabo, muy dentro de las tierras de "La Jía" ya casi de noche y junto á los juncos de la laguna, pudo al-

canzar el perro al hombre. El *Rubio* se vió perdido entonces y se paró en seco frente al animal, que como un cobarde que se arrepiente de una empresa temeraria, se detuvo, una pata en el aire y el ademán indeciso. El granuja le hizo despejar el campo de una pedrada en pleno estómago, y allí esperó con el agua detrás y perdida toda salida, el avance del Arriero.

El *Rubio* pudo ver de un solo golpe todo el espanto que traía en su semblante el viejo terrible. En sus ojos leyó clara su condenación; casi sintió en la columna de aire que con el hombre venía, el soplo frío de la muerte, aplastando la hierba y los insectos. Así fué que antes que el *Arriero* acometiera, acometió él, sin armas, exaltado por el grito del amor á la vida....

Con los pies en el agua, se trabaron en tremendo abrazo los dos cuerpos. El viejo, perdido el primer impulso, no pudo contener la acometida del mozo y su cuchillo saltó por el aire yendo á enterrarse en un macizo de aromas. Entonces, igualados, sus brazos cobraron mayor energía, sus músculos se dilataron con más relieve, sus venas llegaron á hincharse como cuerdas de violón. Chapoteando sobre el fango, vacilando sobre el terrreno fugitivo, perdiéndose entre los carrizales zumbadores, jadeando entre el crepitar lamentoso de las ranas, formaron un grupo siniestro que podía tomarse por dos serpientes, dos pulpos ó dos caimanes en lucha.

La mayor resistencia decidió la victoria. El *Arriero*, incansable y feroz, pudo quitar el

equilibrio á su contrario. Con un ronquido feroz cayó el *Rubio* de espaldas sobre el pantano, y encima el viejo con las manos pegadas á su cuello y la boca echando baba....El cuerpo del vencido se hundió en el agua, y allí se sacudió dos veces para salir á flote...... Pero el otro pesaba sobre él como un titán... Un estremecimiento ligero en el agua...Y el *Arriero* no tuvo que apretar más......

—¡Ah! *Peazo* de bandolero—suspiró con un gran resoplido.

Se puso en pie y miró en derredor. Nadie. Bajo el último reflejo del cielo y picoteada á trechos por los juncos, la laguna parecía de sangre; la palma seguia su murmullo blando y fofo, en la caricia de unas pencas con otras: de la opuesta orilla llegaba débil un canto que parecía subir de entre las hierbas mezclado á su perfume. En las cañas, la voz de una rana se aventuró á romper el silencio; otra, allá á lo lejos, le contestó en tono grave, y en breve el concierto interrumpido se reanudó con nuevo ardor.

Tomás miró todavía un instante el remanso sobre cuya superficie aparecían enlodados los pies del *Rubio*. Buscó el cuchillo entre las maniguas y partió satisfecho y tranquilo, al paso reposado de la vuelta del trabajo. Ni siquiera lo estremeció el silbido de un insecto que al saltar los lindes de piedra de *La Jía* lo saludó desde un manojo de guayabos achaparrados....

...En el bohío el silencio era de tumba. Matilde, la tía y el perro formaban un solo grupo doloroso. En la mirada de la muchacha,

inmóvil sobre el suelo, había una expresión concentrada de rencor....

Al acostarse, la llamó el *Arriero* con un signo. Juntos los taburetes, les daba de lleno la luz de la lámpara, y su sombra doble parecía sobre las yaguas del testero la silueta de un enorme murciélago. Los puños á la barba, Matilde escuchaba atenta.

—....porque esta vida no es vida, muchacha. A tí te criao yo, ¡demontre! pa que ná te falte y pa que los hombres se quiten el sombrero cuando tú pases....Cuando esta tarde he visto que ese arrastrao te estropeaba, me pareció que me revolvían con un jierro en el corazón....Por eso... por eso...

Vacilaba en llegar al fin.

—¡Si es que tenía que ser...! Ménos mal que... que no pasará ná... Mañana... mañana lo encontrarán... ahí... Tó quedará como una cosa casual......

Matilde se había levantado y lo miraba intensamente. El *Arriero* enmudeció, pero la muchacha no se conformaba.

—Bueno ¿y qué más?......

El viejo volvió la cabeza y titubeó un momento. Luego levantándose exclamó erguido y sereno:

—Que ya ese canalla se acabó pa siempre!...

La mujer, espantada, retrocedió hasta la pared. Tomás la vió dar dos vueltas por la habitación, sentarse en el taburete, mirar á todas partes con ojos extraviados y acurrucarse al fin en un rincón, ahogada por los sollozos......

Fué á consolarla.

—Mira—murmuró suspirando—volveremos á ser los mismos de antes. Madrugaremos otra vez para ir al establo. Otra vez vuelves á ser mi hijita querida......

Pero al tratar de cogerle una mano, Matilde se evadió con una convulsión de horror. En aquel momento se miraron á los ojos, y se comprendieron. En los del viejo había una inmensa expresión de asombro y de dolor. En los de Matilde había desdén y terror y altivez......

Tomás se hizo cargo de un solo golpe de que había perdido para siempre á su hija; de que aquel corazón había dejado de ser suyo hacía mucho tiempo; de que su hijita mimada, aquella Matilde que se acostaba sobre la paja del corral, se había extinguido en una época lejana, y que solo quedaba la otra, la que todavía dominaba el muerto desde su charca...

...Entonces fué cuando el *Arriero* caminó dos millas entre la sombra, para llegar al destacamento de la Guardia Rural y declarar que acababa de matar á un hombre en la laguna......

LEY DE LA TIERRA

Las riendas flojas y el látigo caído sobre el pesebrón, dejaba libre Sánchez el trote largo de las cuatro bestias, que resoplaban con hálitos de salud, dejando en copos sobre la carretera la espuma de los belfos.

Aquella tarde iba completamente solo en su *guagua*. Era un mediodía centelleante, pesado, de enrarecida atmósfera que hacía bailar á lo lejos al través del velo de vapor, las casas y los árboles. El pesado coche atravesaba los campos rompiendo la majestad de un silencio augusto: todo el verde se dormía á uno y otro lado del camino en la embriagez de la siesta, haciendo entrar en la misma calma á los pájaros sobre los gajos ligeros, á los romerillos que cerraban las corolas, á los guajiros jadeantes sobre el mango del arado. Algún ladrido se escuchaba muy apagado, y se divisaba apenas la mancha del perro con la cabeza al cielo.

Sánchez entornaba los ojos frente á la cinta blanca de la carretera. No teniendo nadie con quien hablar aquella tarde, meditaba. Un pasajero recogido tres leguas atrás había bajado en una finca del tránsito, y el

cochero se dejaba poseer por esa fuerza de sugestión con que dominan las cosas sobre el hombre á pesar del orgullo de este.

Los caminos, especialmente, tienen particular influjo en el ánimo y en la dirección de los pensamientos de las personas que por ellos van y vienen. Una calzada culta, transitada, ancha y bordeada de edificios nuevos, hace animosos y buenos á los que tienen la obligación de verla en su ruta diaria. En esos barrios no tiene el gobierno que reforzar mucho el personal de policía, porque la vida interior, es apacible y fuerte. En cambio las carreteras estrechas y silenciosas de esas regiones aisladas de la civilización, que las vueltas del curso presentan como enfermos de hastío que se estiran y desperezan, hacen taciturnos y huraños á los caminantes, los envuelven en un silencio triste, los hacen envejecer prematuramente, ponen en su alma toda la capa de nubes apopléticas que están viendo horas enteras. Por eso hay cocheros que bromean con las pasajeras lindas y saludan con algún latigazo cariñoso á los amigos que encuentran en el tránsito; y los hay que viajan con la cabeza inclinada y encerrados en un mutismo sólo roto por los ¡hié! y los ¡hop! con que animan al tronco á la subida de las cuestas.......

Sánchez después de rodar mucho con el pensamiento, por lo mal compuesta que estaba la carretera, por la calidad del piensc que daban á los caballos, por los deseos que acariciaba de que reventase el amo, vino á dar en la flor de recorrer su vida pasada para re-

sumir lo que había hecho hasta los cuarenta años vigorosos en que frisaba.

¡Perra vida la suya! Adolescencia, juventud, madurez, todo el largo período que recordaba mirando á veintitrés años atrás, había sido para él una perpétua esclavitud á cadena corta. Como un caracol pegado á la concha había visto pasar las estaciones, los cambios de gobierno, las cosechas prósperas y las malas, desde el pescante de su diligencia desvencijada. Y todo lo había contemplado como un ser extraño y solitario: dentro del movimiento de los demás era un tipo aislado, que no tomaba parte en la vida colectiva y á quien por lo tanto nadie habría de proponer participación en un negocio, ni consultar la conveniencia de casar á la chica. Moviéndose como ninguno, era acaso el hombre más dormido de toda aquella dormida región que atravesaba dos veces al día.

Sin más tiempo de sobra que el necesario para almorzar y fumarse un buen tabaco á su llegada á la Habana y el de comer en el pueblo, reventado de fatiga, y desplomarse en el catre hasta la madrugáda siguiente, era en el mundo una especie de inquilino á quien no se le daba toda la posesión de la vida y de los derechos del hombre.

Y solo en la guagua aquel mediodía radiante, iba ensombreciéndose el espíritu poco á poco con esta visión real del paisaje de su vida que, embrutecido por el trabajo monótono, no había hecho nunca antes....

Pensó, que entre otras cosas, no había conocido apenas el amor. Jamás tuvo tiempo ni

ánimo para enamorar, con cierta seriedad y delectación. En su organismo de gañán desbordante de salud, debía haber una atrofia del sensualismo, porque casi no había aspirado el perfume mareante de la carne de mujer. Recordaba las ocasiones en que se asomó momentaneamente á las puertas aureas del amor: una noche, durante cierta huelga de cocheros, en que la discusión regada con aguardiente trajo el epílogo galante; otra en que salió de la empresa para tornar á la concha pocos días después; y por el estilo eran las demás aventuras que flotaban como puntos brillantes en el gris de su vida.

Pensó más de una vez en casarse. Pero ¿á qué faldas podía él arrimarse para parlamentar algún tiempo? No frecuentaba más trato de mujer que el de Emerenciana, la hija del viejo Pericón, más conocida por *Chana*, solterona de carnes firmes que servía con su padre á los viajeros y labradores, en un bodegón perdido sobre el campo, á la derecha del camino. Chana sostenía sus treinta y seis años en punto de veinte y cinco; y el gran aire de los prados, le había conservado la salud invariablemente, sin más precio que el de curtirle el cutis de la cara y las manos. Alta y ancha, hubiera sido, apesar de no ser bonita, un tipo de hembra bravía si la armazón ósea no le saliese demasiado á flor de piel. Sus caderas, con ser amplias, eran angulosas, y en la curva fuerte de su seno había más de avance de la caja toráxica que de suntuosidad en la pulpa carnosa y tentadora.

No se había casado apesar de las proposi-

ciones ventajosas que sobre ella recibiera el viejo Pericón, de varios labradores de la comarca. Algo debía influir en la negativa constante de ella, el rumor que circulaba sobre el noviazgo que quince años antes la hiciera perder el seso con un muchacho elegante, de temporada á la sazón en una finca cercana. El gomoso desapareció al convencerse de que no conseguiría lo que buscaba, y Chana juró que no se casaría con ninguno de aquellos brutos del campo que reían, triunfantes en su despecho, al verla llorar junto á las tablas de su mostrador. Fingió haber recibido una promesa de retornar en breve de su novio, y aparentó esperar.

Ardiente por temperamento, tuvo que hacer muchos esfuerzos para acallar las rebeldías de su carne mórbida, que quería tener también su primavera y su germinal, como aquella poderosa y lujuriante naturaleza que la rodeaba. Había noches en que sus labios quemaban de fiebre, y todo su cuerpo prepotente se retorcía sobre la cama, debatiéndose en la sombra para buscar los brazos anhelados... Pero el orgullo triunfaba siempre, y Chana seguía conservando un despego absoluto para todos los pretendientes.

En tal mujer, pues, no podía tener Sánchez el atrevimiento de pensar dos minutos seguidos. La saludaba siempre con respeto al detenerse en la venta para que los viajeros tomasen la merienda, y con timidez le preguntaba por su salud, admirando aquella virtud eterna, tan rara en los campos. Sin embargo, ahora, en este mediodía de meditación en que

resumía con rabia, con ciertos gérmenes de sublevación, la historia de su existencia, no eran las plausibles condiciones morales de la hija de Pericón las que entretenían su pensamiento, sino su talle ancho y flexible, su boca húmeda, fresca y carnosa, sus muslos que formaban dos suaves lomas al sentarse, su pecho levantado, su desnudo cuello, largo y sudoroso. Y al recordar estos pormenores, los ojos se le inyectaban de sangre y su pescuezo de toro parecía más rojo y más doble....

Llegó en tal estado de desarreglo moral á la tienda de Pericón. Los caballos buscaron jadeantes la sombra y se pusieron en ella casi voluntariamente. La bodega estaba desierta, muda bajo el sol asfixiante de las tres. Chana, dormida en un taburete que inclinara sobre el mostrador, levantó la cabeza al ruido de los cascabeles y miró frotándose á medias los ojos. Al penetrar oyó Sánchez el roncar del viejo, que disfrutaba la siesta en la trastienda....

—Ah ¿es Vd., Sánchez? Un poco temprano rinde hoy el viaje......

Sánchez no contestó. Despues de una pausa y un salivazo grueso y pesado, dijo:

—Poco pasaje....Si los caballos están cansados, es de puro pencos..... Vengo solo desde tres leguas atrás.

Su voz sonaba extraña y sin eco en el absoluto silencio de la campiña.

Calló mirando turbado á Chana, sin decidirse á entrar en conversación ni pensar en nada. Ella se había sentado de nuevo cogiendo unos trapos con hilo y agujas que ha-

bían caido al suelo. El se acercó á la cantina y tomó avidamente un gran vaso de agua.

Después miró á las bestias, cuyos hijares latían acompasados. Un poco de harina con agua les habría venido bien.

—Hombre, Señorita Chana, ¿me podría dar un cubo de harina?... Y maiz, déme maiz de una vez......

Chana, perezoza, no tenía ganas de hacerlo por sí. Lo escuchaba desdeñosamente y dijo autoritaria:

—Cójalos Vd. mismo..... Ahí, del lado izquierdo...

Saltó el cochero entonces, el mostrador, pero no acertaba á encontrarlo. La muchacha impaciente, se levantó al fin, y el fru-frú de sus sayas, empezando á sonar en la sala, acabó de encalabrinar á Sánchez.

—¡Lástima! pensaba. Y al fin será para algún ricachón...... ¡Maldita pobreza!

El resplandor del sol sobre la calzada, se colaba dentro de la casa é inflamaba la sangre en las venas. Chana circulaba de aquí para allá, buscando el cubo, y se detenía para abrir al aire fresco el pequeño escote que el calor le impusiera hacerse en la blusa. Al doblarse un momento para hurgar en una gaveta baja, colgaron los senos, y la curva de su busto se hizo más apuntada y provocativa.... Sánchez volvió la cabeza....Pero al tropezar ambos en una de las vueltas y juntarse, su carne con la de ella, sintió un extremecimiento general, y fué tal su turbación que Chana lo notó, y sonrióse, entre confusa y alarmada, considerando á una vez el atrevimiento y la persona de quien venía....

Para hacer algo que rompiera la situación penosa se fué Chana á la pila, y allí tomó de seguido un vaso de agua. Por su barbilla rodaban algunas gotas diamantinas, y bajando sobre la línea sinuosa de la garganta iban á perderse en el hueco sombrío y voluptuoso que insinuaba el escote. El pobre hombre sintió que los ojos se le cegaban......Y rápido, como cae el gato sobre la presa, la asió por el talle y la tapó la boca que iba á pedir auxilio con un beso formidable que la estropeó los labios rudamente!

Comenzó una lucha feroz. Ella, valiente y audaz, rechazó el ataque empujándolo por el pecho. Pero el macho exaltado la había ganado terreno, y frenético, loco, la besuqueaba en los hombros y en el pelo sujetándola por la cintura. El sudor de ella se mezclaba al de él, y ambos jadeaban tropezando con los barriles y los sacos, centelleantes los ojos, como deben amarse en el desierto las grandes bestias africanas.

En un movimiento torpe del hércules, pudo Chana deshacerse. Pero no gritó: tuvo la altivez de abalanzarse sobre el hacha de cortar la leña, y esperar allí la nueva agresión. El, más rápido, pudo sin embargo, quitarle la acción, y tomando el hacha por la hoja la tiró lejos no sin hacerse sangre en las manos.

La mancha roja acabó de exaltarlo: lo volvió criminal, y ya brutal y decidido, la acometió por segunda vez y terminó el asalto casi sin resistencia de la presa, entre ronquidos de placer y de rabia, sintiendo el fuego de aquella boca que mordía con odio la suya

y que al morder denunciaba un vaho de amor salvaje pero puro y genuino amor........

....

Cuando Sánchez, sonriendo á la sonrisa de ella, pensó en que tenía que marcharse de nuevo, y ser otra vez el caracol en su concha, ella le retuvo, haciendo que sus labios se unieran en un último beso.

—Oye, le dijo mirándole al fondo de los ojos. Eres un valiente, un hombre completo: el tipo brutal que yo necesitaba. Me has conquistado como deben hacerlo los hombres: con los puños.

Luego, más bajito y enrojeciendo añadió:

—Eres sin embargo...un idiota...Podías haber hecho todo esto desde mucho antes...

Al acompañarlo hasta el umbral, agregó muy seriamente como haciendo un resumen de todo lo que había pasado:

—Pero no nos casaremos...¡eh! ¡No me dá la gana de darle gusto á esos perros!... Sin embargo, ven tú, muchacho mío, ven cada vez que puedas darte un saltito...

—¿De veras? dijo él todavía humildemente; ¿puedo venir otra vez?...

...Al despedirse se hicieron un signo de inteligencia señalando á la trastienda, donde el viejo Pericón, gozando de su siesta, hacía temblar las tablas con su roncar de buey estropeado....

DOS VIDAS

Bajo la misma ancha sombra de un jagüey lucio y esponjoso, de atormentado tronco hecho como de cables por las fibras retorcidas en espiral, se abrían los dos asoleados potreros, desnudos y poco accidentados, apenas rota su monotonía abrumadora por algún leve grupo de palmas de larguirucha y jorobada silueta. El enorme jagüey cobijaba ambas *tranqueras* de palos secos, formando pie á la cerca de piedra que hacia abajo huía en blanco trazo haciendo eses por la llanura; y en los gordos chubascos de Agosto, se formaba bajo la copa felpuda, cogiendo un trozo de la calzada y algo de los dos *trillos* garrapateados de surcos, una generosa mancha de tierra seca, á donde corrían hombres, vacas y gallinas, hurtando el cuerpo al aguacero.

Pero aquella hermandad de ambos potreros, desaparecía á pocos metros que avanzara la vista escudriñadora, al observar que la mano del hombre había obrado por muy distinto modo en los dos predios. El de Sebastián Sosa daba á la brisa toda una alfombra de espigas bailarinas, siempre provisto de buena caña, siempre levantando del

seno de los cañaverales el canto del gañán, invisible en la labor de limpia, corte ó arrastre. El de la izquierda, el de Camilo el *Colorao*, apenas si había sido utilizado para pastos, y creeríasele, al mirar su vasta sabana punteada de manchas bermejas, claras ó amarillentas que rumiaban al sol, poseedor de un espíritu de perezoso que se tendía á la siesta abandonando el cuerpo á las alimañas......

En la ruda población esparcida de las sitierías se rumoraba que aquellas dos fincas, como dos hijos, daban una idea muy aproximada de sus dueños. Sebastián, silencioso y terco, duro para el trabajo y torpe para las ideas que lo sacaran del dos y dos del negocio, de afeitado rostro en cuya sequedad desaparecía todo indicio de ternura, de viveza ó de desigualdad; Camilo, de claros ojos abúlicos, de movimientos tardos y dulzones, vicioso por temperamento, agudo en la charla del bodegón y poco entendido en los asuntos del campo á pesar de que en él hubiese vegetado toda su existencia. Y así habían llegado á la edad intermedia en que de las cenizas de la juventud forma su lecho cálido y tranquilo la madurez; arrancando su amistad de la escuela del pueblo, donde en distintos cursos, atendidos los seis años más de Sebastián, aprendieron poco; y continuando la intimidad—no exenta de murmuraciones mutuas—al tomar posesión cada uno del respectivo patrimonio, que vino á juntarlos en dos tierras vecinas, separadas por una cerca y ligadas por la sombra de un jagüey.

Sebastián se casó tarde, cuando comprendió

que en el sitio haría falta una mujer para los quehaceres domésticos. El otro no quiso hacerlo nunca; le pareció tal vez una empresa superior á sus músculos flojos, ó acaso gustó más del amor á sorbos, por esos callejones y metiéndose en el bohío ajeno. El uno aumentó las caballerías de tierra en el primer lustro de dominio: el otro empezó á desprenderse del patrimonio, parcela por parcela, en cada temporada de gallos, como se ponen en mano del sacamuelas las piezas que no se ha intentado componer á tiempo......

No pasaba inadvertida para Sebastián toda esta ruina progresiva de su amigo. Mas ¿á qué abrumarle con consejos? El otro le escucharía como siempre: silbando entre dientes ó levantando espesas volutas blancas del inmenso tabaco, mientras desde el taburete reclinado sobre la hoja de la puerta guiñase los ojos á su mujer, aludiendo á la mala costumbre de sermonear á gente de colmillos duros...Al cabo se le pondrían en frente los dos—como también ocurría amenudo—soltandole cuchufletas sobre si estaba ó no estaba mal el Padre Sebastián en su sermón de las Siete Palabras. ¡*Peazo* de bruto; como no viniera el Nuncio á consolarle cuando se le acabara el último *cacho* de tierra!...

El *Colorao* había conservado la sana costumbre de asistir cada día á tomar con sus amigos el café de la última comida. Era un hábito que en sus tiempos de solteros habían cultivado, cuando lo hacían sobre la grasienta mesa abarquillada del bodegón, bajo una nube de moscas que conservaban una nota

perenne de bordones sobre las viejas manchas de aceite y de vino: entonces añadían al café unas gotas prudentes de cognac, y la conversación se hacía tras ellas más picante y animada.

En los primeros meses del matrimonio de Sebastián, el café fraternal hubo de interrumpirse: era la novia una mujer delgada y atractiva, ya un poco *pasada* hacia los treinta, de pronunciada osamenta masculina cuya impresión se suavizaba con la de sus dos ojos negros, limpios y retozones, ante los cuales todo el embarazo de los primeros saludos desaparecía. Camilo mirándola con desconfianza por el rabillo del ojo, comprendió que sobraría en la vivienda de su amigo, toda blanqueada de cal en la aurora del himeneo. Al cabo enfermó cierta vez de unas tercianas pescadas en la laguna del potrero, y la visita del matrimonio le mostró una encantadora mujercita, que sabía preparar una infusión de hojas de malva y que reía con toda la boca mostrando una dentadura hecha como de masa de coco. Había engordado un tanto, y este principio de despoetizamiento le hizo familiarizarse más presto con ella...Se tomó de nuevo el café en familia: un café *cerrero* de áureos tornasoles que aromatizaban el ambiente, al caer de la tarde, en el soportal que enfrentaba al sol muriente... Esta vez sin cognac.

Sebastián, aún cuando tuviera en el *Colorao* su más cercano amigo, no lo estimaba por completo: aquella disipación que lo arruinaba, más allá de los treinta y cinco años y

cuando en la frente comenzaban á brillarle perdidos hilos blancos, le parecía sencillamente estúpida. Para aquel temperamento tirado á cordel, era el peor de los pecados el desarreglo en la vida: una gaveta á medio cerrar en el armario, una azada floja en el mango durante dias y días, le hacían detestar á un hombre.

—De ahí salen los ladrones, decía seguro de su sentencia solemne,—se dejan robar por los otros, y luego salen ellos á robar al camino......

Cuando trotando en su jaca alguna mañana dedicada á remontar los linderos de su finca, levantaba la vista hacia el otro lado de la cerca de piedra que lo separaba del dominio de Camilo, tenía que sujetar las riendas en seco para detenerse—contemplando la vasta faja verdeante donde naufragaban hasta los cuernos algunos añojos rojizos—, á reflexionar sobre el porvenir de aquel bárbaro que así se dejaba desbalijar de una tierra maravillosa, que hubiera rendido, sembrada hasta de alambres, tres soberbias cosechas al año. Toda aquella zona que brillaba del otro lado de la guardarraya de mangos, antigua entrada de la finca, pertenecía ya á un usurero del pueblo, por un crédito insignificante; la parcela de la laguna había sido puesta á su nombre inventándose un gravámen anterior á otro ya cumplido que sobre ella pesaba: la ceja de monte que trepaba al fondo hasta las nubes blanquecinas, estaba ya en entredicho, bajo las garras de picapleitos que se comprometían á salvarla...¡Qué se

yo! Acabaría por comérselo todo, oliendo sayas cochinas en el pueblo y topando gallos de navaja y pico en el batey.... Veía el avance del desastre con vago terror, con algo de esa impresión del que, sobre la azotea de su casa, ve aproximarse las llamas del incendio que aniquila la vecina propiedad....

Pero al mismo tiempo algo turbador y molesto vibraba en sus adentros cada vez que en aquellas consideraciones fraternales se hundía: sin confesarselo todo por completo, hurtando el pensamiento á la denuncia de su propio deseo, sentía una leve comezón de envidia hacia aquellos que tan fácilmente se enriquecían á costa de la mansedumbre de Camilo... ¡Que no se hubiera encontrado nunca él con tales ocasiones de felicidad! ¡Pícara surte la suya!... A él todos los negocios le salían dificiles: tenía que vender su caña á monopolizadores que le ofrecían un mezquino tanto por ciento de azúcar; jamás había podido hacerse de una caballería de tierra por uno de esos procedimientos de cuentas turbias que otros menos listos que él explotaban á su alrededor! Y ahora que tenía cerca la *paloma* atisbada por todos, en la cual cada uno desplumaba con suma sencillez, resultaba que se trataba de su íntimo amigo, del que iba cada noche á hacerles cuentos verdes á él y á la costilla!...Al cabo era realmente simpático. Y ¡júzguese de la injusticia social! Lo que pasaba de los bolsillos de su amigo á los de un extraño, no podía pasar á los de él, acaso el único que habría de darle la mano para levantarle cuando

llegase á la definitiva *furnia*...¡Quien sabe!...... En fin; si Camilo le pidiese dinero prestado!... Pero el *Colorao* había tenido el prurito de no poner jamás á prueba la amistad en este punto.

—*Ná*—concluía Sebastián—que *tóos* comerán de ahí, y yo seré el único en pagar el pato......

Una bandada de *totíes* desgranándose desde una palma sobre la cerca florecida de amarillos cardos, asustaba al potro, y flojas las riendas volvía á hincar con los cascos sobre las lajas relumbrantes del sendero.

De entre los dobleces de la cerca, se levantaba de nuevo un *crac-crac* de ranas borrachas de sol......

II

Cierta noche se creyó Sebastián el más feliz de los hombres del valle. Su Martina, que desde hacía varios meses arrastraba un enorme vientre del gallinero al platanal y del platanal al pozo, lo sorprendió allá cerca del toque del alba, con unos espantosos quejidos de fiera apaleada. Hubo carreras en el *arrenquín* del potrero en busca de una experta mulata del pueblo.... A las once de la mañana, bajo un pleno sol riente de Cuaresma, supo Sebastián que los santos del cielo le habían enviado una chiquilla soberbia, de inflados carrillos y grandes ojos turbios que pro-

metían ser muy negros, con nueve libras netas y un desesperado gritar que denunciaba titánicos impulsos de vida.

Fué Camilo el padrino. Se le puso á la chica el rumboso nombre de Celmira. Aquel acontecimiento lo ligó más sólidamente á la familia, y ya en ella no pasaba por la *tranquera* del potrero sin que al caserón entrase á hacer alguna diablura á la chiquilla....Se interesó después vivamente en los pormenores de la crianza. Sabía del progreso de la dentición; cuando la nena tuvo el *sapillo* sufrió como si el mismo lo padeciera...Hubo quien en la sitiería insinuara que tenía más derecho que el propio Sebastián á ser el padre de la criatura......

Y fué así que cierto dia de Pascuas, ya cuando Camilo tuteaba familiar y públicamente á Martina, se encontró Sebastián cogido de los hombros por su amigo, que se colgaba de ellos pidiéndole de sopetón ochocientos pesos para un apurillo, y ofreciendo aceptar la garantía y el tipo de interés que Sebastián propusiese.

Aquel disparo á quemarropa desconcertó un tanto al buen labriego. Se rascó vigorosamente la nariz....

"Bien, bien, había que pensarlo.... ¡Ochocientos pesos!...Pero ¡qué diablos de *desbaratado* era aquel!...Probablemente para ponérselos á las patas de un gallo......

E intimamente sonreía como ante el primer golpe de vista que se lanza sobre un panorama mucho tiempo ansiado.

—¡Ochocientos pesos!......

—Al diez por ciento mensual,—interrumpió el otro otro mirándole ávidamente—y con hipoteca del sitio "Tierra Prieta"......

"No; no había que hablar de intereses...entre amigos...En estos casos él trataba la cosa como un padre....En fin: lo que él quisiera...Lo que ocurría era que el dinero acaso no lo tendría él de momento"......

La escena acabó en la firma por Camilo Rueda, álias el *Colorao*, de un documento privado por el cual se reconocía deudor de Sebastián Sosa por la cantidad de mil doscientos pesos, pagaderos en un plazo de dos años á contar desde la fecha, y otorgado ante los testigos que al final se dirían......

Todo quedó explicado y se hizo posible y digno por el porvenir de los hijos......

—Mis hijos...¿tú comprendes?

—Oh, sí ¡tus hijos!

—¡Pobres!......

Y no se hubiera podido desentrañar al cabo, á quién pertenecían aquellos hijos en cuyo nombre se hacía todo....

Desde aquel día comenzó á derivar toda la fortuna del *Colorao* hacia los arcones enmohecidos de Sebastián. La intimidad, más acentuada cada día, le facilitaba á aquel el medio de obtener dineros sin embarazos de corredores, ni sonrojos por la expresión inequívoca de alarma con que ya empezaba á mirársele, igualándolo á los sablistas de profesión. Con Sebastián la cosa andaba sobre ruedas. Su voluntad nula le cortaba de ir directamente al asalto de su amigo, pero aquella entrevista siempre enojosa se la evitaba Martina

con encantadora solicitud, Martina que encontrando á su marido demasiado prosaico y encastillado en los números, se abandonaba á un singular lazo de simpatía hacía aquel raro ejemplar de bohemio, decidor y alegre, que cantaba al anochecer coplas picantes, formando pintoresco y crudo contraste con su salita escrupulosamente barrida, sus comidas á toque puntualísimo de reloj y sus gañanes silenciosos y cumplidores que desfilaban cada tarde al frente del portalito con un golpe respetuoso de sombrero.

Sebastián á cada secreteo coquetón de su mujer, que acompañaba las palabras con guiños expresivos y le seguía en su escape por las habitaciones faldeando con ruido de gallina clueca, respondía con refunfuños más de maniático que de convencido, y acababa por tirar de las gavetas del escritorio, pomposo mueble heredado del abuelo, totalmente atestado de papeles y seccionado en divisiones cerradas y prometedoras..... Terminada la operación y cuando recibía el dinero, se le le humedecían los ojos al pobre diablo y asaltaba á Martina con un gran abrazo efusivo y febril...Después, al cabo de diez ó doce meses de préstamos parciales, presentaba Sebastián á Camilo cualquier día, entre rudo y turbado, un papelote ya por él condimentado á satisfacción, al pie del cual ponía el *Colorao* su firma, garrapato vacilante como el palo de un viajero que avanzando de noche á un pantano, más va enterrándose cuanto más camina.

Sebastián, remiso en un principio á aquellas operaciones, por una sombra de remor-

dimiento, concluyó por despreciar á su amigo y mirar su ruina sin lástima, recibiendo aquel capital que de Camilo caía hacia él, dichoso y tranquilo. Duro y frío, era la concha fresca de piedra que recibe el torrente desquiciado.

Ya no le molestaba el panorama del potrero de Camilo, cuando el monte sudoroso bajo el sol que llameaba sobre su ancho *jipijapa*, lo ponía junto á la cerca de piedra, donde saltaban persiguiéndose, verdes y hermosos, los lagartos en celo. La faja de pastos iba estrechándose: la parte de la laguna ya le pertenecía por una cesión con la cual canceló el *Colorao* un crédito de dos mil pesos. Ahora miraba satisfecho el cielo, donde las nubes cargadas de lluvia parecían, propicias, saludarle. Hacia la lejanía subía un suave humo azul del techo de su casa... La chiquilla jugaría, fuerte y roja como una flor de pascuas, con las cabras del batey. Con la mujer paliquería en la sala aquel bragazas de Camilo que ahora, como un perro familiar, no salía de la casa... Y apretando los hijares del potro con una oleada de orgullo en el rostro, seguía la marcha creyéndose más dueño que nunca del caballo, del terreno, de la chica, de la mujer, del amigo.......

Sin embargo...

Cierto día, aquella felicidad en que nadaba, mientras se hinchaba su vientre y los linderos de su heredad iban ganando terreno, tuvo un grave tropiezo que le llenó de estupor, como si su existencia tirada á líneas rectas no hubiese estado preparada para caso alguno anormal.

Fué al volver del trabajo en las siembras, más temprano aquella tarde que nunca, que el trote de su caballo al entrar en las baldosas de la cuadra, produjo inusitada agitación en su vivienda... ¡Qué loco abrir y cerrar de puertas aquel, qué salida precipitada la del *Colorao* cruzándose con él en el batey apenas sin saludarle, que pálida faz y qué preguntar atropellado los de su mujer, saliéndole al paso, mientras una negrita atravesaba presurosa de un lado á otro del cuartito contiguo!...

Sebastian no era tan romo que no pudiese rehacer en una rápida visión la picante página que había él torpe é inusitadamente interrumpido. Recibió el golpe á pleno pecho. Y recordó en un solo minuto todos aquellos anónimos que de vez en vez le sorprendía, las interminables estancias de Camilo con Martina, sus propios egoistas letargos de un solo tirón, junto al cuerpo febril de su mujer que se debatía bajo las sábanas, inútilmente dobles en tamaño......

Todo eso lo vió, mirando rabiosamente al fondo de los ojos de Martina, que temblaba bajo las garras del hombretón iracundo, los brazos destrozados y la garganta anudada de miedo. No se atrevió á negar......Al cabo Sebastián, después de sacudirla brutalmente con reconcentradas injurias masculladas, la arrojó con furia hacia la puerta....

—¡Eres una.... ¡Anda!..¡Largo! ¡Largo de mi casa!....

Pero ella no se dió por aludida y quedó hecha un ovillo junto al sofá. La chicuela, atrai-

da por el ruido, vino á detenerse en el umbral con semblante embobado......

Entonces fué él quien salió. Volvió á la cuadra, ensilló rápidamente el caballo y tomó el rumbo, muy pálido, hacia la finca de Camilo...

Más de dos kilómetros separaban ambas casas de vivienda. Fué al principio una marcha fogosa que seguía los ritmos de su corazón turbado. Sentía una sola avidez: la de llegar pronto á donde estuviera el falso amigo; no habría podido precisar á qué iba, pero el solo pensamiento de la escena pasada le hacía apretar los flancos del caballo y empujar el cuerpo hacia adelante... Poco á poco el aire fresco de la tarde, toda de un azul casto, fué serenando sus pensamientos, y fué al propio tiempo debilitándose el galope del caballo, fatigado por la jornada anterior. "Y bien—se decía—¿á dónde voy? ¿por dónde he de empezar?" Maduraba soluciones violentas; pero pronto se detenía temiendo aumentar el ridículo...Después hacía en alta voz preguntas vagas: "¿qué hacías en casa, canalla?...¿y ese es el pago?" ¡Pero de nuevo se interrumpía con un furioso: "¡es estúpido! ¡es imbécil!..."

Había llegado á la la carretera, sobre cuya arenica dorada por el sol poniente, corrían las hojas con débil rumor. Las riendas sueltas, el caballo se había puesto al paso y al llegar bajo el jagüey se detuvo perezosamente, con fuertes resoplidos que arrojaban espuma acá y allá. Los pensamientos de Sebastián, frente al espectáculo augusto de la tarde que irisaba la neblina de los montes y daba ondu-

lantes balanceos á las pencas, fueron progresivamente aquietándose, como si algún espíritu benéfico los hubiese sumergido en un baño balsámico y tibio. En aquella caida hacía una atmósfera sedante, vino á su cerebro la idea práctica, gruesa, egoista, del aspecto contrario que pudiera tener aquella ruptura, acaso rematada con sangre, que iba él á buscar á casa de Camilo. Camilo le debía dinero; se lo había tomado en confianza, por el procedimiento de costumbre, con *aquella bandida por intermediaria*; y ya lo prestado había alcanzado á muy cerca de mil pesos...¡Ah!, nó; aquello no podía él dejárselo arrebatar.... Y pelear con el *Colorao* era renunciar á todo reconocimiento de la deuda, que sólo dependía de su voluntad en los actuales momentos... ¡Oh, si él lo hubiese sospechado siquiera un poco antes!... ¡Si, siguiendo la intención que había tenido la semana pasada, le hubiera puesto el documento á la firma antes de todo este escándalo!... ¡Ah, con qué gusto, libre ya de toda liga, le hubiese roto el alma!....Sebastián dió un tirón rabioso á las riendas... Y el caballo entró ya á un paso moderado y conciliador, en la finca de Camilo....

Durante aquella segunda mitad del viaje debieron pesar mucho en el ánimo del guajiro las consideraciones económicas... Las altas hierbas de guinea que lo acariciaban al paso reconociendo en él al futuro amo, debieron humanizarlo llevándolo hacia la solución de demorar el estallido de su indignación hasta tanto estuviesen las cuentas arregladas......Un momento detuvo el bruto en

cuyo vientre formaba el sudor juegos de espuma, para apreciar la calidad de los terrones, rojizos, pastosos, fecundos, que pedían ser trabajados......

Cuando entró en el caserón destartalado del *Colorao*, le puso muy naturalmente la mano sobre el hombro, que temblaba, manifestándole que un caso de urgencia le obligaba á rogarle que le extendiese un pagaré por mil y pico de pesos...Sebastián para vengarse reforzó el tipo de los intereses y Camilo no protestó. Después se tomó ginebra aromática......

Y así continuó aquel estado de dulce terceto, una vez que dos meses de tregua permitieron reanndar la patriarcal costumbre del café espumeando sobre las tres cabezas, orientadas según tres preocupaciones distintas. La *Nené* crecía como una hermosa planta, bien abonada de podre alrededor.

A veces entraba Sebastián en nublados días de crisis en que una sonrisa percibida al pasar por una casa de comadres en el pueblo, le hacía apretar los puños y experimentar un loco deseo de echar á rodar todo el negocio, lanzando á aquellos dos indecentes de su hogar.... Por su parte, también el *Colorao* sentía que el terreno vacilaba bajo sus pies, y no sabía qué responder á los compañeros que le hacían ver lo poco que ya le quedaba, y el ridículo en que estaba, pagando á precio de princesa á aquella mala hembra de enaguas enlodadas.... Pero ninguno tenía suficiente energía para romper la situación. Al cabo se fueron acostumbrando á verse despojados:

el uno de la tierra y el otro del tálamo conyugal....

Pero llegó un día en que aquello terminó. Fué cuando ya nada quedó á Camilo de lo suyo. El alguacil y el pregonero del juzgado fueron ensanchando poco á poco los lindes de la posesión de Sebastián. Al fin, cierta mañana, ya cuando no quedó á Camilo otra cosa que unas dos caballerías de tierra, donde empezaba á doblar, ya tarde, el espinazo, mandó aquel á hacer una gran portada de las dos viejas tranqueras, y sobre ella hizo campear un título con letras rojas: "La Caprichosa, de Sebastián Sosa Falcón."

Desde entonces empezó á sentirse defraudado por Camilo....Ya no podía sacarle partido, porque nada ó casi nada le quedaba: en cambio el otro parecía dispuesto á continuar usufructuándole la mujer....Su olfato de hombre de negocios, se sublevó!....Y antes de que la reacción le quitara el ímpetu, se fué derecho á su víctima y sin contemplaciones lá puso en la carretera....

Un día en que insistiendo como un perro hambriento, volvió á aparecer por aquellos rumbos, la escopeta levantada de Sebastián le hizo volver atrás. Sus grandes ojos abúlicos tuvieron entonces un destello de voluntad, y juró vengarse!

III

Mucho tiempo corrió sin que el aldeano despojado hubiese urdido con precisión la for-

ma de su venganza. Camilo, doblado ahora sobre la tierra de su sitio reducido que, descansada de todo cultivo durante años se presentaba casi virgen á su avidez tardía, rumiaba proyectos terribles para acibarar la vida al que le había robado en mitad del campo, como un salteador de caminos. A dejarse resbalar en su primera idea, hubiera ido á echarle á la cara un trabucazo bien relleno, desde algún escondrijo de la vasta finca, por donde con frecuencia transitara Sebastián. O, más leve pero más seguro castigo, le pegaría un *tizonazo* al cañaveral cada vez que estuviera la caña ya á punto de cortarse. El procedimiento era sencillísimo: una mecha encendida que se sujetaba á la cola de un *jubo* y este llevaría el exterminio á su paso. Pero guardaba un santo horror á la justicia de los hombres, y de su riqueza disoluta recordaba algunos casos judiciales en que por su influencia allanadora de obstáculos, fué condenado sin pruebas cualquier infeliz en quien se sospechó del robo de una vaca en sus pastos: ahora que estaba pobre, su instinto le hacía preveer unas marmorras verdes de la cárcel del pueblo, á renglón seguido de la nube de sangre que le pasaba por las retinas.

En el fondo lo que hubiese deseado era algo que al otro le tocase al bolsillo, algo que le impidiese gozar lo estafado, algo de esas combinaciones de picapleitos que á Sebastián le habían servido para quitarle lo suyo, y que, como una máquina con cuerda hacia atrás, le tornase á la posesión del patrimonio tan neciamente perdido. Pero todas las grasien-

tas levitas consultadas respondían invariablemente que las cosas habían sido hechas en regla, que las ejecuciones se habían consumado con el previo reconocimiento de firma y los embargos trabados en forma legal; que nada, en suma, había en qué fundar la acción reivindicatoria......

¡La acción reivindicatoria!.....Aquella resonante frasecilla se clavó en su turbada testa como simbolizando un ideal de reparación..... Tendría desde luego que buscarla solo, porque la pérfida que lo había empujado á la furnia,—fuese por miedo al marido, ahora muy celoso de su honra, fuese por cansancio del amante avejentado—no se había vuelto á acordar del santo de su nombre.

Su único lazo con aquella mala gente era la chiquilla, la rubia Celmira, que con él se cruzaba algunas mañanas en la carretera al ir á la escuela del pueblo en compañía de la negra sexagenaria.

Conversaban casi todos los días, sentados sobre las raices del jagüey, salientes como gordas venas de la tierra, mientras llegaba la *guagua* en que había de ir Celmira al pueblo....

—A ver modorra ¿cuántos libros tienes ya?..

Y Celmira orgullosa de sus progresos y hablando confiadamente como con un amigo de sus mismos años, le mostraba marcas de lecciones, pastas vistosas de libros de lectura, estampas religiosas que había obtenido en premio.... Sobre ellos corría el viento entre las hojas del jagüey, y la sombra calada avanzaba poco á poco hacia el oriente.

Esta corriente de simpatía que naturalmente lo ligaba á aquella muchacha talludita, ondulante ya de cuerpo y de labios bermejos y un poco abultados, io sumía á veces en graves meditaciones.

¿Sería su hija?... ¡Quién sabe!...

Realmente no podía precisar si *lo de Martina* fué antes ó después del nacimiento de la muchacha. Y á continuación se abstraía en un dédalo de fechas, del cual nada sacaba en limpio......

La idea de venganza, no obstante, lo desvelaba todavía...Al cabo cierta mañana de un manso azul ceniciento, se echó de un salto fuera de la cama y dió cuatro zapatetas en en suelo de hormigón. Había encontrado la solución del problema....

Muy temprano trotaba con él, el pobre caballejo del sitio, desempedrando furiosamente el *trillo* que conducía á la carretera. De ahí, al pueblo; á una vieja vivienda que en un rincón del caserío alzaba su pobre masa de embarrado y guano, con las cruces del caballete al descubierto, y una pareja de *tojosas* al extremo de una de ellas: Aquella casita que se calentaba al fresco sol de la mañana, había sido frecuentemente visitada por él cuando en viejas épocas tuvo en ella un escondido refugio de amor: una fuerte muchacha sanguínea que con sus hermanas y la madre, convenientemente sorda, vivía condenada, recluida, aislada como animal apestado, del trato de las poblanas presuntuosas que todo lo hubieran tolerado á no mediar el escándalo. Con ella había tenido un hijo,

cuyo pelo rubio, tornado broncíneo por la caricia del sol, apenas si había visto Camilo media docena de veces.

Pero ahora venía á buscarlo para que con él fuese á trabajar en la siembra.... Le hacía falta en el sitio, donde la *escoba amarga* tenía invadidas las veredas y no le dejaba vivir una mata útil. Necesitado de un muchacho listo, ¿á quien mejor que á su hijo podía llamar para trabajar á manos juntas en la tierra, que al cabo tan de uno era como del otro?...Después de todo, ahí era donde se hallaba su porvenir...

Y hablando así el *Colorao*, medía orgulloso con la vista al macizo mocetón de dieciocho años, robusto como una ceiba del llano. Y sonreía con aire de artista satisfecho de su obra....

El recio zangolotino, en cuya expresión de cerdo lustroso había algo de paralizado y de desvanecido, oía sin desplegar los labios el discurso de aquel buen amigo de su madre á quien había visto muchas veces en el bohío de sus primeros años. Ante la revelación maravillosa de aquella paternidad inesperada, nada de conmovido, sin embargo, decía su faz. La atonía de los rostros guajiros, hechos á los paisajes vastos y monótonos, se eternizaba en su fisonomía sin ángulos......

Al día siguiente ocupó Ramón en el caserón de su padre, un catre viejo que rechinaba protestando de que fuera profanada su jubilación. Hubo antes un reconocimiento en el Juzgado Municipal.... La madre, especie de cuarterona gruesa con maliciosa expresión

de gata, encontró por él un puente para invadir de nuevo el bolsillo, hoy casi exhausto, de Camilo.

Y entonces comenzó la empresa ingeniosa, homérica, trascendental de poner en contacto á los dos chicos y hacerlos amarse como dos guineas que se encuentran en el bosque. Por medio de la muchacha, que ya iba alboreando hacia un magnífico sol de adolescencia, pudo ir venciendo la repugnancia temerosa de Sebastián á un renuevo de las amistades....Habían corrido noventa días de la ruptura...Cierto día, llegando Sebastián á su portada y advirtiendo la conversación familiar de su antiguo amigo, que aprovechaba la sombra de los árboles para dar, como Platón saludables consejos á la juventud, su corazón se enterneció, y afablemente extendió su dos manos sudorosas, honradas, llenas de callos, á su buen amigo de los primeros años. No se hizo alusión alguna á las cuestiones de intereses. Se habló de Martina,—ahora una Dª Martina machucha y llena de vendas y alifafes,...con una discreta naturalidad....

El confesó á Sebastián algo de su vida en aquel duro espacio de separación...Había trabajado bien las cosechas de maiz: una *enteritis*, que por poco se lo lleva al hoyo, pudo ser curada con la baba de la guásima: había podido comprar una yunta y seis puercos...Por último, un gran suceso: se le había presentado en casa ¡oh trágica escena! una mujer por él burlada en otro tiempo—aquí bajó Camilo la voz para que no oyera Celmira, distraída en la caza de una lagartija—y le había

puesto ante los ojos un magnífico muchacho; —¿qué le parecía á Sebastián?—un pedazo de su carne que él ignoraba y cuyas *farciones* eran las mismas de su cara. La señora, *tapá* con un mantón obscuro *que olía á perfume* no había querido aceptar nada para sí..El, por su parte, tampoco quiso abandonar al muchacho...Y allí lo tenía en la casa, trabajando provisionalmente en el sitio. Todavía no tenía decidido á qué clase de profesión había de dedicarlo...Ya se lo llevaría por la finca para que lo conocieran......

Interiormente ya tenía bien planeado el *Colorao* á qué había de dedicar al chico...Alternativamente, con prudencia de ojeador que no quiere levantar la caza, procuraba encuentros con Celmira, cuando con Ramón salía á alguna diligencia en el pueblo. Después, y compensando su desconfianza en el temperamento tímido y todo en bruto del doncel, con el despierto y ligero de la muchacha, donde vibraba la sangre alebrestada de su madre, trató de que estos encuentros fueran sin su presencia, que podía ser enojosa. Dos meses más tarde, pudo mirar por encima del recio cogote del absorto mancebo, inclinado sobre una mesa, los garrapatos con tinta morada en que comenzaba á vibrar un amor silvestre y sin ortografía... Sonrió...La primera etapa había sido ganada.....

En aquel iris de paz que colgó su arco magestuoso sobre los dos adversarios íntimos, hubo durante muchos meses complejidad curiosísima de pasiones. Había en el ricachón algo de remordimiento, que le hacía ser

benévolo, y algo de desconfianza, de permanente inquietud fundada en la convicción de la actitud que hubiese tomado él en el pellejo de Camilo. En este dominaba la idea fija de los arrebatados; sustituyéndose á su hijo, que desencajándose los maxilares con ruidosos bostezos, había caído mal, enamoraba á un tiempo á la chica y á los viejos. Martina, paseando de un lado á otro su obesidad, en que saltaba con brillo muerto una beatífica sonrisa estereotipada, resbalaba en un resto de sensualidad cerebral, conformándose en blanda oleada romántica con la voz, el gesto, la proximidad del antiguo amante.

En los chicos nada había fijo y decido aún: Celmira mostraba á sus compañeras de aula, inflando satisfecha los carrillos, las cartas consecutivas de su *cortejo;* y el pobre *cortejo* sudaba al paso de la fresca rubia, y, sin atreverse á la confesión suprema, experimentaba menudas y arrobadoras irisaciones en las retinas...Una primavera toda llena de flores de granado, y un radiante verano cuajado de frescas motitas sobre la hierba,—aromas. conchitas, cardos, romerillos—rodaron sobre los dos corazones, donde palpitaban aromadas rosas que á veces herían con espinas sutiles.

Al cabo, el obstáculo. Sebastián, enterado por su mujer del objeto de las frecuentes visitas del zangolotino, lo puso una tarde sobre la silla del penco, más de prisa de lo que lo hubiese deseado.

—Oye,—añadió gritándole á la grupa— ...y dile al viejo que mi hija no se ha hecho para hijos de......

En cuanto á Celmira, se acababa la escuela. Para el sentir rutinario de Sebastián aquella excursión diaria al pueblo era una inmoralidad establecida: no sacaría otra cosa la muchacha que tener humos, y despreciarlos luego á ellos... ¡A coger las planchas!...

Pero la sangre que saltaba en las arterias gordas de la chica, no la adaptaba á la eficacia de aquellos remedios. Era una codorniz del monte que, encerrada en una jaula, ó escapaba por una abertura, ó moría... Hermosos diez y seis años, todo selváticos!...

Una noche á las doce, al terminar un baile en casa del Alcalde, hombre rumboso que no dejaba pasar el bautizo de un muchacho sin hacer correr la cerveza á pasto, no hubo modo de encontrar á Celmira. Martina, haciendo crujir horriblemente un sillón, sollozaba con latidos intermitentes en la enorme tripa... Sebastián anonadado, tambaleando entre romperle el formidable garrote en la cabeza al raptor, y contenerse por el temor á aumentar el escándalo, tragaba saliva que le sabía á retama...

A la mañana siguiente se presentó Celmira en "La Caprichosa," tirando de la chamarreta al seductor, que, la mirada perdida, parecía el verdadero raptado. El viejo no quiso verlos por no cometer un crímen, y Martina disuelta en lágrimas, hizo señas al gaznápiro para que se alejara. Camilo embargado por diligencias urgentes, fuera del distrito, no compareció...

Sebastián, feroz, herido en su orgullo, no hubiera deseado otra cosa que estrangular á

Camilo, de quien adivinaba el golpe. Pero este, alejado del pueblo, tenía bien preparadas sus trincheras y el otro no pudo resistir el fuego cruzado de las comadres que le aconsejaban tomar las cosas por el lado práctico....

Un mes más allá, cubriendo las formas ingeniosamente y por evitar mayores escándalos, se celebró el matrimonio ante el párroco del pueblo. Habían florecido por aquel entonces las hiedras que se enredan al pórtico de la iglesita y bajo la pátina cariñosa de una clara tarde de otoño, comenzaban á parlotear los gorriones del alero, emplumados de nuevo para el frío...

IV

Fué uno de esos típicos matrimonios de las sitierías, que al batir tropeloso de la cabalgata sobre la calle Real del pueblo, honrosamente empedrada, sacan bajo la sombra de los portalitos á todo el mujerío curioso y desocupado.

Se había hablado con el párroco para las tres de la tarde, hora conveniente para todos los caprichos personales: para la toma de posesión por los novios de la casa de Camilo, para la gota de Martina recrudecida siempre al anochecer, para la siesta del cura y para los negocios de Sebastián.

Resbalaba sobre la llanura el grato aroma de la hierba recién *chapeada*, y por las cune-

tas, brillantes á trechos entre los claros del césped, lucían los charcos del aguacero caído dos días antes. A uno y otro lado de la carretera iban surgiendo á la vista fragmentos de cañaverales de un verde tierno, maizales polvorientos y desgreñados sobre la tierra blancuzca, *tablas* rastreras de yucas, frijoles ó boniatos, en que los rojos terrones, parecían trozos de piel desgarrada bajo picoteada y tenue sábana verdegueante. A trozos se detenía la vista en una arboleda negra y profunda, que marcaba la guardarraya de una finca, dejando ver apenas la nota cárdena del tejado y el breve cendal tembloroso de un humo opalino. De los flancos de la calzada, desigualmente provista de árboles, caia en roto concierto cristalino, la voz de los pájaros del campo: la queja grave de los negritos, el largo suspiro de los arrieros, el silbido socarrón y diáfano de los mayitos, el *stacatto* tímido de los tomeguines, el arrullo hondo é igual de las tojosas... Y en el descenso de cada hoja seca que resbalaba por el follaje para rodar al polvo, diríase que había una secreta correspondencia con cada trino ó cada lamento, materializándolos, haciéndolos rojos, sepias, violáceos, gualdas, verdosos...... El sol caía á plomo sobre las recias espaldas. Detrás una columna de polvo se doraba en la luz radiante...

Y así marchaban al amor, á la consagración, al pronunciamiento ante los hombres de una nueva sumisión á las leyes sagradas de la fecundidad. La cabalgata desordenada, quitando á los personajes toda solemnidad

con el saltar violento de los caballos, entraba en el pueblo... Los rostros de las vecinas orlados de papelillos de colores, sudorosos por la faena suspendida, cuchicheaban de ventana á ventana...

Los caballos, rompiendo la fila iniciada, y poniendo á los protagonistas de la escena en el orden caprichoso que las energías respectivas les permitían, barnizaban de delicioso aspecto cómico á la procesión: delante el *Colorao*, apareado con una muchacha de los contornos, cuyo sombrero de plumas chillonas oscilaba horriblemente; cerca de ellos Martina, derramando su obesidad temblequeante sobre los lomos de un inmenso jamelgo, parecida á un enorme *serón* de arriero; y poco más allá el novio, puesto de limpio, con las axilas cortadas por la estrechez de un saco de Camilo y dejando ver una enorme concha de pelo engrasado, bajo las alas del jipijapa sin cinta, á los lados las dos clásicas abolladuras....Una de las últimas la novia, perdida en el tropel de oficiantes é invitados, muy derecha y peripuesta en su sayón verde obscuro, que luego habría de ser cambiado en la sacristía por el casto velo de la virgínea pureza que se entrega... A la retaguardia, Sebastián, rojo, avejentado, la cabeza baja, totalmente vencido...!

Pasando por el bodegón, cuyos portales abrían sus pesebres á un montón obscuro de bestias, uno de los potros de la comitiva desgarró el aire con un relincho formidable, agrio, vibrante, pletórico de lascivia salvaje...

Al regreso cuando, el paso tardo y las mira-

das turbias, regresaba la cabalgata con la idea fija de la hartura próxima—unos de pastas y aguardientes, otros de fresca maloja, otros de amor cantando en epitalamio—echaba sus cuentas el viejo Camilo, acentuando la línea de sus labios secos y afeitados.....

Se había logrado todo... El dinero robado volvería á su dueño. Ahora había muy cerca de él y muy cerca de Sebastián, un heredero forzoso que abriendo las dos manos sobre los restos de la antigua linda, extendería sus dominios, del uno y del otro lado del gran jagüey de la portada. De si la batalla había sido ganada, bien podía decirlo Sebastián, que, la barba hundida sobre el pecho, parecía inclinarse á una tumba invisible bajo el peso del disgusto... En el porvenir......¡Ah! Aquí los ojos azules de viejo se alegraban con puntos ambarinos, y pensaríase que gozaba al mirar la fisonomía embrutecida del muchacho......

De repente sus pensamientos se detuvieron... La duda antigua sobre el origen de Celmira venía de nuevo á perturbar su cabeza tan firme......

—¡Qué crímen tal vez...! El uno y la otra..... Lo mismo......Dos hermanos.....dos hermanos.

Pero no fué más que un relámpago. ¡Qué más daba!... El campo es el campo......Y tiene también su filosofía.....

Sobre el prado, ahora de un tono sangriento, un gallo cantó. Y al volver la vista vió Camilo cómo corría, aleteando furioso en pos de una pollona amarillenta, tal vez nacida en su propio gallinero......

CARTA DE UNA FLOR DE ESPINO

(ESQUEMA DE COMPOSICIÓN DE UNA MAESTRITA RURAL)

"......ocurre, mi querido poeta, que no es sólo coquetear con la brisa y abrirse á la visita de las mariposas y beberse una perla temblona en las primeras horas del rocío, lo que concierne á la vida de las flores. Tenemos también, y, más que muchas de vuestras bellas mujeres á quienes adornáis con nuestros nombres, un alma ténue que suspira desde el cáliz, hundida en el pólen generoso.

Desde nuestros tallos que nos levantan al sol, ¡si pudiérais imaginar cuántos de vuestros sentimentales dramitas adivinamos! ¡Y qué cuchicheos al morir la luz de cada día, cuando de matorral á matorral vuelan las confidencias escuchadas, que se comprueban con la huella de unos zapatos breves, impresa en la arena plástica junto á otra doble huella de zuela ancha y enérgica. Y los tocadores aromosos y cálidos... ¡Pero no quiero causarte tristeza y envidia con estas frescas visiones de carne rosa......!

Lo que ahora quiero contarte, poeta bucólico, no es un poema riente como los que ins-

piran las ninfas de mármol de los pilones aristocráticos. Las flores guardamos también nuestras leves pesadumbres, y algunas gotas diamantinas que á veces encontráis apretadas entre dos pétalos, son lágrimas de nuestras entrañas, que tomáis por burbujas de rocío y que impiadadamente sacudís para no manchar la seda del ojal.

He visto ahora poco algo que me ha entristecido. Y entre estos pálidos cirios, lejos de mis hermanas, lejos de mi bosquecillo verdegueante, del cañal del seto vivo en que levanté mi mota blanca como una hostia consagrada al cielo; ¿á quién si no á tí, poeta pecador que vienes á diario á prosternarte ante el altar de la Virgen, hé de contar la historia de esa pobre chiquilla que á estas cuatro tablas vestidas de campesina tarlatana me trajera en tímida ofrenda?

Tú la recuerdas; porque quien vé sus ojos leonados no los olvida nunca. Es la hija del hombre rojo y macizo que repara hierros, y que llena de ruedas de carretas el portal de su casita á la salida del pueblo. Se llama *Nati*. Es aquella vestida de azul, que no quiso ser Reina en un torneo por vergüenza de que la vieran. Aquel olor sofocante de fragua y de maderas nuevas no la impedido crecer como una suave santita de mirada acariciadora.

No hace dos semanas la contemplé más guapa y fresca que nunca. Nati guardando sus gallinas por los prados vecinos de la casa y roja la cara por el agetreo bajo el sol, es uno de los cuadros más hermosos que podéis so-

ñar los de la ciudad. Desde la valla de espinos y cáctus desgreñados que bordea el camino, bajó á la calzada blanca al pasar ella un murmullo elogioso de los tiernos ramos balanceados. Precisamente fué aquel el momento en que se cruzó con ella el *cortejo*—linda figura de cromo barnizado,—y después de una mutua mirada de curiosidad, la de ella á hurtadillas, la de él abierta é insolente, siguieron cada uno á su trote y á su quehacer en más lento, más preocupado andar. En el carrizal espeso se opinó que debían haberse visto con anterioridad......

...Pero nó, no es, poeta, quien se había imaginado tu curiosidad. Porque el encuentro de *Nati* con Perico el de *Río Hondo*, que desde hace tres meses la ronda á noche y día, nada hubiese tenido de chocante; y sí lo tuvo hasta motivar insolencias gordas de las zarzas malignas, este cambio leve y significativo de miradas entre personas de distinto arreo social. El mozo era un forastero, un *extraño* que según la información de las mariposas, que lo curiosean todo, pasaba á la sazón una temporada en casa del médico, y muy bien plantado por demás, con aires habaneros, llevaba en los labios un silbidito irónico á compás de los molinetes del bastón. Su jipijapa subvertido á una profanada forma urbana, era una ofensa á nuestro desbordante vivir, á nuestra naturaleza desarreglada y pujante que borra los caminos con escandalosa invasión de hierbajos perfumados. Le odiamos......

Pero no parecía pensar así nuestra hada

guajira. Tres, cuatro días, el mismo encuentro con risas discretas, y persecución atrevida del mozo hasta la misma puerta de la herrería. Una mañana pasaron frente á nuestro matorral armonizando el paso; el forastero avanzaba arañando el barro flojo con el extremo de la caña; ella caminando casi sobre la cuesta, oyéndole alternativamente mientras alzaba el grito para llamar al perro perdido entre las cercas. ¡Y qué irritante lentitud!......

Nos quedamos haciéndonos cruces los arbustos del manigual. Acaso todo esto pueda ser visto con tranquilidad perfecta por flores de jardines cortados á la inglesa; no lo niego: allí se ven cosas que hacen tener cínica experiencia hasta los botones de nardo. Pero en nuestro entendimiento todo selvático, que no se aviene á los términos medios, las miserias no aparecen con esos vestidos hermosos que dícese tienen en otras partes.

Una campánula blanca, bordada de hilos verdes, se acordó de aquel pobre Perico que tan lejos estaría de los nuevos gustos delicados de *Nati*, allá en la cabecera del término á donde lo habían llevado el pago de las contribuciones y otras cosas de justicia. A buen seguro que estaría soñando con ella desde la semana anterior, en que se fué; como cuando la daba paseos domingueros sobre la dorada jaca, toda llena de lazos de las orejas al rabo.

—Pues la verdad—declaré yo desde mi tallo erguido—no sé que tendrá de *guaposo* ese mosquito enlevitado, que no lo tenga Perico de sobra. Qué ojazos, hija ¿verdad?......

—¡Es una traición estúpida,—declaró cerradamente y por toda respuesta un cardo de amarilla corona.

Pero lo que pasó á la vuelta fué inaudito. No haz de creerlo, poeta prosternado.

La pareja se acercaba más lentamente aún. En la carretera solitaria y resplandeciente se destacaban las dos figuras, ahora próximas una á otra. ¿Preocupados tal vez? Quizás. Ella, confusa, no hablaba. El se detenía á cada paso, lanzando de vez en cuando una mirada equívoca á la casita del herrero, blanca allá á dos cuadras abajo, á la entrada del pueblo.

Junto á nuestro matorral, que recibía de lleno toda la luz por la espalda, se detuvieron un momento para aprovechar la sombra. ¡Santo Dios, y que cosas más bonitas salían de la boca de aquel hombre! El sol, las estrellas, los vestidos de seda, París, los ojos de turquesa, los corazones escogidos...... Si parecía que quien hablaba era el mismo señor Alcalde en la fiesta de la patrona! ¡Ay, pobrecita *Nati*, y cómo te compadecimos en aquel momento; cómo comprendimos los abismos en que rodaría tu linda cabecita castaña!...... Una espiga de caña inclinada sobre la zanja se levantó para insinuar en voz baja la idea de que si no sería aquel buen mozo el mismo diablo, que se disfraza para seducir á los mortales. Y nuestra convicción de ello se patentizó en un estremecimiento que corrió por todo el carrizal......

De repente ¡triste blancura!... Los ojos de aquel demonio elegante vinieron á fijarse en

mí después de vagar á lo largo del paisaje.

—¡Qué hermosas flores de espino, señorita *Nati!* Vd. no será tan mala que me prohiba coger una para Vd... Y la guardará en su cuarto... ¿no es cierto?......

Creo que puede palidecer dentro de mi traje de blancas tocas. El *forastero* salvó de un vuelo la cuneta y emprendió el ascenso por la orilla de la carretera, sumergidas las piernas hasta las rodillas en malvas y *guizasos*. *Nati* no me defendió...

—¿Para qué? No, no... que lo van á ver... ¡Qué hombre!...

Fué toda su protesta..... Resistí. ..... Opuse púas terribles. Multipliqué saetazos en el rostro del asaltante. Me empiné desesperada sobre el vástago verde para escapar. De mi corola saltaron algunos pétalos nevados, y ténue perfume se esparció divinizándolo sobre el bosquecillo......

...Después ¡oh! Después he visto tantas cosas! Vuestro mundo, pintoresco si se vé desde lo alto de un seto frondoso en la embriaguez del sol, hace sufrir horriblemente al observarlo de cerca.

Desde un vaso del tinajero historiado de la casita de Nati, aburriéndome en la inmovilidad del agua dormida y recibiendo la brisa por el boquete abierto sobre el campo, he asistido á esta paginita triste y dulce que aquí me ha traído. La brisa colándose como á escondidas, me hablaba de los renuevos que habían apuntado en el monte y me traía gruesos cuentos de carreteros perezosos.....Y yo en cambio, yo les enviaba también con ella mis impresiones de solitaria......

Y les conté que en aquella casita donde no había más mujer que Nati, ocurrían cosas extraordinarias: el padre y los hermanos, tiznados y sudorosos, no encontraban nunca el almuerzo á su hora: volvían de la fragua con el tiempo contado, y jadeantes, abotagados los ojos, tenían que permanecer un cuarto de hora esperando la ración, silenciosos sobre sus taburetes reclinados.

Y es que Nati no tenía tiempo más que para mirar oblícuamente á la carretera por la ventana y enseguida salir á recoger las gallinas y la mula grande, que podría haberse desatado de la soga.... Lo había tomado con furia. Cuando no pelaba la pava, venía á mi vaso á hundir la nariz osada en el manojo de mis pétalos, buscando tal vez en mi seno al tunante aquel á quien yo representaba en la casa. *¡Pssss!*...Un silbidito. Y ya estaba *Nati* tirando puertas como una racha de viento Sur......

De Perico, ni palabra. Una vez, en la reunión de la noche que acababa invariablemente por los ronquidos de los hombres fatigados, hubo una vecina que insinuó las bromas de siempre, oportunas á la ausencia del mozo y coreadas por el padre, que veía con gusto el tener á un yerno de su temple.

Nati tuvo una irónica sonrisa imperceptible, en cuyo desdén iban envueltos Perico, la vecina, su padre, la casita olorosa á hierro viejo......

Cierta ocasión me llevó *Nati*, prendida sobre su pecho, á uno de aquellos pastoreos inverosímiles que duraban horas, cuando el

padre y los hermanos se abstraían en el tintineo musical de los martillos.

Fuimos muy lejos. Torcimos á un callejón hacia la izquierda de la carretera. El *forastero*, incorporado desde la primera alcantarilla saliendo del pueblo, propuso el hacer alto sobre las escamosas raíces punteadas de dos palmas gemelas. También *Nati* había aprendido á decir cosas bellas, y sabía llevar mi corola á los labios de su muchacho para recoger despues en mis entrañas el beso de él; y, cuando él con cierta rudeza la calificaba de *torpona* y de *guajirita*, ella confundida enrojecía como no atreviéndose á demostrarle que tenía su corazoncito tan bien puesto como las habaneras; y á sus labios palpitantes de fiebre subía una leve espumita...Por la llanura corría una brisa cálida y erótica que encabritaba á los toros en los corrales: entre el suspiro quejumbroso de las pencas, un mayito invisible cantaba......

Una mañana, dos días más tarde, me despertó un rocío suave, extraño é inesperado. *Nati* lloraba sobre mí.

La voz del viejo tronaba en la habitación contigua...“No podía seguir eso...Todo el pueblo ardía en el escándalo de *Nati*...Ahora mismo le acababa de romper todas las muelas al albéitar que le vino con cuentos cochinos...Le podía partir un rayo si no deslomaba á aquel perrito de aguas que había traído el médico al pueblo para quitarle á él la honra...¡Y qué le iba á decir á Perico, al pobre muchacho que *Nati* no se merecía, y que le había hablablado á él personalmente del asunto?”......

En el fondo esto era lo que sentía el herrero. Se le iba un pretendiente de posición; que al fin y al cabo algo era un sitio de tres caballerías con caña parada, sobre todo ahora que las deudas le apretaban el pescuezo.

El herrero no pudo contenerse al hacer tales reflexiones de dar un puñetazo terrible sobre la mesa y salir disparado hacia la calle.

Pasó entonces lo que ocurre siempre. Parece—querido poeta—que ya no existe entre vosotros la hermosa costumbre de matarse lindamente por una mujer. Habéis dejado la tragedia sólo para el teatro; y cuando llega un caso de estos en que frente á vuestros anhelos se os opone una resistencia que quiere humillaros, y llega aquel momento deliciosamente clásico de "uno sobra," y emocionadas esperamos veros caer entre charcos de caballeresca sangre......os decidís por una sonrisa de corte moderno, muy fría y muy filosófica, y arrimándoos á la mesa humeante y positiva, dáis por terminada la novela... Bien hicieron en morirse las Hadas, contemporáneas de nuestras abuelas......

El hermoso galán de *Nati* era demasiado moderno. Aquel ventanón por donde muchos días entró el amor y escapó la honra, se hacía menos accesible. Los puños de la familia de *Nati* eran demasiado fuertes, y el *forastero* acosado, buscado por todas partes, sospechando la llegada de Perico de un instante á otro, calculando acaso lo prosáico que iba tornándose aquel amor que ya empañaban las lágrimas, rompió la leyenda con cuatro líneas depositadas en la misma pie-

dra blanca de las citas acostumbradas........

Una carta tonta, de necia filosofía de dómine, atiborrada de consejos y cariños paternales....."Tenemos que ser razonables...... Hay que resignarse á la voluntad de los padres...La moral cristiana... No debe dejarse uno arrastrar por los sueños...Precisamente tenía él que volverse á la ciudad...¡Oh, los negocios!...Si fuera en la Habana...¡quien sabe! todo pudiera hacerse"......

¡Qué armónica, qué parecida literatura á aquella ardorosa y resonante que oían las palmas y los matorrales de la vega! La carta anonadó á la muchacha, y embrutecida, con los ojos fijos, permaneció soñolienta mucho rato.

Un punto de luz, sin embargo comenzó á brillar en su mente......

"¡Si fuera en la Habana!"...*Nati* habíase quedado mascullando estas palabras finales, de codos en el alféizar de la ventana, sobre el gruñido de los cerdos que hociqueaban en el estiércol del patio.

Desde la noche anterior en que el padre la notificara la fuga del *forastero* corriendo delante de su garrote, no hacía más que dar vuelta en su cabeza terca á esta frase:......

"¡Si fuera en la Habana!"......

Por lo tanto allí podría tener alguna esperanza. Se casaría seguramente con ella, como lo hubiese hecho en el pueblo á no haberlo perseguido esos brutos....¡La Habana!...*Nati* pronunciaba esta palabra con un golpe de deslumbrador espejismo en los ojos.. Era una aglomeración de casas todas pinta-

das de oro, con carruajes llevados por potros voladores, sobre ruidosas calles; y en los interiores de las casas personas suaves, formales, que se suicidaban si no cumplían su palabra, que no tenían que desgarrarse las manos para trabajar y que la acogían con sonrisa divina llevándola hacia un sacerdote todo resplandeciente, con la coyunda en alto......

El olor de los cerdos que la sofocaba flotando en todo el redor de la casa, le hacía levantar la nariz, llevando su mirada y sus deseos allá á lo lejos, hacia las montañas lejanas......

......Hace tres mañanas me trajo Nati aquí, á este altarito consagrado á Nuestra Señora del Amor Hermoso. El aroma picante y enérgico del incienso, me embriagó lentamente y mis pétalos ya amarillean perdiendo lejos de la luz su virginidad. Por la puerta lateral penetra en las primeras horas del día, cuando se abre la iglesia, un soplo dulce de aldeana brisa, y entra también á dos pies del altar un trazo de sol risueño que juega con las baldosas.

Nati viene todas las mañanas á rezar un poco y un poco á llorar...Esta mañana apareció más temprano que de costumbre; me besó largamente y después de atravesar toda la nave, fué á arrodillarse un grave rato frente al altar mayor. Sus ojos brillaban con fiebre...Horas más tarde, ya cuando se iban á cerrar las puertas, dos viejas beatas han ha-

blado en voz muy baja de *Nati*. Parece que la han visto sola por la carretera, hacia la loma de *los Cocos*, dando la espalda al pueblo; al brazo un pequeño lío de ropa...Parece que Perico ha llegado; que ha vendido bien la cosecha; que viene más enamorado que nunca.......

....Sí. Esto último, al menos, es cierto; porque ahora poco, antes de que empezara la salve, un mozo que en la semi obscuridad parecía tener su mismo empaque, ha rondado tímidamente el altar, y al cabo ha dejado una pobre carta arrugada, acaso escrita largo tiempo atrás, bajo el tiesto que me sirve de búcaro...Perico ha oído tal vez al monaguillo, que le enteraría de la hora á que viene *Nati* y el altar en que reza......

Y así son los hombres. Ahí tienes, poeta psicólogo para lo que sirven las almas enteras...Este buen Perico, tan hermoso, tan celoso de su chica, tan admirablemente dotado de firmes biceps; este muchacho que tan útil habría sido la semana pasada....Y ya ves.... Escondiendo ridículas cartas á hurtadillas.

Para esto duramos tanto las flores de espino...Para asistir en nuestros veinte días á tontas páginas humanas......

¿No lo pasan mejor las rosas? Abrir, una gota de rocío, y ya marchitas"......

PALUDISMO

Cuando mi tío el abogado me anunció que al día siguiente habría de tomar el ferrocarril para X, obscuro pueblo de la provincia con Juzgado Municipal y Registro Pecuario, me produjo la noticia el deplorable efecto de una orden de penitencia en un colegial desaplicado.

Con el tío había entrado á trabajar desde los catorce años, pasando la primera juventud al abrigo de sus crespas cejas entrecanas desbordadas por sobre los lentes de oro; y ya sabía á qué atenerme sobre estos viajes absurdos en busca de datos misteriosos que dormirían hurtándose á las pesquisas en algún archivo destartalado. Lo menos una semana de atascamiento entre folios acartonados, donde bailaran garrapatos fugitivos trazados con pluma de ave...

Pero una vez en el pueblo, mis opiniones sobre la comisión encargada fueron modificándose notablemente. Aquel rincón de la línea ferrocarrilera contenía en su doloroso abandono una atmósfera de paz y poesía, de que gustaba el alma en blanda sensación semejante á la del cuerpo que descansa sobre

crujiente lecho de hojas. Por las mañanas una inmensa claridad juguetona empezaba á cantar sobre las paredes encaladas de mi cuarto, volcándose en rauda cascada de luz y de aromas campesinos por el boquete alto de la ventana, sólo cerrada de la mitad abajo. Desde un laurel que sombreaba el portal de la posada subía el escándalo agudo y fresco de los pichones que madrugaban, y, todo el mundo en pie, no tenía yo más remedio que hundir el rostro congestionado en el agua de la jofaina y echarme á las afueras del pueblo á vencer las horas de la mañana, inhábiles para la oficina, en una saludable caminata, el cigarro á la boca y los ojos regocijados con la vista de las buenas mozas. La naturaleza suspirando al viento y revolviéndose á su caricia como un gata en celo, me embargaba haciéndome meditar en ideas simples, como las de los campesinos que por mi lado pasaban con un fuerte olor á establo, encogidos sobre sus bestias, con los ojos entornados al sol.

Mi alma que hubiera dado, bien comprendida, para algo más que una plaza de escribiente de bufete, nadaba en un plácido lago al sentirse tan lejos de la ciudad, aquella ciudad donde estrechas mallas impiden los vuelos audaces del hombre. Bajo los cielos límpidos, la llanura amurallada de palmas, parecía encerrar en el mismo letargo sereno á hombres y á cosas. ¡Dichosos bohíos! pensaba al pasar junto á la puerta sin goznes, tras de la cual se adivinaba el matrimonio sonriente, los chiquillos gordos, el vaho capitoso de la olla donde herviría el tasajo.... Y de entre las ya-

guas surgía un ¡buenos días!...con guajiro dejo cantante, sonando solemne y extraño en el silencio de la campiña... Las mañanas me enternecían haciéndome infantil; los mediodías rutilantes me volvían artista; las tardes, augustas como inmensas láminas de oro, me tornaban religioso......

Sólo las noches me espantaban. No debéis olvidar que mi organismo vibraba entonces en plena juventud fornida, bravía como la de un búfalo. ¡Oh, el recuerdo de los cafés radiantes de la capital, los coches rodando á fuelle bajo por las avenidas exteriores, las mujeres con trajes de olán al través del cual se siente cálida la carne!...En vano los buscaba sondeando en la plaza negra y temerosa que se desdibujaba delante del portalón......

Uno de los mozos de la posada, fuerte tipo moreno de aventurero, cuya nariz arremangada parecía levantarse al aire de la vida nómada, debió comprender aquella parte no completa de mi programa. Fué él quien me invitó á que le acompañase á visitar una familia agradable de campesinos, la familia de Tomás Fundora.

"Les he hablado de Vd. como nuevo que es en el pueblo, dijo, encontrando una cortés explicación....Tienen mucho empeño en conocerle."

Acudimos. Al final del pueblo la casita, posesión urbana al frente y estancia de labor en su fondo, derramaba un ángulo de fuego á la carretera. Entre las piñas de la cerca, unos grillos cantaban, y por sobre las ventanas iluminadas saltaban con alegre

timbre femenino las notas de una canción picaresca. Una canción muy habanera por cierto. Acaso se percibía en sus palabras algo de contraste ccn aquella santa paz aldeana de donde emergía.

La familia Fundora nos recibió en pleno. Tres muchachas trigueñas y desenvueltas. La mayor de ellas, casada, despertó con un tirón de mal humor en la manga, al marido, imponente mocetón de pómulos salientes y fuerte barba, espesa como lana. Los dos viejos se levantaron también con gran esfuerzo, mostrando sus distintas expresiones. Él, de apagadas pupilas y boca sonriente, denunciaba una de esas psicologías de animales sufridos: de perro, de cordero, de asno. Ella avanzaba el rostro al hablar, un rostro todo á ángulos, desconfiado y vivaracho.

Mi compañero me presentó sin muchas ceremonias, saludando al mismo tiempo con un pellizquito en la cadera á la menor de las hermanas.

—Este es el señor Pérez, de los Pérez de Herrera, de la Habana.

La madre abrió los ojos ávidamente ante el apellido doble, y las chicas me saludaron efusivamente.... Después la menor se fué á apoyar en el umbral de la puerta, en una conversación íntima con mi amigo.

—Aquí tienen al forastero,—volvió á repetir éste, desde su sitio.—Aquí está el hombre... Viene buscando novia, porque en la Habana no le quieren.......

—¿De veras?—preguntó con sorna la segunda de las dos muchachas......

Y al hacerlo avanzó hacia los míos sus ojos atrevidos y limpios, ojos de mulata donde chispeaban diabólicos puntos de oro. Después, como arrepentida de su descoco, fué á echarse riendo sobre los hombros de su hermana, que también reía......

Confieso que estuve desconcertado durante algunos minutos, mientras cambiaba frases vagas con los dos hombres, apropósito del objeto de mi viaje.......

"Había yo venido con una comisión secreta y gravísima del gobierno ¡ejem! relacionada con importantes datos del archivo judicial, y formaba parte ¡ejem! de un personal técnico escogido al efecto por el mismo Presidente ¡ejem, ejem!..."

El asombro admirativo de la mamá crecía ante el fantástico relato que acompañaba yo con discretos golpecitos del junquillo en el pantalón. La sonrisa enigmática de las jóvenes cortaba, no obstante, el chorro de mi elocuencia...

Una de ellas, en tanto, repetía en voz recia mis palabras, al viejo, cuya sordera pintaba en sus facciones el más perfecto idiotismo. El hombretón de la barba lanar, silencioso y fijo en mí, parecía resbalar de nuevo hacia la embriaguez del sueño.

Al fin pude darme por entero al grupo de la gente joven, al cual se incorporó enseguida la muchacha casada que, pequeña, gruesa y con un débil bozo sobre el labio, movía los robustos flancos, como un ánade al caminar.

Charlamos de cosas triviales, resbalando deliciosamente en la ausencia de ideas ár-

duas. Me acosaban á preguntas: ¿Pensaba estar mucho tiempo?... ¿Ya me habían llevado á la *Sociedad?* ¿No me había enterado del *güiro* de la mujer del posadero con el sacristán? ¿Sabía que á Lolita la hija del Alcalde se la habían tenido que llevar del pueblo á la carrera por un *si es no es* con...?

De pronto, á quema ropa:

—Y usté... estará muy triste por lo que dejó en la Habana!...

—Pero—respondí alargando instintivamente su mano, como una garra—pienso consolarme por aquí...

Entonces terció casi con los ojos cerrados el mocetón musculoso. Quería noticias de Tiburcio *el jabao,* á quien una ternera había embestido la otra semana haciéndole una *bola* en el estómago...Noticias que desgraciadamente no pude darle...

—Y bien—dije tímidamente—cantaba una de ustedes ahora rato. ¿Por qué no sigue?... Cualquiera que sea, canta como una sirena...

Aquellas hermosas bestias no debían saber lo que significaba tal palabra, pero es lo cierto que en los seis ojazos gitanos revivía misteriosamente la rosada fábula... Luisa, la segunda, entornó los párpados con modestia teatral, escandalosamente fingida, para declarar un inofensivo "Favor que Vd. quiere hacerme," que evidentemente rompía con su indisimulable expresión marrullera de pilluelo de gran ciudad.

—Vamos muchacha,—ordenó la madre con amable sonrisa que ponía al descubierto uno de los colmillos superiores—cántale algo al

señor, para que no diga que eres guajira.

Y cantó Luisa acompañada de palmas por las hermanas. Había hecho bien el viejo Tomás en elegir su vivienda hacia la salida del pueblo, porque aquellas coplas, entonadas por Luisa con la cabeza ladeada y subrayadas por significativos guiños de ojos, hubieran ruborizado á la grave tertulia de autoridades de la rebotica:

Cuatro frailes, cuatro monjas
cuatro coches de alquiler
uelelé... uelelé...

Al calor de las coplas las lenguas fueron desatándose. Fxcepto el hércules barbudo, que dormitaba con el sueño grueso de los labradores rendidos, todos corearon á la muchacha con desaforados "uelelé, uelelé." Al cabo, la intensidad del coro pareció disminuir, y observé que la menor de las chicas se había sumergido en la sombra del colgadizo con el mozo del hotel. El viejo sonreía acentuando sus arrugas, como un domador satisfecho de la habilidad de sus bestias.

Mi noción del tiempo y del lugar se nublaba ante todo aquel inesperado cuadro de pandereta andaluza. Cuanto me rodeaba, seres y cosas: la lámpara de dos brazos, coja por la falta de uno de los quinqués, la hamaca de mallas que suspendida en un ángulo decía de una molicie netamente femenina, el lío abigarrado de trapos sobre un taburete de recortadas patas, el acordeón de angustioso fuelle abierto que colgaba del muro por una gasa, la ausencia desolado-

ra de objetos de trabajo, de esos objetos que en frío montón de hierros componen la nota vibrante en todos los interiores de tabucos miserables—cuanto me hería al volver la vista en derredor, me apartaba más de lo que hasta entonces había observado en el pueblo, dormido y candoroso más allá de la puerta de palos entretejidos.

El canto concluyó en baile. Y sedosamente con ondulante lascivia de reptiles se agarraron las dos muchachas en una vuelta de danzón frenético, bestial, purísimamente africano. Al cabo se desató la más joven y corrió nerviosa á la habitación contigua á componerse el rostro en un ligero vistazo al espejo deslustrado.

Al cabo tomé mi partido, aceptando la mano que cogida al respaldo de mi silla, tamborileaba inquieta comunicándome el temblor eléctrico de un cuerpo joven, repleto de sangre candente. Era María, la casada, que había venido á arrimar su mecedora á mi lado. La mano cedió dócilmente á mi presión apasionada; fué un segundo de voluptuosidad febril, rabiosa, que me hizo acercar los labios húmedos á su oreja enrojecida:

—Me gustas.—le suspiré—¿Por qué te han casado con ese animal?....Vámonos....vente conmigo......

La puerta tras cuya sombra habían encontrado cariñoso regazo mis dos amigos, me hipnotizaba espantosamente....

—Espera,—oí muy bajo—mañana......

Los viejos entretanto habían vuelto la cara preocupados en la pesquisa del gato, es-

condido bajo un armario. La reaparición de Luisa, empolvada hasta la raiz de los cabellos, vino á cortar el idilio.... El viejo Tomás levantándose con torpeza, me rogó le excusara su salida urgente á la botica. Comprendí.

—Vd. queda en su casa.—dijo—Aquí, ya sabe;—y extendió un brazo vacilante en derredor—como si *tóo* fuera suyo......

No pude hacer efectiva tan hermosa metáfora, porque el gigante despertaba en aquellos momentos, con un despertar pujante, ciclópeo, impetuoso, de volcán en erupción. María con un pequeño grito *stacatto* abandonó mi lado y acudió sumisa á los deberes conyugales......

Y otra vez volví á sospechar vagamente el gesto teatral, el mohín estudiado, el ademán de sorpresa preparado que pretende hacer interesante lo vulgar.....¡Oh, curiosa psicología del campesino; tú me habías dado paisajes de rudeza, de egoísmo, de sensualidad; pero nunca me habías dicho de este refinamiento en la mecánica del amor, de esta noción del placer aumentado por el retardo y el aspecto de adulterio, de este conocimiento del detalle como complemento de la sensación, atributo de la ciudad y sus dobleces supercivilizados... ¡Buenas noches, mi redonda María, continúa tu marcha hacia la alcoba, cogida al brazo de tu tirano; gracias por tu expresiva despedida, prometedora de paraísos en una mirada luminosa!...Se la pegaré yo á tu marido ó me la pegará á mí...Tanto da......

Y hubiera seguido el divertido monólogo,

si de él no me hubiese sacado Luisa con un suave pellizquito amoroso, completado con un botón de rosa que formó un fruncimiento de sus labios.

—Le gustan á Vd. las casadas ¿eh?...Vaya cásese conmigo......

—Luisa,—interrumpió entonces la voz aflautada de la mamá—anda muchacha. Enséñale tus flores á este joven; llévalo al jardín...La noche está tan clara!......

Luisa...María—pensé. ¿Qué más dá? Al cabo las buscas del Archivo dan aún para una semana......

Y salimos al jardín, al jardín del amor; fuente inmaculada de la vida......

Cuando traspuestos los lindes húmedos y rumorosos de la estancia, salimos de nuevo á la carretera, apenas dibujada en una faja cenizosa bajo el palio augusto de la noche, pareció á mi espíritu que retornaba á un sitio abandonado mucho tiempo antes. La hermosa paz de los campos volvía á arrullarnos con sus suspiros débiles de los árboles abanicados, con su guajiras cantadas al compás de las ruedas desde los carros de leche, con sus voces de insectos murmurando embriagados entre las hierbas crecidas. Pasamos en silencio, poseídos de algo como el arrepentimiento de una profanación, por delante de los bohíos cerrados, donde dormirían las familias santamente, esperando el alba que llama al trabajo con la balada de

su luz áurea. Un reguero difuso de estrellas velaba en lo alto cruzando la carretera......

El contraste inexplicable de aquellos campesinos que trasnochaban y conocían el amor en coplas y en detalles refinados, con aquel escenario grandioso donde el alma comulgaba tácitamente con los dogmas de la vida natural, vino á aparecerme más extraño, más hiriente, más inexplicable......

El encuentro con el viejo en una taberna, la única que á aquellas horas permanecía abierta, me dió la clave del enigma:

—Yo creo conocerlo á Vd. de la Habana.—me dijo—Allá me echó la reconcentración con *toa* la cría, á pasar hambre y paludismo...Y qué dos añitos *pa* la pobre mujer y *pa* las dos muchachas que tuvieron hasta que pedir limosna á los hombres. Uno, el varón, se me murió en el *hespital*...La hembra más chica se me la llevó un soldado *pa* España... A las otras se le ha *quedao* el paludismo de la Habana, y ya las ve Vd.:...siempre con fiebres y nervios...

Concluyó, con un gesto inexplicable, de sinceridad ó de ironía:

—Esto que Vd. ha visto es *tóo* lo que me queda......

PATA DE PALO

ANDRÉS tuvo que detenerse en su trotecillo carretera arriba, para dejar, una vez traspuesta la zanja con torpes gestos de lisiado y al abrigo de la florecida empalizada su cuerpo y su lío de trapos, el paso franco á la piara de toros que avanzaba en una nube de polvo y de murmullos.

Abriendo la marcha se destacaban del pelotón amarillento algunos peones armados de largas varas y látigos restallantes, encauzando el ganado revoltoso con extraños alaridos guturales. Las bestias entontecidas bamboleaban las pesadas testas sin tino para echar el paso adelante, y alternativamente se detenían, giraban el corpachón flácido hacia atrás, escalaban la cuneta buscando el camino libre ó se disparaban locas en una carrera desenfrenada hasta llegar al primer portillo por donde escapar de la odiosa ruta blanca...Los ginetes requerían las espuelas salvando las cercas para galopar á campo traviesa, con descompasados "¡hi-hó! ¡hop-hop!" Tras ellos saltaban embriagados los perros polvorientos, cerrando el paso á las

reses con ladridos furiosos y ataques á los belfos babeantes......

Después el montón oscuro y revuelto. Andrés con su vista experta, los iba clasificando:

—Ganado malo...Muchos *añojos*...Irán para los corrales de Candela......

En la niebla difusa del polvo se apretaban, se tejían: era un vertiginoso río de olas turbias, con masas color de ocre, rojizas, negras, con espumas picadas, saltantes, en la red de cuernos afilados é inquietos. Bajo su avance precipitado, el piso de piedra blanca devolvía un ruido desigual, amable, embotado; raudo tamborileo de pezuñas petreas que pataleaban en el ansia de alcanzar el lejano potrero. De vez en vez alguna cabeza armada, los grandes ojos desbordados de miedo, se alzaba para ver más allá, más allá de las ancas comidas de gusanos, de los jarretes llenos de lodo, de las colas orladas de moscas en que había ido sumergida. Por los flancos se deslizaba, alto y veloz, un torazo de tono claro, bellamente manchado de fuego desde la cruz á la panza; y otros, angulosos, borraban la impresión generosa y fuerte, enseñando el rojo blancuzco de sus mataduras desolladas......

Un fuerte vaho de estiércol y de carne sudorosa, se hinchaba en el aire con la nube de polvo y el rugido de tempestad abrumaba las hierbas del camino. Encogidos sobre sus cabalgaduras pacientes, puestas al paso, entornados los ojos á la claridad deslumbrante, los peones de retaguardia mezclaban sus

gritos á los gritos perdidos de los ginetes de descubierta. Sus largas fustas arrancaban tiernas hojas á las ramas doblegadas de los laureles...Un perro enorme jadeaba siguiendo taciturno los copos de baba caidos en el suelo......

—Malos y todo,—seguía pensando Andrés —mañana los beneficiarán....Y son doscientas cabezas de ganado......

La vista de tantas reses reunidas había provocado en el miserable un hambre feroz. Hacía doce horas que no probaba bocado: desde la salida de la ciudad á paso lento, con los primeros claros del alba. El muñón de la pierna cortada le causaba al cabo del camino hecho, un punzante dolor que contribuía á debilitarle...Su mano temblorosa, sumergiéndose en el zurrón, encontró algunos mendrugos resecos y poniendo entre ellos un fragmento de sardina salada que en un papel grasiento protegiera, improvisó sobre la hierba mecida al sol dorado, su comida de la tarde......

Hubiera querido llegar todavía con buena luz al pueblo, para contemplar de seguida su vieja casa, toda blanca y riendo al norte, entre los dos tamarindos inmensos cuyas ramas menudas curioseaban las ventanas. Conservaba fielmente en la memoria cada detalle, como cuando la dejó ocho años atrás: el jardín, el pozo, el remiendo de tejas nuevas, la calzadita de limpias lajas que trepaba la cuestahasta el portal...¿Estaría igual?...¿Le parecería muy pequeña?...¿Le ladraría algún perro *canelo* de los que se quedaron cuando

la salida forzosa por la Reconcentración?......

Las voces de los peones se apagaban en el recodo. Andrés se agarró á una de las estacas de la empalizada y dificultosamente, echando hacia abajo la pierna enferma, probó á levantarse. Instintivamente lanzó antes en torno una mirada de desconfianza, como cuando en los arrabales urbanos le abrumaba el grito de los pilluelos: *¡Pata de Palo!......*

¡Ocho años!...murmuraba. Tan largo tiempo de destierro y de ruinas había formado en su espíritu una costra que le impedía llorar y lamentarse con ardor. Pero á medida que iba enfrascándose en sombras de árboles conocidos y rememorando perfumes de queridas hierbas, su dolor recorría fechas y etapas....

Había sido primero ¿nó?...había sido la visita de aquel oficial español que le habló de *Reconcentración*, y le echó en pocas horas para la Habana, delante de las bayonetas y con la familia ajustándose las sayas todavía. Después el vago errar con el horizonte cerrado: la carta de un amigo que le prometía villas y castillas en la emigración, donde las onzas refregadas de su cinto podían fructificar en la siembra del tabaco, para el cual habría constante demanda de trabajadores cubanos...Por fin ¡el viaje! Una mañana gris de Veracruz; el hotel cerrado bajo la arena flotante de los médanos; la firma de un contrato para las vegas del Valle Nacional y el traslado en tercera, entrecortado por el llanto de los chiquillos. Bajo aquel paisaje de espesura y humedad empezaron á caer sus

primeras lágrimas: las que le arrancó la muerte por fiebres, casi á una vez, del segundo y de la pequeñuela, la que era su lampo azul en aquel horizonte turbio. Y ahí comenzó la caida lenta tras negocios sucesivos. Una vez, la hipoteca del sitio para probar con semillas de Vuelta Abajo, que no resultaban en aquella caliza; otra, la noticia de que la gran casa de los tamarindos, á la salida del pueblo, había sido convertida en cuartel por los soldados; y amargándole cada minuto las recriminaciones de la costilla y del muchacho mayor, que le echaban en cara su torpeza de haber salido de Cuba Esta suprema ingratitud le doblegó hacia la tierra y á poco lo mata, sino se le hubiese llevado á Veracruz á convalescer del paludismo con el cambio de clima. Como nada hacía y se necesitaba dinero, fué entonces que llegó el desplome final, la venta de la casa, aprovechando la relativa alza de los valores que proporcionara la Autonomía......

¡Qué profunda herida!...Para aquel corazón de rudeza melancólica, la casa solariega cuyos cuartos guardaban la huella de los lechos en que murieron sus viejos, resumía cuanto de tierno y adulador del espíritu podía haberle aportado la vida...Era una condensación de sus sentimientos múltiples: su cariño de padre veía una sombra de hojas frescas donde jugaban los chiquillos; su orgullo de propietario evocaba una portadita azul, coquetona, sobre el puentecillo de tablas de la cuneta; su dormida ternura de mozo despertaba al recuerdo de una rosa

encendida, cogida en el jardín para Josefa la tarde siguiente de las bodas...En su historia habían muerto muchas realidades, pero el molde quedaba sangrando en su alma; y él esperaba siempre retornar á su casa blanca, que había visto florecer aquellas ilusiones y que con él conversaría de ellas quietamente: llevaría á sus dos hermanas machuchas; instalaría un *chinchal* de tabacos; buscaría en el pueblo á Quiterio, el negro fiel, el solo á quien conocían los perros del batey; trabajaría la tierra con su hijo, arrendando un sitio cercano; todavía podría reposar el taburete al tronco de un tamarindo en el caer perezoso de la noche.

Por eso cuando desde la cama firmó el poder que le ponía delante su hijo y supo á los dos ó tres correos que la venta se había realizado, sintió que le faltaba el aire en la habitación...Su sensación, objetiva y determinada, era la de que se acababa el lazo gráfico que daba razón de su vida y ponía su nombre en la tierra, y que ya era un canto rodado, una hoja seca, que paseaba de prestado por el mundo. Su vuelta á la patria no tenía un por qué: no había más que esperar la muerte pausada......

Pero cuando corrieron cinco años de paz en la patria, y llevado á un hospital de la tierra extraña por un accidente del trabajo industrial que le trituró una pierna, sintió sobre su frente acercarse el hálito frío de la muerte, un deseo loco, súbito, se apoderó de su alma por vivir un poco más, por rebasar de aquella gravedad y correr á la casa de sus

amores, allá en la patria lejana, verla desde fuera, pedir permiso al nuevo dueño para arrodillarse en algunos rincones... Ya después bien podría morirse: á la miseria de las dos hermanas pediría un lecho; para no molestar, él mismo se amortajaría en la sábana blanca......

Y alentando en esta sed de vida había salido del hospital arrastrando el taconeo sonoro de una pierna de palo... Pronto, sin perder un correo, tomó el vapor, con la promesa displicente de seguirle, que arrancara á la mujer y al muchacho..... Al cabo la Habana! Pensó reunir algo para el viaje por tren hasta el pueblo; pero las calles sombrías de la ciudad no le dieron más que burlas y pedradas de los pilluelos. Hasta que en una madrugada lívida tomó el rumbo á pie, hundiendo el bastón en la fina arena de la carretera mojada......

A medida que avanzaba iba reconociendo Andrés los detalles amigos: los árboles de raíces nudosas, la cañada profunda corrida hasta el borde del camino y marcada por el ceñidor de palmas, la ceiba solitaria en la ladera verde de la lisa montaña. Un tramo de la carretera le impresionó lúgubremente al reconocer en los cimientos de piedra renegrida, orlando altos los flancos de la calzada, los restos de un caserío risueño donde se detenían antaño las *guaguas* quejumbrosas. Ya con el sol sobre los cogollos de las palmas, tras-

puso el último recodo sombrío y divisó, tras el velo de dos lágrimas, el pueblo rojo, extendido al extremo de la faja recta en hondonada, en despliegue gracioso al redor de la mística aguja gris. Su corazón latiendo con violencia, le obligó á descansar sobre una gran piedra, redonda y rosada.

Allí á la izquierda, detrás del grupo de pinos, debería adormecerse á la brisa su blanco caserón. Un ruido agrio, cercano, le pareció que era el de la garrucha del pozo, echando regañona el cubo al fondo. Empinándose sobre la piedra logró dominar las copas verdes.......

¡Demontre!....Era curioso: nada podía distinguir por aquella parte.....Acaso por la aglomeración de casas nuevas: una de ellas sería la suya. Pero ¿y la masa compacta de los dos tamarindos?...Era extraño...¿Se le habría olvidado hacia donde quedaba su casa?...No; pero si era allí, á la entrada, después de la alcantarilla......

Con un leve sobresalto siguió su marcha desigual, arrastrando areniscas con el zoquete de palo. Al fin, al atravesar las primeras casas, las cejas enarcadas ante las reintes construcciones de ladrillo, se detuvo ahogado al advertir una alta portada, toda risueña, toda de un azul nuevo...¡Su portada! ..."La Perla"....Todavía conservaba el nombre...Pero el paisaje hacia dentro era distinto: algo como de recortado y al mismo tiempo como de amplificación en las habitaciones. Otra casa, otro panorama.....Sin embargo,

las ventanas, la caída del tejado, el pozo, cubierto ahora por un tinglado...Andrés se frotaba los ojos como para despertar de una pesadilla......

—¡Ah!—cayó de pronto—¡Los tamarindos!

Los dos tamarindos, los dos gigantes familiares que oreaban el batey en los mediodías estivales, habían sido talados de raiz, caídos bajo el hacha brutal de los soldados, del nuevo amo, del demonio!...Sí; aquel vacío horrible era lo que desfiguraba el conjunto, lo que transformaba el rincón de recuerdos dichosos...El repatriado cayó desplomado en el borde de la zanja, la cara entre las manos.

Al levantar la pobre testa calva se encontró rodeado por un grupo de arrapiezos, todos rosados y vestidos como de domingo. Uno de ellos, de inflados mofletes inexpresivos le alargaba un pan al mandato de la madre, gorda y gesticulante allá en el portal alzado.

—¿Y dices que tu papá se llama Pancho?....

—Sí; se llama Pancho, y tiene un coche grande, ahí en la cochera......

Y así se fué enterando Andrés, el miserable, del estado actual de su vida y sus más puros sentimientos...El nuevo dueño había construído habitaciones, derribado tabiques, y pintado de aceite las paredes blancas. La enredadera de madreselva, tendida sobre el balconcito de su cuarto había desaparecido y con ella el mismo balconcito, para dar lugar á un ensanche presuntuoso del portal, hinchado é impropio con su techo

de zinc y su baranda de hierros bordados..... Sobre el jardín una manga extraña y exótica vertía un polvo de agua que se irisaba á la luz cárdena del crepúsculo. En las hierbas altas alborotaba el grito de unos chiquillos que no eran los suyos...Entre aquellos criados y aquellos perros no había uno que lo recordara......

—¿Sabes—preguntó de pronto—si alguno de esos morenos se llama Quiterio?......

—Nó; ninguno se llama así.

Andrés se hallaba más solo, más derrotado que nunca. Acaso se sentía menos hombre que cuando en la emigración se entretejía con los *léperos* arrojados por vagos al Valle Nacional. Un detalle ténue: el no conocer á ninguno de los carreteros que en aquel cuarto de hora pasaron por allí, acabó de abrumarle.

—Y Vd. amigo ¿dónde va á pasar la noche?—le preguntó alguien, uno de los criados tal vez.

Y ante su mano indecisa y sus hombros que se levantaban acusando su perplejidad, fué á pedir permiso á la señora para ofrecerle asilo en la cochera. Andrés, mudo, dejándose conducir como un idiota, se arrastró hasta la confusión de arreos y ruedas, entre el curioseo desbordado de las muchachas y los chicos.

La comida en la cocina le reanimó no obstante. No podía dormir, y como no cesaba de hacer preguntas, tuvo pronto un círculo de criados y de gañanes que encontraban con

el vagabundo motivo de diversión para la noche. Aquella atención semi burlona picó al cabo su vanidad y ante la mirada atónita de las mujeres, exaltado por la luz temblona y difusa de la lámpara, se entregó frenético á una disertación fantástica, visionaria.....

El era el verdadero dueño de todo, de la casa y de los muebles. Todo era cuestión de unas cuantas pesetas con las cuales restituiría él lo suyo. Y volvería á darle á todo la forma que antes tenía. Y sembraría dos nuevos tamarindos frente á las ventanas abiertas. Después quitaría el tinglado al pozo, traería al negro Quiterio, lo haría meterse en la perrera y acariciar los tres *daneses* formidables...Todo á su verdadero lugar, á su fisonomía guajira y simple...Hasta en el modo de sentir y pensar habría allí cambio muy pronto......

—Oye lo que dice *Pata de palo*,—resumió un gañán de biceps descubiertos;—que él es el dueño de todo...Hasta de la *juma* que trae...

El delirio continuó hasta muy entrada la noche. Todavía cuando la mecha de la lámpara agonizaba y el sueño había echado á cada quisque á su rincón, el rumor del vagabundo continuaba llamando á Quiterio, á la chiquilla muerta en el destierro, á todas las pasadas sombras que vivían en su espíritu difunto.......

Con los claros del día acaso hubo de volverle la reflexión que le quitaron las tinie-

blas; tal vez observó de nuevo la casa metamorfoseada, el pueblo desconocido, la campiña cambiada; tal vez de nuevo vió enterrado muy hondo su pasado y escrito su porvenir sin remedio......

Al penetrar en la cochera los mozos lo encontraron colgado por el cuello de una alta viga, el cuerpo tocando el coche de los días de fiesta. Las extremidades llegaban al cubo de una de las ruedas y en cada giro lúgubre de la cuerda, la pierna de palo daba un choque seco con las maderas barnizadas......

CAMPANAS DE BODA

DESDE el boquete negruzco de la torre, que miraba á la plaza bajo las pestañas de los hierbajos rebeldes nacidos entre las piedras, dominaba Bernardillo, ensanchada el alma, el amplio coso de montañas cárdenas con desgarrados trozos de caliza, de aquella comarca volcánica, donde el sol se quebraba en las aristas cortantes de las sílices. Bajo sus pies dormía el caserío, todo de flexible *embarrado* por la frecuencia de los temblores, y vagas nubecillas perezosas resbalaban hacia el poniente como tirando de las manchas grises que corrían sobre los prados de maiz.

Dos veces cada día, en el despertar hermoso y casto de la mañana, y en el crepúsculo lujoso, vestidas ya las nubes de púrpuras, de gualdas y de violetas nacarados, subía Bernardillo la torre para colgarse de las recias cuerdas y llamar á los fieles hacia el santo reposo de la oración. Los domingos era ya otra cosa. La misa diaria que decía el buen padre Dionisio al aclarar, cuando el repique argentino rodaba en un mar de nieblas, ha-

ciendo desgranarse hacia abajo el grupo de golondrinas del campanario, se demoraba hasta las ocho, hora digna y de tono, reservadas á las pecheras de los notables, almidonadas hasta hacerse agresivas, y á los sombreros vistosos de las muchachas, sobre los cuales oscilaban desafiándose, pájaros, amapolas y racimos de vid.

Bernardillo allá arriba, á horcajadas sobre el postigo vacío, y asegurándose en las manos las tres sogas como las riendas de tres corceles indómitos, nadaba con su campanario en el azul sereno de la mañana; y sus pensamientos, agenos á las vanidades de tejas abajo, eran también azules, como si un trozo de cielo, de aquel que se combaba tierno sobre la cruz de hierro, hubiese venido á envolver en un estuche amoroso su corazón.

El ciclópeo mocetón de ojos perennemente espantados, de cabeza cuadrada con duros cabellos color de candela sobre torso brutal de joven griego, sólo era completamente feliz cuando trepaba el caracol sombrío de la agreste torrecilla, para surgir al final en la gran luz de los cielos. Aquel era su ambíente propio, que le indemnizaba de las asperezas de los arrieros y traficantes del pueblo, implacables con su tímido temperamento. Y le inundaba también el alma de dulce y silvestre poesía bajo las graves copas de bronce de misterioso seno verdinegro, entre el maderamen de crujiente guayabo, que ya habían hecho suyo en cada rincón las tojosas y las golondrinas, trayéndole un mundo de palpitacio-

nes y rumores....El pobre campanero vivía una vida de exquisito aislamiento, sensible sólo á los perfumes del campo, que cuando trascendían á *hierba buena*, venían de la huerta de Pericón y cuando acendraban olor á resedá venían del sitio del Loco; perdida hacia los cerros lejanos la mirada y apretado al pecho el rojo acordeón que enviaba al sol de la dormida plaza una larga nota de errante melancolía......

Nacido como los arbustos del campo, de ignorada semilla regada al azar,—el buen cura, su protector, le había dado ocasión á concebir un gran amor por algo material y grosero: sus campanas. Las amaba como á seres vivos, porque acaso entrevía en sus voces lastimeras ó raudas, un alma que sufría crisis de dolor y que sabía modular en crescendos y en pianísimos la palabra emocionada. La más ligera, la *Niña*, clavada por el cuello á larga estaca que atravesaba el ventanón ojival, saltaba como una cabra en los repiques del domingo, enseñando á los chiquillos de la plaza el claro hueco verdoso donde golpeaba alternativamente la nudosa lengua, formando un solo tropel de notas, fresco, espumante, límpido, parloteador: la *Niña* debía aquella su clara sonoridad á algunos fragmentos de plata que entraron en su fundición, y Bernardillo, orgulloso, lo explicaba á los forasteros que visitaban la iglesia...Hacia el lado Sur colgaba triste, llena de manchas de moho, entre la vegetación greñuda que había tupido las grietas del úl-

timo temblor de tierra, la *Ronca*, que en la oración se ligaba á la campana *María*, agregando un dejo agrio, desgarrado, como el de un perro que ahulla, al toque profundo del *Angelus*. La tercera, *María*, era el lujo de la parroquia; de amplio vientre todavía amarilleando al exterior, surcada de inscripciones, con cruces y fechas trabajadas en el bronce, suspendida por triple red de cadenas, era un órgano augusto que volcaba hacia abajo un raudal de cantos épicos, fundidos en un rudo clamor, hinchándose, agitándose, rebotando entre los cuatro muros, hasta caer al través del aire estremecido sobre los tejados devotos. Para Bernardillo el amor á aquel monstruo divino era un aparte en sus ternuras; y cuando derramaba su excelso canto místico en la hora del *Angelus*, sentía que le temblaban las cuerdas en las manos, y en sus labios hormigueaba instintivamente un *Padre Nuestro*.

Una vez no obstante, en la tarde que siguió al domingo de Resurrección, en que hubo mocerío con trajes nuevos en la plaza y potros de cola adornada galopando desesperadamente por la calle Real, una tarde no tembló Bernardo bajo la voz abrumadora de los bronces. Otros pensamientos llenaban su imaginación, divinizándola. La mancha fugaz de una falda azul, ondeando bajo el fresco ramaje de los laureles, bailaba sobre el cristal de sus retinas, como si un golpe de la sangre contenida mucho tiempo en el dormido corazón, le hubiese saltado de súbito á

la cabeza. Era una muchacha del barrio pobre, de aquel final del caserío que aventuraba los bohíos desperdigados hasta los bordes del palmar sombrío y susurrante.

Fué un solo golpe de vista; y repentinamente había recibido la oleada del amor, escondida en los resquicios de su organismo rudo; como el cedro, áspero por fuera y perfumado por dentro. María del Reposo, cándida flor tostada al gran sol del valle, debió también adivinar de repente aquella mina oculta, porque cuando su padre entró en la sacristía á echar una parrafada con el señor cura, y el muchacho le preguntó turbadamente, resoplándolo en un esfuerzo, cómo se llamaba, floreció en sus mejillas un cálido *marpacífico* empurpurándola hasta en lo blanco de los ojos... ..

—Pero cómo...¿cómo te dicen en tu casa?...

—Mi madre me llama Reposo......

Hubo una larga pausa.

—Amos á la plaza, dijo él, haciendo un frenético molinete con el sombrero. Endenantes llegaron para el torneo......

Y ella le siguió sumisa, callada, como dulce oveja que presiente al amo......

En las largas tardes del estío, cuando un polvillo luminoso descendía por las vertientes hasta los frescos arroyos escondidos entre las cañas bravas, se echaba Bernardo de bruces sobre los gruesos leños que servían de rústico balcon al campanario, y mudo, entontecido, interrogaba al valle que se estremecía en el vapor caliginoso, volando sobre

los tejados hasta llegar á una cabaña achaparrada donde ondulaba una falda azul...La veía tal como en aquel revoltoso domingo de Pascua. Y á su alrededor coqueteaba una brisa amable de suaves rachas, que se diría formada de suspiros de allá abajo....Después tomaba arrebatado las cuerdas é inconsciente de lo que hiciera, abría con unas bailarinas notas de repique el toque solemne de la oración......

Las inocentes comadres, requeridas para el rosario, murmuraban con algo de espanto bajo los espejuelos:

—Buen señor.....¿qué le pasará hoy á Bernardillo?......

Otra vez se vieron los dos mozos. Fué en las fiestas del *Santo*, que concluían siguiendo el ritual por nadie desmentido, con un *baile de música* y otro *de zapateo*. El primero celebrado en la *Sociedad* reunía en su seno aristocrático lo más selecto y requintado de la comarca; el otro, típica fiesta de acordeón, timbal y *botija*, constituía la vieja nota de color con que se consolaban de la pérdida de los fueros añejos, los arrugados vecinos de los suburbios y de la sitiería, todavía lo bastante animosos para arrojar el sombrero de palma á los pies de una hembra de almidonados volantes y *escobillear* un golpe de zapateo.

Aquella noche había que cantar hasta los claros del alba, y entre cada dos números de zapateo ó de danzón, cabrilleaba un rasgueo sonoro de punto criollo y una voz que en falsete punzante hendía la noche cantando las

penitas del guajiro. Continuaba luego el baile con algunos números de danzón, y los tablones mal unidos retemblaban bajo el resbalar sedoso y acompasado de los fuertes zapatones. Al fondo roncaba áspera la botija, y junto al tropel de jóvenes abrazados, que restregaban los cuerpos al ardoroso compás africano, parecía su voz el rugido brutal de una gran bestia á quien un pujante espasmo cortara la respiración.

Un intermedio corto, lo suficiente para que las muchachas agitasen los abanicos sobre el pequeño escote sudoroso, y los hombres se echasen afuera á soltar maldiciones contra *la calor* que tumbaba á los toros...Volvía á gemir su nota cariñosa el acordeón, y los mozos se inclinaban nuevamente balanceando la diestra de arriba á abajo, delante de la fila de muchachas estiradas en sus taburetes...Las llamas de la gasolina, retorciéndose en infernales danzas, caldeaban el ambiente...Y hubo alguien, el organizador de costumbre en tales casos, que descubrió en Bernardo prodigios de voz para acompañar el tiple......

Fué una hora de lucha, salpicada de amistosas interjecciones. María del Reposo sacada con guiños significativos por uno de los viejos desde un rincón del amplio tinglado donde se había refugiado como escondida flor de malva, fué toda ruborizada á ponerse junto al mozo de tiple que, con un gran mechón castaño fuera del sombrero y ladeado en la boca un inmenso veguero humeante, puntea-

ba un compás de guajira con el tiple ceñido al cruzado de las piernas.

El *punto criollo*, triste, soñoliento, canto quejumbroso hecho para atravesar como una saeta la noche callada, ha de salir al tono justo del tiple, qne gotea débil el acompañamiento. Bernardillo y Reposo, graves y con las cabezas inclinadas al suelo ayudaban al del tiple á tomar el tono antes de comenzar la copla, tarareando con voz aflautada: *¿neno...neno...neno...neno...ooo...!* Se necesitaba un *segundo*; y compareció, limpiándose la garganta con un poco de aguardiente, el *Mulatón*, blanco problemático de vasto cuello de toro, del cual se adivinaba un vozarrón abrumador......

Al lado, silencioso, con algo de orgullo en su modesto papel, esperaba el de la *clave*, probando por lo bajo los dos palillos sonoros que habían de marcar el compás......

Neno...neno...neno...neno!...Junto á los cantadores el grupo engrosaba...De lejos llegaba amortiguado el ruido de la cantina donde chocaban los vasos y chapoteaba el agua......

Un momento, para darle la señal de la salida, tomó el campanero por la mano á la muchacha, y ésta enrojeció súbitamente tartamudeando en las primeras notas.....Y surgió al aire rodando hasta los ventorrillos de tamales, la *guajira*, el canto quejumbroso y vibrador, valiente como el alerta del gallo y tierno como el arrullo de la tojosa......

Yo me enamoré de Cleta
mientras que la ví guajira;
dende que gasta peineta
ni la miro ni me mira......

Quiero decirte, mi prieta,
en la presente ocasión
que estoy mal del corazón
y tú tienes la receta......

Pa el que te mire de frente
quiero encargarte un recao:
que hay un machete afilao
siempre de cuerpo presente.....

Sobre el amplio bohío una luña fresca, de bordes traslucidos, derramaba su mirada casta, tejiendo claros bordados en las pencas erizadas del caballete...En una de las cruces dos torcazas se contaban un poema de pico á pico. Y abajo había otras dos torcazas queentraban cantando coplas al dorado, al augusto reino del amor.....

Fué en un mediodía radiante en que caían los pajaros con el pico abierto á una ráfaga imposible de brisa. Fué en aquel día clarísimo en que al canto de un gallo podían detallarse las hojas inmóviles y despedazadas de los plátanos lejanos cuando gimió espantado el pueblo bajo uno de esos terrores que sólo producen las fuerzas desencadenadas é incontrastables de los elementos. El duro suelo montañoso se rendía á su entraña volcánica y desarraigando árboles de las laderas, en una oleada de pavorosa trepidación, des-

cendía hasta los cimientos del hormigueante poblachón y se llevaba de cuajo en un minuto todo un barrio, el más pobre, el más indefenso ante el soplo frío de la muerte.

Allá, en lo alto de su torre maciza, de cuyas luchas victoriosas con los temblores de tierra daban testimonio las hondas heridas de algunas grietas donde crecían musgos y bejucos trepadores, sintió Bernardillo el agrio quejido de las maderas extremecidas en sus empotramientos de piedra, y lanzándose horrorizado hacia uno de los boquetes de luz pudo dominar de un sólo golpe la tremenda escena. Desde unos trescientos metros más allá de la plaza la vibración había sacudido la tierra con enorme intensidad, y el panorama, deforme, indefinido, extraño, más fantástico ante el hervor de la polvareda y el aullido frenético del rebaño humano, se hacía difícil á su vista. Hundidas las más de las barracas hasta el suelo, se veía vacilar lamentablemente á las que quedaban en pié, hasta que se rendían en una nube de cal, arrancando un nuevo estallido de dolor. Y como formando la expresión de una sola garganta humana, se confundían los ayes y volaba sobre las ruinas un único mugido extrahumano que salía de las bocas ensangrentadas bajo los escombros y de las bocas contraídas de los supervivientes, despavoridos por los atajos y con los brazos en alto....Bernardo doblegó sobrecogido la cabeza tapándose instintivamente los ojos para no ver nada......

Pero de repente y como dominado por una nueva idea, se irguió electrizado sacando el pecho fuera del ancho paredón horadado...El paisaje, desnaturalizado por la ruina, se resistía á las pesquisas de su ojeo sediento...Desde la plaza, adivinándolo en el campanario, se le hacían señas desesperadas para que bajase del peligroso sitio......

—Allí...sí....¡bien! mascullό al fin divisando, todavía en pie, la casita de María del Reposo, que azuleaba al sol del mediodía......

Y como un loco se lanzó escalera abajo.

En el barrio pobre se amontonaban sobre la calle los tablones de palma y yagua de los bohios, junto á los fragmentos de cascote de las viviendas de *embarrado;* y unos y otros magullando cráneos y destrozando costillas, aparecían salpicados aquí y allá de grandes huellas de la hirviente púrpura humana. Arrastrándose hasta el paso de los que huían, enseñaban los heridos sus máscaras afrentosas de barro y sangre, y por Dios pedían un poco de agua antes de morir. Otros, vacilantes como espectros, se levantaban probando á correr y pronto rodaban desvanecidos cayendo con ruido sordo sobre las piedras; algunos hombres de buena voluntad con el alcalde á la cabeza, sudoroso y angustiado, armaban parihuelas para sacar á los que aún vivían á campo libre, jadeantes y atolondrados con el lúgubre clamor que llenaba los aires...“¡Afuera...afuera!”...se gritaba por todas partes....“¡Luisillo!....¡Alifonsio!..¡afuera!”...Y aún en la mirada de los que

callaban en la lúgubre faena humanitaria se advertía el espanto terrible por la probabilidad de un segundo temblor.

El muchacho avanzaba anheloso husmeando aquí y allá, como un perro de caza. Pasando á su lado se le adelantó una familia, rápida y en silencio: entre el grupo, un hombretón que cargaba un chico ensangrentado; hendido el cráneo, se desmadejaba este como un cuerpo muerto dejando un goteo de sangre...

Pero su anhelo le hacía pensar sólo en Reposo...Debía estar allá afuera, en la sitiería de los contornos, con todo el río humano que del caserío había escapado. Cuatro mujeres faldeando apresuradamente por una vereda, le hicieron correr inútilmente algunos metros para luego desandar lo andado.....Afuera..... más afuera!......

Frente á unas ruinas, un arrapiezo desnudo, de quien su famila acaso se había olvidado, lo distrajo un momento, tocado de ternura el corazón. Pero recio galope martilleando furioso sobre las piedras se le echaba encima y tuvo que hacerse á un lado violentamente: un caballo espantado, pendiente al cuello una larga soga, corría frenético por los prados en zig-zags desiguales rompiendo los grupos de fugitivos. Pasó como una saeta, y cuando estuvo lejos, ya el chiquillo se había tambien separado hacia un grupo de gallinas que picoteaba mansamente...Continuó......

¡Cosa más rara!...Bernardillo tuvo que pararse en seco en mitad del campo ante un fenómeno curiosísimo: el terremoto había hun-

dido toda una faja de terreno, dejando una grieta profunda donde antes había rica zona de cultivo......Los grandes árboles que permanecieran en pie, dejaban fuera un pedazo de la copa, y se escuchaba el bramido asustado de las reses que habían quedado sepultadas....Una palma, hundida hasta el cuello junto al corte recto, era á lo lejos inmensa mota verde...Bernardillo pasó con el grupo de vecinos sin acercarse, dando un rodeo como los potros temblorosos junto á la yagua que los espanta......

Al fin pudieron encontrarse los dos novios bajo la frescura de una guásima inmensa, en una parcela próxima alcamino. María del Reposo en traje de trabajo, las mangas arrolladas sobre los codos, había tenido tiempo para colgarse al cuello un pañolón de cuadros rojos, y lloraba convulsa echada sobre las raíces nudosas y esforzadas del árbol...... Una de las hermanas pequeñas abría á su lado los ojos asombrados, interrogantes......

—¿Y el viejo? ¿Y las muchachas?

María del Reposo contó cómo los había perdido de vista. Aunque en pié la casa cuando el temblor, la familia había escapado por distintos puntos al primer gruñido de las crujías, y cada uno andaba por su lado. Ella con Cristinita, la pequeña; los otros ¡quién sabe cómo! Y todos perdidos en la confusión del pueblo acampado sobre la hierba......

Bernardillo, encontrando encantadora como nunca á su novia, riendo ante la dicha de haberla hallado viva, le tendía las manos

comunicándole su confianza en el buen futuro de todo:......

"No tenía *ná* que temer...Por lo pronto había la seguridad de que tóos estaban sanos y salvos, puesto que los que no estaban en la casa, estaban en el campo...Ya se buscarían más tarde, corriendo la voz...¡Qué chiquilla aquella y qué demontre de lágrimas mal empleás!......"

Al fin rió también la muchachacha y sus ojos risueños, llenos de lágrimas, recordaban esas mañanas limpias sobre cuyo sol nuevo cae de repente el chubasco de verano...Se olvidaban poco á poco de la catástrofe que hasta allí los había arrojado, sonriendo al iris de amor que secaba la dulce llovizna del llanto...Y así vieron descender la tarde, displicente y sonrosada, desde un cielo asombrosamente puro donde cabalgaban muy altos, ligerísimos cendales de bruma. El pobre campanero resbalaba en una sensación de blanda confidencia con su chiquilla, y al encontrarse solo con ella por primera vez, lejos de la mirada de los padres, se estremecía, todo bañado de voluptuosa oleada, á la idea de que era él su solo defensor, su solo báculo, su solo dueño en aquel pedacito de mundo....

De repente tuvo un recuerdo mirando al pueblo, donde resplandecía más allá de las ruinas, dorada por la caricia del sol moribundo, la iglesia con su campanario alzado y desafiante...¡La oración!...Tenía que estar allí al atardecer para los dobles del *Angelus*...Y como en un remordimiento supersti-

cioso se inculpaba de haberse olvidado hasta entonces...No había faltado nunca á aquella sagrada obligación en los cuatro años que hacía de que el cura lo hubiera enviado á coger las cuerdas......

La muchacha se puso en pie para cerrarle el paso, húmedos de nuevo los ojos. Pero él se deslizó ligero y corrió directo á campo travieso volviendo la cara á cada rodeo......

De algunos grupos donde se lamentaban los heridos lo saludaban, viéndolo retornar al pueblo, con duras palabras:

—¡Animal!....Bárbaro!....Premita Dios que te caiga el pesebre arriba......

Poco rato después se escuchó el canto augusto de los bronces...El gentío esparcido sobre el césped se preguntaba asombrado la causa de aquello...“¿Bernardillo en el pueblo todavía?...¡Bravo muchacho!..“Sobre los efluvios mansos de la tarde flotaba llenando el valle, sin mancharse en la miseria del caserío arruinado, la voz de las campanas. Primero era el grito herido, agrio, lamentoso de la *Ronca*; diríase que se quejaba con su pueblo...Después se hinchaba en el aire la vibración de trueno de la *María*: recia, bronca, dominadora, sublimemente musical en la lejanía... Notas de suave paz en aquellas horas trágicas, otros dobles más alejados salían de campanarios distintos por uno y otro repliegue del valle: las rachas cortas de la brisa modulaban en gradaciones extrañas la onda sonora...Y era alternativamente murmullo maternal, andante majestuoso, *miserere* de

convento, grito iracundo, suave llamamiento de hembra......

La guajirita emocionada agitaba á la lontananza su pañuelo rojo......

Calladas de nuevo las campanas y sondeando las puntas de las hierbas, ya de un matiz mortecino, pudo á poco palmotear de nuevo al novio que llegaba saltando sobre los matorrales, con el acordeón del campanario bajo el brazo. Fueron á acogerse bajo las ramas de la guásima, entre grupos de vecinos que preparaban un rancho improvisado, bajo el olfateo curioso de los perros.....

—Perdóname—dijo simplemente arrojándose al suelo—Si no voy, reviento......

Las cuatro manos se entrelazaron con un mismo calofrío voluptuoso......

Hacia el Este empezaba á esfumarse el valle, doblegándose á la noche en la languidez de las hojas. Una arboleda añosa de mangos, que cerraba el paisaje á un lado del pueblo, se había hecho negra bajo la masa plomiza y morada de las nubes...Algunas estrellas comenzaban á agujerear el manto difuso del cielo...La luna, enorme, asomaba pausadamente sobre la tierra el rostro congestionado, destacando en crudas siluetas las graníticas crestas cortantes. Y de los nidos de cada árbol la saludaban los mayitos y los arrieros con largos silbidos melancólicos que se repetían hasta los bordes de las vertientes......

De pronto rasgó el aire sobre las cabezas recio crujido de las ramas bajas de la guási-

ma, y las raices sacudidas violentamente trepidaron é hicieron saltar despavoridos á los sentados...¡Volvía á temblar!....Un ¡ay! ahogado, confuso, que sonaba como un rugido, volvió á mezclar en una misma idea á todo un pueblo. Los perros ahullaron lúgubremente y muchas mujeres se echaron de rodillas al terreno levantando al cielo un balbuceo fanático......

Pero el horror se exaltó apretando de súbito las gargantas, cuando del lado del pueblo, hacia donde rodaba la vibración de muerte, llegó extraño é inarmónico un murmullo de campanas, apenas unos segundos... ¿Qué era aquello?...¿Dobles?...Nó; era demasiado temprano para *las ánimas*...Tampoco parecía un repique...De repente vino un puñado de notas bruscas...¡Ah! Entonces no hubo duda...¡Las campanas...las campanas que tocaban solas, sacudidas por la horrenda convulsión!...¡La *Niña* que, más ligera que las otras, rumoraba un repique débil, sin concierto, trayendo la sensación de los primeros vagidos incoherentes de un animal que enloquece!......

El gentío estupefacto temblaba regado por todo el llano como una *piara* bajo la turbonada; sobrecogido, alelado, esperando un milagro, una aparición celeste, una resurrección de los muertos, algo divino que empezaba á hablar por los bronces sagrados......

Fué apenas un minuto...Y enseguida, como rubricando el final de una última oscilación ...¡dón!...¡dón!...La campana *María*, la sobe-

rana del pueblo, cuya mole de arabescos medioevales se sentía también descentrada en sus asientos de cal y canto...Dos notas gordas, martilleantes. á las que se unió el rabioso gruñido de la *Ronca*, salieron airados é infernales de las hinchadas panzas ennegrecidas......

La multitud como recibiendo el golpe en la nuca, cayó prosternada sobre el suelo maldito...Por todos los huesos pasó, helando la sangre, el beso cortante de la muerte......

Bajo un punto leve del llano, en lo que cobijaba la ancha techumbre de hojas de una guásima, sólo un grupo obscuro que la media sombra sumergía en su dulce misterio, no se había movido ni temblado. Acaso alguien de él oyó vagamente, al resbalar en el ensueño, el grito pavoroso de las lenguas de hierro.

—*Cucha*, Bernardillo...Las campanas......

El muchacho, vivo, se levantó y miró al ras de la tierra sobre el pueblo aplastado...... Sus ojos encandilados nada le dieron á comprender; y volvieron de mirar á la noche con un paisaje de aurora en las retinas...Arrodillándose junto á María del Reposo la sujetó por los codos mirándola á los ojos que le brillaban como dos ascuas......

—Es...¿tú no lo sabías?...es...porque nos casamos...Debían ¿no estás tú en esos firmes, Reposito?....debían tocarse las campanas cuando se casa la gente......

Y cayó de nuevo sobre ellos el silencio admirable que lo dice todo....Un grillo levantó del suelo su nota aguda y limpia.

Súbito bailaron en el aire delgado las primeras notas cariñosas y pizpiretas de un acordeón......

—¡Asesino!—rugieron varias voces desde lo vago de las maniguas—¡Ese que toca música esta noche no debe tener madre!......

"Esta noche....esta noche!"....Los dos novios, ruborizados por el mismo pensamiento, se comunicaron el temblor que agitaba las puntas de sus dedos......

Sobre sus cabezas un golpe de brisa que sacudió las hojas, oreó el campo llevando la ola de vida sobre la ola de muerte......

EL LATIGO ROJO

El inglès del circo hundía satisfecho las manos en los bolsillos del pantalón, doblando las dos grandes arrugas de la naríz á una sonrisa leve y maliciosa: dos ojos verdes, claros é inquietos, que le iluminaban la faz encendida, lucían azulosos en el humo de la pipa, empotrada fijamente á los secos labios afeitados, y un mechón de duros pelos rojizos se desbordaba de la gorrilla de seda bailando en el viento. Mr. Waltman, puesto á punto de divagar por la innumerable tanda de copas sorbidas en la tarde de aquel día de gran solemnidad patriótica, atravesaba la plaza resbalando por gratos paisajes fantásticos en que la tienda blanca de su circo se convertía en mágico palacio de millonario con la blanca flor de lis abriendo su cruz en los tapices. Sus dedos erraban en el fondo de los bolsillos inmensos jugando con los puñados de monedas recolectados en la taquilla durante todo el día, y la vibración generosa del oro subía por sus nervios para irisarle el cerebro.

Un tañido de campaneo, alegre y vocin-

glero, le hizo apresurar el paso, recordándole que se acercaba la hora de la función nocturna. La matineehabía obtenido un lleno, imponente un desbordamiento arrollador de cabezas guajiras que se encendían con las redondeces temblequeantes de la domadora, y abrían estupefactas las bocas ante la mole negra y lustrosa del elefante de carnes dóciles. La velada prometía más. Prometía...¡quien sabequé sorpresa! Porque ante la demanda de la muchedumbre, que no encontraba, harta de cortinajes y cohetes, otra derivación, que el circo á sus entusiasmos de aquella fecha patriótica, se habían vendido las localidades que en verdad no tenía el circo, se habían deshojado talonarios verdes y rojos, y Dios sabe cómo se lograría acomodar á toda la monstruosa oleada que ya asaltaría el circo por la gran entrada de colorines cerrado por el paño delona que la gasolina hacía blanco remozándolo en su vejez.

Ya cerca, y deteniéndose con los pies sumergidos en la hierba para remover concienzudamente el tabaco de la pipa, donde el fuego agonizaba, pudo dominar todo el espectáculo del circo, repleto, flotando entre el estruendo del público. En la claridad de la tienda, toda traslucida á la iluminación interior, nadaban indecisos los puntos vivos de las lámparas. Un quejido débil y acompasado, apareciendo en los intervalos de silencio, denunciaba la presencia de la charanga anémica. Hacia la entrada una multitud negra hormigueaba, levantándose sobre ella el gri-

to de las tiendecillas de chucherías sabrosas. Un hombre sin sombrero, sudoroso, surgió del grupo viniendo hacia el inglés.

—Iba á buscarle, dijo. Hay que cerrar *eso* y empezar de seguida.

—Good, good... Vende asiento en la pista...

—Mr. Waltman; ¡que no se puede!......

En efecto, el circo, rebosante, recordaba esos campesinos costales de patatas que, cargados hasta los bordes, estiran los hilos vellosos del flojo tejido. Nivelada casi con las banderolas laterales la marea negra del público, se hinchaba la lona poniendo de relieve los codos y las espaldas montañesas y se adivinaba la impaciencia de las cabezas, destacadas en siluetas febriles. Al fondo, agrio y tenebroso, dominaba á veces el rugide las fieras asustadas.

Pero no había dos veinte y cuatro de Febrero en el año. El inglés no se resignaba á dejar escapar aquel filón...

—Vende pa la pista, ordenó secamente.

Ya en el circo, picaresco y comunicativo, obsequió al paso con un pellizquito en una cadera á Clorinda la domadora, inclinada en el ajuste de una cinta. La jamona, encendida y desbordando los senos y los flancos fuera del corselete de taena, removió su cabellera suelta, de un rubio fantástico, para devolverle jovialmente un golpecito cariñoso con el látigo rojo.

Al asomar el inglés el rostro hacia adentro, levantando la cortina de listas azules y blancas con la fusta florida, parte importan-

te en los diálogos con el *payaso*, el espectáculo imponente del público bullendo en la luz, le azotó la faz como la espuma de una ola. Retrocedió llamando en consulta á los más cercanos de la *trouppe*. El matrimonio Claude y Claudine compareció; y tras él asomó el mentón rudo y saliente, enseñando el cuello donde los músculos formaban gruesos cordajes, Ironbreast, el atleta.

—Me parece,—aseguró con una sonrisa diabólica que puso al descubierto sus anchas fauces de cocodrilo,—que Jeanetpe no vá á tener donde cantar su "Flin flin, que me da vergüenza"... porque la *gente* se ha corrido hasta la pista...

Afuera el público tronaba. Insaciables las taquillas enviaban un chorro continuo hacia adentro, é insuficientes los bancos improvisados en la tarde, se sentaban los recien llegados sobre la arena suelta, dejando apenas un pequeño círculo libre para las maniobras. Voces de huracán enviaban al fondo conocidas bromas de campesinos.

—¡Las ocho!......... ¡Amarren al gato mochoooo!......

—¡Las nueve!......... ¡Ordeña la burra y bebeeee!......

Y la impaciencia de la espera tomaba su revancha sobre los rojos casacones deshilachados de los negritos encargados de lámparas y alfombras.

—¡Tarugooo! ¡Guatacaaaa!......

Un campaneo prolongado dió al fin la salida á tres hermanos por nada parecidos, to-

cados de azul con bertas áureas, en los anchos hombros de uno de los cuales formaban caprichosas flores humanas los otros dos.

Hasta entonces todo marchaba bien, y el público, propicio á los entusiasmos, aclamó frenéticamente,—no sin una vaga sensación de alarma de los que en la pista se acomodaran, á cada caída airosa de los acróbatas. Estos, reponiéndose, enseñaban los blancos dientes y saludaban con los pies trenzados.

Tras ellos fué aplaudido con locura el payaso. La orquesta triste, alegrándose en un criollo compás de *rumba*, acompañaba el bailecillo arcáico, infantil; y el flaco titiritero embadurnado de blanco, de rojo y de negro, saltaba sin arte, como un poseído, hasta que de pronto se detenía en seco para soltar deprisa, cantando en el último verso, la décima tradicional, la décima de pié forzado que aprenden todos los chiquillos y que recitan dormidos, en fragmentos, ¡mientras cascabelea en el pueblo la temporada de *caballitos*.

El número de los perros sabios se hizo dificilmente, con reflujos violentos del público inmediato, sobre el cual venían á caer los animales levantándose un clamor de protestas, ladridos y juramentos. Un momento despues le indemnizaba Jeanette, débil silueta de adolescente con busto liso y voz de hombre, sonriendo con los párpados bajos su: "Flin, flin, que me da verguenza"......

Pero al salir para el penúltimo número de la primera parte el caballo sabio, el blanco caballo que encuentra en los cajones cerrado

el rojo pañuelo—hermoso número que todos conocían sin cansarse jamás de él,—un serio conflicto se promovió por la aglomeración desmedida del público que impedía por modo absoluto los ejercicios. El gordo bruto caracoleando con timidez, rodaba bajo e relámpago de la fusta como una bola blanca. Hasta que al dar un respingo, sus cascos ferrados pisaron en blando, y un clamor indignado surgió amenazando á los saltimbanquis......

—¡Inglés! ¡Inglés abusador!......¡Ladrón!.....

Hubo que desistir del número del pañuelo rojo, y los de las localidades cómodas protestaban de la suspensión, que les privaba del gusto de ir prediciendo á sus familiares cuanto había de ocurrir.... En la frente rubicunda de Mr. Waltman, y bajo la peluca presuntuosa, la arruga transversal de la sonrisa había sido sustituida por vertical arruga de contrariedad, y por ella bajaba pesada una angustiosa gota de sudor.

Á su auxilio vino Clorinda, la domadora. La gruesa hembra vistosa conservaba todavía un resto de su pasada belleza de pecadora, y resbalando de decepción en decepción por los camerinos de gimnastas, *ecuyers* y excéntricos se resignaba á no ejercer encanto alguno sobre los mocetones bravíos de engomados bigotes y recias piernas ceñidas por la malla. Ahora sus coqueterías, acaso excesivas y empalagosas, se concentraban en el viejo dueño del circo, del que, á falta de los asfixiantes abrazos de que su cuerpo sen-

sual se sentía ávida, podía al menos lograr la seguridad de una existencia casi burguesa, de un plato en la mesa de la posada y de una mitad en la almohada olorosa á tabaco. Fué con los brazos suplicantes hacia él.

—Pronto, dijo, echa á cualquiera á la pista. Vds—ordenó á unos chiquillos despavoridos—denle á la campana aprisa!...

El rumor de tempestad llegaba por el boquete entreabierto trayendo un vaho caliginoso de las gradas coléricas. La murga paupérrima acometía marcando su timidez, un tiempo de vals, dulce y sedoso......

Al fin abrió las telas corridas la mole mórbida, pausada, elástica, del elefante indio, meciendo en la curva trompa anillada á su domador trajeado de oriental turbante. Fu- un momento de estupor, un minuto de admiración hipnótica.... Pero pronto se desató de nuevo el tumulto ante los empellones del público, sobre el cual avanzaba magestuoso el paquidermo, dejando, al hundir las pezuñas en la arena, una marca cuádruple como una flor. El pánico cundió en las primeras filas, y subiendo en oleadas hasta los pliegues de lo alto, promovió un verdadero motín que refluía en rugidos de indignación contra el inglés, contra el alcalde y contra el gobierno, que le abría las puertas á todos los bandidos de *extrangis*. Se empezó á pedir la devolución del dinero....

Todavía intentó Mr. Waltman salvar el producto de la función soltando al ruedo lo más inofensivo y fútil del repertorio. En el

pasadizo estrecho de lona se barajaban trusas estrelladas, mallas de tonos rabiosos, bertas de cuentas irisadas, capas de paño inverosímil, blancos trajes de clown, todo revuelto como una procesión de trashumante Carnaval, todo mal oliente á sudor, á aserrín, á lodo........

Los acróbatas salieron tres veces. El payaso recitó más de una, y con fúnebre rostro que traicionaba á su papel, la misma copla manoseada. Los malabaristas, también repetidos, perdían el aplomo y las bolas del juego iban á rodar al público.....

La explosión sobrevino... Un puñado de descamisados de los que se apretujaban en primer término, comenzó á levantar ánimos entre los de arriba para invadir la tiendecilla del vestuario. Los brazos se alzaban y algunos, ebrios de agitación, faltos de un desahogo amplio á las emociones de aquel día, hicieron vibrar en el aire el fulgor de los machetes. Las mujeres, convulsas, buscaban la salida; y la sábana humana descendía como una catarata hacia la pista. Un grito colectivo, denunciando una idea vaga, imprecisa, salvaje, subía al cono de tela movediza.

—¡A coger al inglés!...¡A cogerlo!......

El viejo bohemio desplomado sobre una gran caja exornada de tallados signos cabalísticos, mascaba silenciosamente el cañón de su pipa con los ojos fijos en la rizada cortina, tras de la cual se sentía hervir el odio de la muchedumbre.

La compañía, desorientada, se replegaba egoistamente haciendo un grupo abigarrado en un rincón. Algunos formaban rápidamente los equipajes en previsión de una fuga precipitada.

De pronto se observaron del otro lado de la tela algunas siluetas que avanzaban. El gigante Ironbreast propuso con una sonrisa feroz:

—¡Si le soltáramos encima la jaula de los leones!......

Pero Clorinda la domadora, abriendo los brazos para contener á sus compañeros, se adelantó hacia la cortina, los ojos brillantes y el látigo rojo en alto. Transfigurada por la emoción, su rostro mofletudo se afinaba y la rubia cabellera pintada orlaba su cabeza de un nimbo de llamas.

Partió derecha al grupo airado, que se contuvo pasmado de sorpresa, mientras por el fondo escapaban los titiriteros escandalizando la dulce calma de los naranjos y las palmas dormidas, con la endiablada procesión de colorines flotando en la sombra.

Clorinda subiendo veloz á lo alto de la jaula de las fieras, encontró una tribuna desde donde arengar á la plebe iracunda. Los sombreros de yarey temblaban levantados en las manos.

—Veamos, señores; decía con cierto temblor en su voz meliflua de solterona que quiere ser grata—¿que es lo que ha pasado aquí?.. ¿porqué esos gritos horrorosos?... Si parece que están todos de parto!... ¿Se le ha dado á

Vds. una función un poco aburrida, se ha echado á afuera al payaso más veces de la cuenta?... Pues bien, con unos bancos más, con que se haga al elefante bailar la suiza, con abrir mañana las puertas gratis......

Un tropel de voces interrumpió....Se pedía el dinero robado. Clorinda adivinó con terror la turba que afluía por los boquetes desgarrados de la lona demandando tambien el dinero como los propios espectadores...

—¡Silencio! ¡Sió!..impusieron algunas voces de cerca.

La figura recia de la domadora, moviendo la pompa de sus caderas y agitando sus desnudos brazos acariciados por la luz sobre las altas tablas de la jaula, parecía más arrogante y atrevida. El pelotón de descamisados había sentido que se le clavaban los pies en la arena ante el espectáculo sabroso, inesperado, picante, de la hembra semi-desnuda. El instinto del macho, predominando sobre la indignación del despojo sufrido sonrió llenando las bocas de saliva aguanosa.... Y bajo la sorpresa asomó levemente el deseo, fugaz é indeterminado. En lo alto, la jamona ondulando su pulpa carnosa fingía una gorda, lozana, madura fruta......

—Vamos— agregaba ella meciendo graciosamente el látigo rojo, ya sospechando la conquista;—no hay que insistir tanto en buscar al pobre inglés...El inglés tiene sueño...... Vds. tambien lo tienen......Mañana quedará todo compuesto...Ironbreast levantará el quintal y Claudine comerá candela.

Un palmoteo desperdigado, indeciso, brotado sin previo acuerdo, se insinuó debilmente. Clorinda comenzó á bajar hacia la pista...El olor de tantos hombres resollando juntos la embriagaba...Y su canalla dormida, sintiendo latir una secreta correspondencia con aquella canalla joven é hirviente, la arrastraba á sumergirse en ella como en un mar de frescura...Algunas gruesas carcajadas la acogían mientras decendía lentamente......

El beso de las luces de gasolina hinchaba la morbidez blanca y dorada de su pecho. Su corpiño de plumas rizadas apenas contenía la agitación de los senos turgentes, acurrucados como dos ánades temblorosos, y tras su cabeza firme de matrona la rubia melena forjaba ancha lengua de fuego. Su maciza beldad de gimnasta triunfaba sobre las pobres retinas de los guajiros famélicos, hechos á la vista de la hembra anémica y angulosa...........

Clorinda, borracha de gloria, quiso saborear un minuto más su póstumo triunfo galante......De un salto rápido se echó á la arena y abriendo los brazos sobre la cortina de blanco y azul, presentó destacado el contorno potente y voluptuoso.

—¡A ver—gritó mostrando la linea clara de los dientes—¡á ver quién pasa.! ¡Qué entre el que sea guapo!......

—¡Ave Mária!...—se oyó en la turba. ¡Qué mujel!......

Entonces ella saltando como un pantera, ágil y sinuosa, se arrojó ebria en el grupo de

hombres, que la apretaba, la besuqueaba, la mordía, la desgarraba la malla trasparente, hinchando las narices al perfume capitoso de la Eva triunfante.

Ella, viciosa y cruel, se abría paso con el látigo rojo, pegando aquí y allá sobre los negros bigotes, sobre los duros lomos....El relámpago cárdeno vibraba en el aire, y tras él dejaba libre el circo la ola de hombres domados y babeantes...........

EL ESTORBO

CUANDO á causa de una agria disputa conyugal, poco más allá de la sobremesa, atacó á Quilla, la de Joaquín el *Bermejo*, el tremendo derrame cerebral, su marido se encontraba fuera, hundidas las piernas en la hierba espesa, toda roja la cara bajo el círculo claro y enorme del sombrero y pasando nerviosamente la hoz como un relámpago, por entre la red de bejucos dañinos.

Un muchacho de la estancia vino despavorido á traerle la noticia, al mismo tiempo que volaba hacia la carretera en busca del médico.

Joaquín, congestionado por la digestion bajo el sol y el trabajo encorvado, quedó un momento en estúpida atonía, fruncidos los párpados por el resplandor gris de un día de turbonada. Cuando pudo comprender, después de hacerse repetir el aviso, dió un salto hacia la vereda estrecha, y se dirigió á zancadas á la casa, todavía sin conciencia completa de lo que ocurriera.

La pobre mujer yacía con la cara amoratada en un butacón enorme. Dos negras, su-

dando afanosas, le habían puesto á los piés unos potes de barro calientes. Joaquín bufando, iba y venía por la habitación deteniéndose para abanicar un momento el rostro de la enferma, ó para mirar si volvía todavía algún brillo á aquellos ojos mortecinos de cuyos cristales parecía haber huído toda luz... En el fondo se reprochaba haber tenido alguna parte en aquella catástrofe, y todo arrepentido, tenía algo del criminal á quien fuerza el juez á permanecer mucho tiempo delante del cuerpo de su víctima.........

El médico, al cual no se había dejado tiempo para abrocharse el chaleco, ni permitido disculparse ante los nubarrones amenazadores, movió la cabeza mucho tiempo, y acabó por aplicar él mismo unas sangrías á la enferma y ordenar un inmediato baño de piés.......... .

El *Bermejo*, ahogado por su remordimiento, lo acompañó después hasta la salida, atiborrada de trapos viejos y aperos del trabajo, envueltos en denso olor mezclado y húmedo.

—Manque se quée paralítica, dotol, pero que no se me muera... que no me la quiten entoavía! Ay dotol, que no sepa Vd. nunca lo que es esta clase de pena!... Se lo juro por este puñao de cruces, que me conformaría con tenerla en una guarda-brisa toa la vida, sin habla y sin sentío, pero... ¡que me la dejen con los ojos abiertos!......

El doctor oía apresurado el angustioso discurso, moviendo la cabeza enigmática-

mente, al paso que buscaba su sombrero y se enfundaba en la desteñida capa, lamentablemente profanada por las salpicas de rojo barro. Una arruga dibujada con terquedad en su entrecejo, decía bien á las claras que sus respuestas no habrían de ser consoladoras. Haciendo sonar las espuelas y seguido por el labriego salió al aire fresco del colgadizo... Había comenzado á caer un duro chaparrón y el suelo sin pavimento se encharcaba por las goteras del techo de paja, bajo cuyo dudoso abrigo había venido á guarecerse toda una tribu de cerdos y gallinas temblorosas......

Allí estaba el caballo de la diaria brega, uno de esos pobres caballejos de médico, de pálido tinte moro, cuyas patas hinchadas y cuyas crines carcomidas dicen todo lo melancólico de la vida de amo y cabalgadura.

—Bueno, Joaquin,—dijo el médico ya afirmado en la silla,—el baño de pies como te dije... Mañana el purgante... Nadie sabe lo que es una hemiplegia... Además, la edad es terrible!... ¡Caaa...ballo!......

Los cascos chasquearon levantando salpicas de los guijarros empapados y brillantes, y el *Bermejo* entró de nuevo á esconder su abatimiento en la media sombra de la habitación bajo el canturreo acolchado y tristón de las gotas sobre las pencas del techo.

¡Treinta años de matrimonio que se deshacían por un golpe sencillo de sangre á la cabeza!... Había sido una unión vulgar pero tranquila; simple aproximación bestial de un

macho y una hembra que, no habiendo tenido prole, se tragaban monótonamente la vida, sin grandes alteraciones en la vena embotada de la susceptibilidad, por caricia de más ó mogicón de ménos. El *Bermejo* pensó tal vez algún día, que no estaba de más en la casa una mujer que cuidase de las gallinas, y preparase el guiso de tasajo y viandas: Quilla se encontró probablemente con que era preferible deberle la subsistencia á aquel mozo fuerte que en los últimos torneos había muerto á un caballo al contenerlo en seco, que tener que reconocerla al viejo que en la casa paterna se quejaba diariamente de la inmensa carga de las hijas, que no acababan de casarse ó de reventar....

Y así tiraban de la vida como de una cuerda que la costumbre hace ménos dura.....

II

Al ceder francamente una semana despues de la ocurrencia, y gracias á los buenos cuidados de las vecinas caritativas, la intensidad del ataque, Joaquín tuvo ya la certeza de que la terrible amenaza pasaba y de que, si nó activa y en pié, al menos podía quedar su mujer mucho tiempo con un resto de vida animal. Respiró como el jugador que creyéndose de un todo desbalijado, encuentra casualmente al buscar el pañuelo en los bolsillos, un puñado de pesetas olvidadas.

Poco á poco fué la estancia recobrando su aspecto habitual. Las buenas comadres

que de los sitios vecinos habían venido en auxilio de la moribunda fueron faltando sucesivamente, hasta que una tarde les sorprendió la puesta del sol sin haber recibido una sola visita de fuera. El bohío, que días antes se estremecía, apenas conteniendo el bullicio, casi de fiestas, de las enaguas crujientes, de los cacharros chocando estrepitosamente y de las risotadas que comentaban cada cuento picaresco, volvió á sumergirse en ese silencio embotador de las viviendas de campo, donde diríase que la hierba espesa ahoga, como una alfombra, todo rumor.

La pobre Quilla había venido á parar á un estado lamentable. Casi privada de movilidad, apenas podía expresar un pensamiento bajo el tartamudeo de una lengua atrofiada. De los ojos, uno permanecía casi cerrado; del otro, entreabierto y sin brillo, corría algunas veces una secreción cristalina. Aunque parecía embrutecida y muerta para toda sensación, la boca contraída marcaba involuntaria expresión de amargura constante y hacía que en la secreción ocular se imaginasen lágrimas. Reducida al aplastamiento de un sillón levantado hacia atrás por un grueso tronco, contestaba con una sonrisa y algunos balbuceos infantiles á los cuidados del *Bermejo*, que empezaba á reemplazar á las vecinas como podía, silencioso y con una huella de contrariedad en el entrecejo.

—Espérate mujer, que te voy á cerrar la ventana... Hay viento de agua.

Después volvía á su puesto junto á la en-

trada de la sala, y allí se absorbía en la tarea de tejer pita para cuerdas, con que había ido entreteniendo aquellas jornadas de forzosa holgazanería.

Lo que más le preocupaba era el desempeño de aquellas tareas domésticas que antes competían á la costilla. Una mujer es en un *sitio* algo más útil que un buey y que un perro. A ella están encomendados el manejo de las cazuelas y el lavado de los percales y el dril: le alcanza también el barrido de la sala, el fregado de la tinaja, con la pintura frecuente del tinajero, el preparado de las semillas, muchas de las cuales han de ser reblandecidas previamente en agua, el rancho de los gañanes, la rebusca de huevos en los setos vivos de los lindes, y el acarreo del agua del pozo inmediato. Reconoce también la obligación de hacer prosperar el gallinero, para cuyos polluelos se ha de preparar anticipadamente el *rollón* de maíz, y de la pocilga de los puercos, que bien cuidados no deben dar crías de menos de siete cachorros. Por último, debe contribuir á los ingresos del presupuesto doméstico con el producto de los sombreros de palma, que se tejen junto al portal, y cuando mugen los bueyes al sol que se vá......

El *Bermejo*, impelido por la necesidad, se hizo sus propios guisos durante algunos días mientras asistía á la enferma. Para los otros cuidados de la casa se proporcionó un muchacho enfermizo, siempre dormido á medias, que sobraba en casa de unos vecinos.

Las crías quedaron á la buena de Dios.

El labriego empezó á comprender la importancia enorme del papel que aquella buena compañera de sus juventudes había desempeñado. Acaso no había caído nunca en tal idea....Entonces, al mirarla idiotizada en la cárcel de su sillón, sus ojos se llenaba de una muda expresión de espanto ante el porvenir, mirándola sólo como la causa, bien involuntaria, de su desgracia. Y las quemaduras de las ollas calientes le picaban más......

Pero no podía estarse toda la vida mano sobre mano. La época de siembra se venía encima y apenas si se había hecho algo por la preparación del terreno. Tuvo que tomar de nuevo la guataca, abandonada durante quince días en el ángulo de la sala destinado á los hierros del trabajo. Antes de salir, se cuidó de sermonear largamente al chico respecto á los usos de la paralítica, estática en su sillón, desde donde podía mirar el palmar y la arboleda al través de la ventana abierta.

La hierba mala había crecido escandalosamente durante aquellas vacaciones. Había para ocho días de trabajo... Y Joaquín iba repasando con la vista cada repliegue, cada árbol, cada guardarraya de la finca.

La Naturaleza lo iba poseyendo de nuevo como á un ingrato amante. ¡Todo abandonado y, sin embargo, todo flamante, lujoso de vida! Le parecía que entrase en un mundo nuevo donde las cosas habían sido lavadas y barnizadas amorosamente: de tal modo lu-

cían á sus ojos, hechos á la quietud sombreada de las habitaciones. Del paisaje inundado de sol, cuyas masas verdes temb aban en el vapor de la mañana, emergía un hálito de vida saludable que convidaba á dar brincos de cabra salvaje y á trepar por los cerros crespos que ondulaban en el horizonte. El *Bermejo* sentía hincharse sus narices con el perfume de la *hierba luisa* que subía de la orilla de la vereda, y olvidado repentinamente de todo lo que en dos semanas antes había formado su vida, sonreía á la brisa que le traía el suspiro de las palmas. Atravesando el trillo los *judíos* le saludaban en pequeñas bandadas, como rápidas salpicas de tinta sobre el tapíz del cielo, asombrosamente azul. El *Bermejo* les daba las gracias con el corazón. Un carnero, cuyo balido indeciso apenas hacía adivinar la cabeza blanca entre los crecidos matorrales, vino corriendo á lamerle las manos. En un paso estrecho de la vereda, todavía un gajo florido se atrevió á acariciarle en pleno rostro. Sobre la tierra serena corrió desde lejos el pitazo del ingenio, llamando al trabajo, á la acción, á la fecundidad...........

Fué un día de absorbente labor. A las nueve le llevó el muchacho una *jaba* con el almuerzo, que devoró con los dos gañanes del sitio, bajo el abanico rumoroso de un mango gigantesco, solo con su nota rojiza en medio del campo raso.

Mas cuando regresó al hogar, sudoroso, embargado por la fiebre del trabajo en nuevo

curso, la vista de la paralítica, muda en el butacón, le produjo una impresión de choque brusco y desagradable. Había perdido, lejos de la casa y junto á todo aquello que antes le era familiar, la noción de su verdadera situación doméstica; y al sentirse otra vez frente á ella, despertado de un sueño hermoso, su desgracia se le apareció mucho más pesada y terrible qne antes. Por lo pronto, la simple necesidad no satisfecha de comunicar con alguien sus innumerables impresiones de aquel primer día de trabajo, le puso de mal humor. Después tuvo que componerse él mismo el café...

III

Pasaron los días y las semanas en una sucesión larga y monótona como el canto de la cigarra en las maniguas. La cosecha se logró, abundante y de perfecta calidad... Pero eñtónces pudo ver estupefacto el *Bermejo* toda la bancarrota que el suceso de su mujer había de producir en el balance del año. El médico y el boticario se arrojaron como lobos sobre aquel esfuerzo de muchos meses, llevándose, á medias en efectivo, á medias en especie, casi todo lo que en el *sitio* pudieron hallar... El doctor, mirando por encima de los lentes hacia todas partes, acabó por cargar con un cerdo pequeño que hociqueaba por el *batey*. Apenas si quedó para pagar la renta de la finca, y para acreditar en parte un año más de vida al fiado......

Cuando, pasado el saqueo, entró de nuevo en la habitación, quedó aterrado al pensar insensiblemente en que todo lo que le había dejado aquel despojo, á cambio de cuentas por recetas y pontingues, era aquel cuerpo de masa informe y casi inanimado, del cual se esperaba á cada momento el hedor terrible de la muerte... El campesino sintió entonces el golpe terrible del egoísmo, y no vió ya más que el mal negocio que había hecho en aquel momento!...

Y aquella defraudación á que se resistía su espiritu de aldeano, y aquel aislamiento que ni siquiera le permitía desahogar sus quejas con nadie, le llevó de pronto á la observación inoportuna, insignificante, de que la enfermedad había dejado una expresión de insoportable idiotismo á su mujer. Desde aquel momento tuvo raíz un tremendo drama......

Joaquín trabajaba con pocas ganas, como podría hacerlo un penado que sabe que lo que su energía produzca no ha de ir en su provecho. Veía, por otra parte, dobladas sus obligaciones al echarse encima las faenas de su mujer. Ayudado por el chico soñoliento, á quién despertaba á golpes antes de que el alba entrara en oleadas róseas por los boquetes de las altas crujías, se absorbía en la tarea de hervir el café en la pequeña cazuela, medio encajada en tres piedras informes. Sustituyendo al café quedaba despues humeando sobre los peñascos, tornasolados de matices sanguinolentos por el fuego continuo, la enorme cacerola de las viandas donde se

ablandaban, oreando el ambiente del bohío con su perfume incitador, las papas, las yucas, los boniatos, el tasajo desmembrado en hilachas gelatinosas......

Las otras ocupaciones que antes cumpliera la pobre Quilla, ó no se rendían ó se rendían á medias. Una mañana amanecieron muertas cuatro gallinas junto á un hermoso gallo, hinchado bajo su mota de plumas cárdenas y doradas: la peste del higadillo, que nadie trató de contener á tiempo, había atacado al gallinero. Dos días despues quedaba totalmente desierto y mudo, con su triste red de cañas encerrando la alfombra abandonada del estiércol.

Hay una despótica ley humana que nos lleva á no poder conformarnos jamás con que los sucesos ocurran por fatal expontaneidad, y nos hace buscar en toda desgracia una culpa inmediata, que no puede ser más que humana y familiar á nosotros. El *Bermejo* no sacaba en limpio de todas las tribulaciones que le atormentaban otra cosa que la deducción de que todo aquello le venía por culpa de Quilla, su mujer, que, con voluntad ó sin ella, le había *jorobado* para toda la vida.

La observaba amenudo, en las horas de descanso. Acaso le produjera piedad en algunos momentos la melancolía serena de aquel semblante plácido y amarillento. Postrada junto al ventanón abierto parecía meditar: tal vez no la aventuraban sus pensamientos más allá de la sopa que la llevaran á los labios dos horas antes, del vaso de le-

che que habrían de traerle dos horas después.

No obstante, creeríase que el claro panorama abierto bajo su tibia mirada de enferma, hacía sonreír en ocasiones á su espíritu de niña. Más allá del batey de roja tierra, apelmazadoy estéril por las pisadas continuas, y traspuesta la ancha *canoa* desbordada de frescura, á donde venía el ganado á hundir los negros belfos lustrosos una vez desatados los molestos yugos, comenzaba á alegrarse la naturaleza en un vestido coquetón de verdes *tablas* alineadas donde se cultivaban yucas, boniatos, ñames enormes para los cuales era una especialidad aquella zona... De entre la vegetación casi rastrera emergía aquí y allá un naranjo pequeño que al llegar los meses de invierno se cuajaba de frutos de rabioso tono cadmiun hasta parecer una sola llama surgida de la tierra y ondulando en el viento. El paisaje se quebraba un tanto á lo lejos y se le veía descender entre matorrales de guayabos y aromas hacia los lindes del *sitio*, por donde iban bajando con él los pies de las palmas hasta dejar sólo visible de las más lejanas la copa melenuda y gallarda recortada sobre la lámina clarucha del cielo.

Acaso á la embotada alma de la hemiplégica no llegaba el alma generosa del paisaje. Pero la naturaleza tiene caricias de madre, que no piden recompensa. Y sobre el rostro abotagado y sin brillo, rodaba la ola de perfumes de la llanura, hablando de azahares epitalámicos, de guayabos florecidos, de maduros palmiches picoteados por los pájaros...

Mirando á su mujer, que lo llamaba á veces balbuceando y gimiendo como un nene, se le ocurría á Joaquín pensar en si realmente merecía llamarse vida á aquello. ¿Qué pasaría por ella? ¿Se daría cuenta de lo que la rodeaba? Acaso sufriría espantosamente.... Sí; espantosamente, porque su expresión lo evidenciaba á las claras...

Si era así ¿para qué la vida?...Más le valiera haberse muerto de una vez cuando el ataque. Sí, sí, mejor... más rápido, más sencillo, más conveniente para...

Aquí detuvo el *Bermejo* el curso de sus meditaciones... Iba á decir: "para todos..." ¿Sería ciertamente eso lo que el quiso deducir como final? "Para todos.."es decir "para él también"...Luego, si todavía ahora, todo esto... todo se realizaba... también... ¡Oh, no, qué brutalidad! ¡qué canallada pensar esto!..

Y se echó á reir, poniéndose de pie como quien quiere librarse de una poderosa acción extraña...

Pero no por estos llamamientos de la honradez por costumbre, de la superstición que obliga al buen pensar, se le hizo más dulce la vida á Joaquín. Tres meses después de aquel balance que desnivelaron las cuentas del médico y la botica, garrapateó un día sus números, y obtuvo en consecuencia que la vida le resultaba horriblemente difícil, que se hundía poco á poco en una furnia sin fondo. La enferma, con su alimentación sencilla, tragaba horrorosamente en razón á la especialidad de los artículos. En cambio ¡nada producía!..

—Me ha *reventao*... me ha *amolao*...— se decía el guajiro desolado.

Y la observaba con cierto rencor, de que no podían eximirlo todas sus ideas religiosas. Y sin quererlo, resistiéndose casi á ello, venía siempre á la conclusión cerrada de que con la muerte de la mujer estaría todo arreglado. Era la sensación maquinal del carretero que, cargado y sin fuerzas en un callejón enlodado, entrevé la calzada que blanquea á lo lejos, pulida y limpia de obstáculos...

—Ya entonces, pensaba, podría encontrar otra mujer... y tener gallinero otra vuelta, y recoger los huevos que ahora se pudren en las cercas. Por supuesto—añadía puesto á soñar—que el entierro tié que ser decente...La probe era güena, era una santa...

Llegaba á hablar en tiempo pasado, como si efectivamente los sucesos esperados hubiesen acaecidos. Una vez se le fué algo de estos pensamientos aviesos hablando á la misma paralítica:

—Porque cuando tú te mueras—dijo un día hablando con naturalidad...

Pero Quilla, aún cuando en aquella ocasión se estremeció de pies á cabeza y dejó escapar un ronco vagido de su boca torpe y contraída, no parecía dispuesta á morirse. Cada dos meses ó tres semaas se abría la puerta del bohío á la levita imponente del médico...Nada en suma... El doctor tomaba el pulso, que se debilitaba progresivamente, examinaba los párpados, más pálidos cada vez, se dormía auscultando el corazón. Al salir dejaba

cuatro palabras con mucha reserva en el oido de Joaquín:

—Ya es cosa de dos meses á lo más. Tal vez ni quince días. Es preciso que estés preparado á todo......

—¡Ay dotol...! No me lo diga,—murmuraba el labriego, con entera sinceridad en aquel momento... ¡Treinta años! ¡Treinta años, y ni un sí ni un nó!............

Los plazos calculados pasaban sin embargo, y nada extraordinario ocurría á Quilla. El *Bermejo* se atrevió á pensar que aquel doctor era un imbécil, y estuvo tentado á acudir al del vecino término. Pero lo contuvo el temor de que, ante sus pronósticos, ménos decisivos tal vez que los del mismo médico de cabecera, su desagrado se hiciese demasiado visible.

Llegó un nuevo final de año sin que el desenlace suspirado arribase. La costilla tenía duro el cuero y ya ni siquiera le alteraba el hecho de que Joaquín aludiese con la mayor tranquilidad á cosas que habrían de ocurrir despues de su muerte, demostrándole ferozmente que estaba de sobra.

La cosecha tan buena como la anterior, apesar de los trabajos un tanto descuidados, se vendió en regulares condiciones. Fué entonces cuando, al hacer su presupuesto de gastos y después de liquidar las deudas, como hombre equilibrado y previsor, le ocurrió una idea salvadora: puesto que tenía ahora dinero disponible para gastos extraordinarios, y estos tenían que venir de un mo-

mento á otro, nada mejor que ocuparse desde aquel mismo instante de lo principal: la compra de un ataud y la adquisición de los derechos de cementerio.

Y dicho y hecho. Aquella misma tarde fué á ponerse al habla con el señor cura, que por cierto quedó bien sorprendido al no lograr se le fijase para qué día. debía disponerse la fosa. De allí al taller del maestro carpintero.

Al llegar frente al taller tuvo un minuto de arrepentimiento. Sobre el portalón se apilaban separadas por paños protectores las cajas de lujo, solemnes en su raso negro con adornos plateados, esperando á los notables del pueblo; junto á ellos lucían más desordenados los ataudes pequeños para párvulos, que todavía sin vestir ni pintar, daban al aire la nota alegre de la madera cepillada. El efecto del conjunto era el de un insolente, descarado triunfo de la muerte, y el *Bermejo* se persignó todo estremecido. Un momento le detuvo la idea del efecto brutal que esto mismo podía producir en la enferma á la vista de la caja que él condujese.

—Acaso la mate, pensó asustado.

Pero otra idea cruel le hizo adelantar el pié:

—¡Tanto mejor! ¡Liquidamos!......

En la tarde siguiente hacía su entrada en el bohío, cargado con la caja, larga y fantástica entre aquel paisaje sonriente de vida. Animoso y casi alegre como un cargador que suelta el fardo y se prepara á cobrar, dejó el ataud un momento, apoyado por uno de

sus extremos en el marco de la puerta, para limpiarse cómodamente el sudor. Despues, y arrastrándolo por la salita con seco ruido de tablas, ante la mirada atónita del muchacho, lo precipitó en el cuarto á los piés de su mujer.......

La pobre enferma, que había vuelto trabajosamente la cabeza, dió un espantoso respingo en su butaca á la vista del tétrico artefacto. Crispando las manos hinchadas, en transporte trágico, sobre los brazos del mueble, tuvo fuerzas para alzar el pecho y levantar el vientre hacia adelante en ademán de huir. Su cuerpo desnivelado pareció oscilar hacía un flanco, haciendo crujir todo el sillón resquebrajado por viejas heridas. Pero no pudo completar el esfuerzo y tornó á desplomarse con la cara enrojecida, los ojos desbordados y un bronco murmullo gutural á flor de labio.

Joaquín se aterró de su propia obra. Con un puntapié echó á un lado la caja fúnebre y empezó á abanicar á Quilla. Al cabo fué pasando todo y la enferma adquirió relativamente su reposo pasado. No se llamó al médico.

El *Bermejo* creyó de su deber explicar su conducta á la enferma......

—¿Pa qué vamos á andar con fantasías, hija? Ya esto... vamos... lo tuyo... es cosa decidía... Tú me conoces á mí. Yo me dije, digo: Más vale hacer las cosas con tiempo; ¿pa qué vamos á estar dando carreras despues? No me digas..... No, esto no es

cosa de criticársele á un hombre de bien......

Una semana más allá, cruzando cerca del sitio, entró el médico. El ataud negro, en pié frente á los ojos de la enferma, le hizo reir largamente y dar un pellizquito de inteligencia á Joaquín. Pero no iban las cosas tan aprisa: el estorbo aquel había de durar largo tiempo tal vez......

—Es la historia del vaso rajado, amigo Joaquín, le decía el doctor bajo el colgadizo exterior, el vaso rajado que nunca se inutiliza de una vez...Mira chico,—añadió después de una pausa de reflexión,—yo en tu pellejo, yo....dejaba todo *esto* como está....¿tú me comprendes?... Figúrate que ya la cosa había ocurrido...y que te volvías á casar...Después de todo, uno siempre es hombre...Y tú eres un joven todavía; digo, casi un joven......

Las palabras del médico no cayeron en balde en su conciencia. La solución había de ser buscada por otros rumbos. Quilla no moriría nunca, ni él tampoco había de matarla. Su enérgica complexión de campesina, fundida bajo el sol y templada por la lluvia, se resistía al avance de la enfermedad y diríase que como transacción de las dos corrientes había quedado aquella muerte en vida, indecisa, extraña, muda interrogación abierta al porvenir.

Joaquín llegó al fin, al cabo de cavilaciones, á la fórmula definitiva de que la mejor resolución del problema era la de no resolverlo. Quilla podía ó no suprimirse en aquel escenario: él tomaría su partido considerando

todo aquello como terminado, sin tener que seguir mirando al cura y al sepulturero como factores para su situación en el porvenir. Al cabo ¿qué había ya de humano en aquella posta de masa floja, que le impidiese considerarse como viudo?

—La verdad es, pensó, que no sobraría aquí una mujer......

Se acordó, con el instinto del propietario, del gallinero abandonado, de los puercos flacos y descoloridos, del yarey para los sombreros, abandonado en pencas intactas detrás del armario.

Lo aventurado del pensamiento lo condujo á dibujar el panorama risueño del porvenir: vió en un golpe de luz, riéndole en los ojos, la hembra fuerte que haría sonar las sayas de la cocina al colgadizo, dejando al paso el olor picante de su carne. El diablillo del deseo bailó un segundo delante de sus retinas.

Una mañana se llenó el ambiente del bohío del eco de una risa fresca, cristalina, una de esas risas comunicativas que hacen soñar en una doble hilera de blancos incisivos. Pareció que la media sombra de los rincones se alegraba con suaves claridades lunares. El *Bermejo*, no atreviéndose á presentarse como candidato á matrimonio, habíase conformado con anunciar entre los vecinos pobres del pueblo que deseaba una muchacha, para que con el chico ayudase á los quehaceres domésticos. Y allí estaba en tal calidad aquella pollona de dieciseis años, cuya dura y tosta-

da fisonomía de hombre, se feminizaba con dos hoyuelos graciosos á ambos lados de la boca fuerte y húmeda.

—Con que te llamas Efigenia......

—Para servir á Dios y á Vd., contestaba ella con los ojos bajos......

La pobre idiota la acogió con un estremecimiento enigmático de su único ojo abierto, lacrimoso y como revestido de talco....Y los días se amontonaron unos sobre otros con un poco más de alegría en el bohío, con un poco más de buen humor por parte de Joaquín, á quien no estorbaba ya tanto la presencia de la enferma.

Un cálido mediodía llegó en que los pájaros abrían abrasados los picos á la brisa. La naturaleza entera, ardiendo en fiebre, se entregaba á un espasmo supremo de amor que encalabrinaba á los potros, corriendo tras las yeguas entre las altas hierbas.

Joaquín haciendo alto en el trabajo, tuvo que acudir á la casa á recoger una azada de forma especial. Efigenia cantaba en la parte exterior del bohío y junto á la ventana de la enferma, delante de la ancha batea donde se hundían los brazos desnudos, brillantes de agua jabonosa, coquetones al mostrar los detalles del codo y la muñeca......

Fué una tentación irresistible. El frote acompasado de los trapos hacía bailar la pulpa sabrosa de los senos. Joaguín andando de puntillas llegó hasta ella, y alargando las manos con un movimiento rápido le ta pó riendo los ojos.

—Oh, nó, déjeme... ¡Ah!... si es Vd., don Joaquín....

El *Bermejo* la soltó vivamente. Pero el roce de los dos cuerpos enlazados un instante bajo la corriente erótica que se adueñaba de la llanura, los hizo mirarse ferozmente, ávidamente, al fondo de los ojos.

—Es que eres mala...muy mala conmigo—gimió él.

Y sus venas se hinchaban como gruesos cables bajo la piel. También ella despertaba á la vida: también ella que sentía en sus nervios el despótico llamamiento de la pubertad. Sus labios temblaban; su mano caída blandamente respondió al estrechón brutal que la apretaba.

—No, no, ahora nó—suplicó.—Luego...más tarde......

La frase no terminó. Un ruido espantoso de maderas y objetos pesados, un ruido como de desplome que salía del interior cercano, junto á la ventana á dos pasos de ellos, les arrancó de repente de su lírico transporte......

Quilla, la pobre idiota había rodado de cabeza al suelo llevándose en su caida el butacón enorme. Pegada al suelo la testa blanquecina, de la cual manaba un hililo de sangre, yacía inmóvil, con los ojos fuera de las órbitas y las manos agarrotadas......

—Es lástima, murmuró el *Bermejo*—Miusté qué casualidad......

Efigenia se arrodilló junto á la puerta á rezar un padre nuestro. Una gran flor roja, prendida sobre su cabeza, bailaba á la brisa como cantando á la vida nueva......

EN LA LAGUNA

He aquí el manuscrito del loco:......

"...Bajo el imperio de la tarde, que se suspendía grave y luminosa de los cielos, espejeaba el lago como una gran piel muy bruñida, picoteada en sus bordes por los macizos de cañas suspirantes.

En esas tardes azules que cantan un himno á la quietud, parece á los espíritus graves é impresionables, como que hay un deber de poner la actitud y el pensamiento en armo nía á las cosas blandas que nos rodean. Somos, lo dijo un filósofo, un fragmento pequeño del gran todo, y de nuestras acciones hay que hacer responsable al ambiente.

En estas tardes orientales en que el cielo parece más abierto, más abierto su seno para abrazar á la tierra voluptuosa, es indudable que no se está en el momento oportuno para cabalgar en rudo galope ó para romper el viento con el resollar asmático del automóvil. Se está en la hora de bogar, de resbalar sobre el agua dormida, al compás de un *chis chás* cadencioso de remos largos, tendidos como brazos suplicantes......

Es posible que èste deber de armonía sólo sea reconocido por espíritus poco normales en fuerza de demasiado rítmicos. Puede hasta ser denunciado como capricho de maniático, y tampoco será admitido que en tales horas tenemos una obligación forzosa de amar apasionadamente, de distender nuestros nervios encogidos por la marcha al paso regular de toda la sociedad, de sacar nuestra alma al sol, nuestra pobre alma sumida entre las sombras de la duda..... Sacarla para que huelgue y no piense en nada profundo......

Puede juzgarse de ello como se quiera. Yo sólo os diré que en tales tardes de abandono mi espíritu hace cosas extraordinarias; y por eso en aquellas dos horas que bogué por entre los lirios de agua con mis dos amigos, pude amar y casarme, y conocer la traición y hasta gustar del divino licor del olvido...... !Toda una vida......!

El sol, alto todavía, ponía un hermoso beso de luz sobre la laguna, allá á su borde, por donde se vá al llano. La veíamos cabrillear al través del encaje de los árboles, detenidos como estábamos en uno de esos serpenteos estrechos que hace el agua corriéndose para el rumbo de la montaña. El remo hundido en la arena del fondo, Juan, mi amigo, miraba hipnotizado y medio caido el torso sobre una de las bordas, la malla sutil y movible de los peces, persiguiéndose bajo el cristal de la superficie. Yo me había echado sobre la tabla de la popa, muy próximo al agua, y recogidas las mangas de la camisa, sumergía ambas

manos en la linfa grata, abandonándome á ese placer sereno é intenso de sentir correr la sangre refrescada por las arterias. Bajo la sombra maternal de los jagueyes del ribazo, vivía con nosotros una familia murmurante y nerviosa de frágiles libélulas, que pasaban como suspensas en el aire de una fronda á otra de ambas orillas. Y del monte, calvo en su parte cercana al lago, bajaba cojeando un grupo de gansos blancos, nota burguesa que componía muy bien como apunte final del cuadro......

Mi amigo se hartó pronto de mirar el zig-zag de los peces y poniendo los remos sobre las horquillas, comenzó á bogar. Nos internamos por los canalizos haciendo sonar los juncos y moviendo un fuerte batir de alas en cada matorral en que tenían sus nidos las gallaretas. Las ranas callaban disimuladamente su voz dentro del barro.

E íbamos así á cruzar la parte limpia y abierta de la laguna, cuando de entre los follajes de la orilla opuesta, por el rumbo del bosque de los helechos, surgió como si fuese el canto del bosque mismo, una voz, una voz divina de mujer que cantaba en escalas de agudos, rasgando el velo impalpable del aire luminoso......

—¡Chist......!

Y poseidos igualmente por la voz que de allí abajo subía, pusimos los dos el oido atento...... Los remos, levantados, callaron.......

Era una voz extranjera, pero ¡caso singular! de extranjera que cantaba en español. Se

esforzaba en vano para frasear correctamente los versos conocidos de *La Paloma*, el recurso tradicional de las *misses* de ojos claros que se empeñan en dominar españolerías:

......Cuando...... eo salé de Havana
¡Valguen Dious......!

—¡La Inglesita!...... exclamamos casi á una vez.

Sí; no podía ser otra. La inglesita de Cuatro Caminos, que había venido á vivir con su padre y sus hermanos á una casita de rojo tejado, en el pico de una loma junto á la carretera. Pasaban allí el verano, con media docena de familias campesinas por todo vecindario. La inglesita salía sola á coger flores por el campo, y á veces se la veía por los potreros con uno de sus hermanos, rojos ambos como flores de *pascua*, bajo los anchos sombreros de paja, hablando en una jerga incomprensible, y tirándole á las palomas al paso. Andaban, pensaban y vivían como buenos ingleses: con plena posesión del terreno que pisaban.

Sería hipocresía no confesar que en el acto pusimos proa al sitio misterioso de donde emergía aquella voz, suave como un arrullo. La fronda, bajando esponjosa y verde hasta la orilla, ocultaba toda señal de vida del otro lado de la ribera. El canto salía de las entrañas húmedas y sombrosas del manigual, convertido por una hada graciosa en órgano mágico con troncos de arbustos por tubos, y hojas aromáticas por llaves. Reman-

do muy quedo, como para que una paletada brusca no deshiciese en el encanto, íbamos deslizando la canoa sobre el agua, de frente á aquel oculto nido de escalas límpidas y gozosas. Un momento batió el viento las ramas formando un claro, y en una rápida visión pudimos adivinar la nota blanca de la inglesita inclinada sobre las guirnaldas......

Corrimos, volamos como los marinos antigos fascinados por la sirena!.....

—¡Oh, *my lovest friends!*

La inglesita nos extendía las manos desde la orilla, divina sobre su reflejo blanco dibujado en el agua.

Nos consultamos Juan y yo con la vista.

—¿La invitamos, Juan?

—Corriente, Pedro....

Al cabo era una inglesa, una mujer civilizada que no entendía de convencionalismos gazmoños, como nuestras cubanas. Por otra parte la conocíamos algo. Habíamos podido admirar en silencio sus grandes ojos verdes—un verde de hojas nuevas—y su admirable nimbo de cabellos rubios, mientras su padre nos hablara en ocasiones aisladas, de las siembras, del mal tiempo, de la zafra pasada....

Miss Mary pareció encantada. Y yo al extenderle, para que entrase comodamente en la barca, mi mano ancha y tostada de meridional, sentí que su piel me había infiltrado por los poros no se qué maravilloso embruje que me extremeció de pies á cabeza,

llevándome á la cara el rubor de un colegial.
La inglesita sentada al medio del bote, dió la espalda á mi amigo que se sentó á proa, y comenzó á remar tranquilamente, suelta la amplia pamela hacia atrás como un marco bizantino y entreabiertos los frescos labios á una sonrisa enloquecedora. Fué una conquista instantánea. Dos minutos después de separarnos de la orilla, estaba yo frenéticamente enamorado de aquella mujer, y por ella hubiese sido capaz de todo, incluso de matar á mi amigo Juan, arrojándolo desde la borda abajo.... ¡Qué extrañas cosas pasan á veces por la mente de los hombres en esas voluptuosas tardes azules!......

—Iremos al remanso de los lirios,...¿verdad Miss Mary?......

Miss Mary lo aceptaba todo gozosa y mirándome tambien de hito en hito. Me hablaba con inesperada confianza, y su busto flexible, redondeado, se destacaba recortado y libre bajo la blusa blanca á cada golpe de remo; al mirarla, dibujado el seno, con los brazos extendidos, me venían locos deseos de cruzarlos con los míos y extrecharla en un brutal abrazo. La pamela de alas enormes tapaba su cabeza y la mía de los ojos de mi amigo, y así la idea de cierto aislamiento y de cierta impunidad fué conduciéndonos en un resbalamiento muy humano, á una comunicación ardorosa y ténue de sus ojos con los míos......

En los suyos había amor... Sí, amor verdadero. Lo digo ahora que ya ha pasado to-

do...... Acaso al saturarme ella, por nuestras manos cogidas al pasar á la barca, el filtro de su amor, se llevó ella tambien el del mío.... Tambien puede ser que, como yo, tuviese ella uno de esos temperamentos inflamables que toman el amor donde lo encuentran y gustándolo ávidamente, lo arrojan pronto como una fruta ya sorbida...... Casi estoy seguro de que así fuera, ya que nunca creí haberle gustado con anterioridad...... No lo sé....

Mi amigo, silencioso hasta entonces, habló para indicar una maniobra á la derecha. La laguna comenzaba á salpicarse de albos lirios errantes, suspensos en el agua como deben estar las almas puras en las ondas del Paraíso, ya en lo más cerca de Dios.

Ayudé á la inglesita en la maniobra y mi mano sujetando la suya la llevó en un descuido á mis labios quemantes, que la rozaron sin una protesta suya, sin una expresión de sorpresa, sin más que una oleada de carmín en sus mejillas redondeadas......

Nos amamos intensamente en aquel momento; os lo juro. Ella murmuró un *¡keep still!* trémulo, al ver mi rostro tan cerca del suyo, y sus ojos me dijeron que el alma que á ellos se asomaba era gemela de la mía, y que me quería en aquel instante de un minuto, con inmensa pasión......

....

¿Habeis escuchado con atención ese ruido blando, arrullador y quejumbroso del agua sobre el agua? ¿Habeis oído ese murmullo incomparable, débil y grave, vago y sonoro,

del remo acariciando el agua al ras de la superficie? Es la naturaleza hablando con el más tierno y gracioso de sus lenguajes, es el desbordamiento de poesía más ténue y más intenso á la vez, que puede dar á los hombres la madre tierra, es la salmodia suspirante que consuela toda alma fatigada, ante cuya frescura no hay melancolía que no se reanime......

Pues bien, ese fue nuestro gran himno nupcial. Fué con esa música desmayada y arrobadora, que celebró el lago y la orilla del lago las bodas de nuestras almas exaltadas.....

...Juntos nos inclinamos sobre la borda de la barca para alcanzar los castos lirios flotantes. Habíamos llegado á un remanso silencioso donde los lirios, asomando por entre las anchas hojas verdes, se amontonaban codiciosos de aquel rincón alejado de los hombres. Era una como sábana nítida que el filo de la canoa profanaba. Al golpe de la quilla, la alfombra blanca y verde se abría con ruido fofo: algunas corolas naufragaban, y las becacinas, detenidas á caza de insectos sobre las hojas planas, volaban con un débil grito...

Había en aquel recodo de agua dormida una honda impresión de paz que hacía soñar aún á los que como yo no tuviesen nada de poetas. Mi inglesita y yo, y también mi amigo á la proa, nos hundíamos insensiblemente en aquella dulce sensación, y dejábamos errar los ojos sobre la tranquila nota blanca. Había lirios abiertos totalmente que acogían

como lunas toda la luz del sol para devolverla menos hiriente;... y otros, en botón, que se levantaban en forma cónica aún, como labios alzados para un beso al céfiro;... y algunos que, doblado su cuello sobre el agua, manchaban por mitad su tierno esmalte de eucaristía;... y otros apretados en esponjoso haz, caprichosos y extraños, que balanceando juntos su alma y su perfume, fingían gráciles cabezas de nereidas curioseando reunidas á un punto lejano, allá en la superficie... Sobre el lecho de lirios volaba una brisa tenue, callada, que hacía estremecer apenas las hojas y las corolas. Y en las ondas de la brisa cabalgaban libélulas y abejas, rondando los cálices con un temblor luminoso en las alas de seda...

Pero ¿por qué habrá en cada sensación de estas sencillas y blandas que bañan los corazones, algo de grave melancolía que pesa sobre nuestros ojos? Aquel casto remanso había poseído mi espíritu, y acariciándolo lo hacía sufrir con dolor punzante que no se parecía á otras crisis que mis nervios me habían hecho padecer á veces. Me parecía, hipnotizado bajo la sugestión de lo blanco, que había encontrado un ideal buscado de antaño; y que al hallarlo y beber con avidez me abrumaba él á mí. Nada, ninguna otra cosa me hubiese atraído con más fuerza en aquel instante...

Fué mucho tiempo de obsesión, mucho de embriaguez y de viajes por círculos luminosos semejantes á los que pintan en los libros

místicos para dar una idea de los ultramundos. ¿Cuánto? ¡Quién sabe!...

....

La inglesita me sacó de mi gozo estúpido tirándome suavemente de una manga. Parecía ofendida. Tal vez lo estuviera. Lo cierto es que no la consolé porque de vuelta de mi viaje sentimental, la hallé detestablemente fea y ridícula. No sé como no conoció mi horror interno...

Desde entonces me fueron antipáticos mis dos amigos. Propuse salir del remanso y dí para explicar mi estupor un pretexto que debió ser muy tonto porque Miss Mary contrajo sus finos labios en una sonrisa burlona... Ahora, ya en frío, pienso que acaso tendría yo después de salir de mi sueño un aspecto marcado de idiotismo...

Entonces remé yo. Tomé el travesaño más inmediato á la popa, y bien pronto mis nervios se distendían en un ejercicio rápido de mis brazos, que hacía brillar alternativamente las gotas en las puntas de los remos. Miss Mary hablaba con Juan detrás de mi espalda, y su conversación me parecía tonta y molesta. Hablaban de los proyectos del inglés padre, improvisado en el negocio de cañas. ¡Oh, seres vulgares, seres grises que venían al lago á hablar del negocio de cañas!

De vez en cuando mi voz *terciaba en la charla*. Forzadamente, como adulando á los dos que conversaban, para que no me desdeñaran como á un vil gondolero, me daba por enterado del h ilo, y añadía un dato, una ci-

fra elocuente, un detalle sobre la feracidad de aquel terreno. Hay siempre un interés de vanidad en que no se prescinda de uno, aún á trueque de ser inoportuno y de decir tonterías. Yo hablaba de lo que no me importaba, con la recia espalda sudada y luciendo el cogote como un gañan,—por vanidad, solo por vanidad. ¡Qué ridículo debí estar!......

—...Tenga, para usted tambien Mr. Pedro.

La inglesita estiraba su mano por encima de mi hombro alcanzándome una rosa que se quitara probablemente del pecho. El perfume de la mano y de la rosa subió á mis narices.

Pero me pareció una injuria el ofrecimiento. Aquel *también* se me había clavado en el alma. Quería decir que no era á mí solo á quien ofrecía las flores de su pecho. Seguramente le había dado antes otra rosa á Juan, y luego, por lástima, menos que por lástima para callar mi gesto de escándalo cuando al volver la cara me encontrase á mi amigo lindamente adornado con las flores de ella, por una medida de previsión, repito, había extendido hasta mí su generosidad.

Acepté con un gesto casi grosero:

—Me permitirá usted que la deje ahí...con la ropa... Muy hermosa, sí, muy hermosa.....

Y abandonando los remos, dejé el bote al pairo en el centro del lago y me puse en pié para estirar las piernas.

La inglesita y Juan conversaban suavemente.

Hablaban con naturalidad, como dos buenos burgueses, de cosas fútiles que nada te-

nían de común con el alma de los lirios y las rimas, por mí soñadas, del sol jugando sobre el agua.... ¡Oh! Pero en las pupilas de mi amigo palpitaba un brillo extraño que antes no le había notado. ¿No es así, con ese brillo, que cuentan los cazadores que fosforecen los ojos de las bestias, de noche, en el bosque, á la hora del celo?... Algo de esto vino á mi memoria entonces...

Juan deseaba á *mi* inglesita; y pude asquearme con la convicción de ello, cuando como para componer un bonito cuadro, tomó y alzó dos apretados lirios, blancos como hostias y los llevó á la cabeza de Miss Mary, dejando ir los largos pedúnculos hacia abajo y orlando cada oreja sonrosada. Una perfecta medalla bizantina.

—Mira, Pedro,... ¡Un dibujo!

La inglesita lo agradeció con una protesta débil. También aquel tenía sus vuelos de poeta... Y era además poeta con músculos bien torneados y cálida mirada varonil... Su mirada recorrió la esbelta figura recia del mocetón; pareció encantada.

No hubo más. Ni siquiera una mirada comparativa hacia mí. Pero mis nervios sintieron el choque, como si una mano brutal hubiera apretado allí mismo mi corazón. Me pareció que la misma hada de los lirios que antes nos casara, nos había divorciado llevando al uno hacia el llano verdegueante y hacia el monte áspero á la otra.

Entonces me acometió un deseo violento de salir pronto de aquel pequeño mundo que

flotaba en dos metros de agua. No fué pesar; fué hastío. Sentí ese furioso deseo de estar solo que muchas veces me ha acometido, ese deseo loco de tumbarme en las tablas del bote á emborracharme de sol; de triscar como una cabra dando saltos mortales sobre la yerba; de soltar juramentos de carretero á las ranas y á las biajacas; de ser salvaje dos minutos, sólo dos minutos, para que descanse el cuerpo de la funda estrecha con que lo ahoga la civilización. Remé.

A la orilla del lago, para los herbazales donde jugaba la blanca flota de gansos, varé el bote hundiendo la proa en el seno verde y mullido de los matorrales. Las ramas delgadas gimieron, y el agua fangosa del remanso jugó un momento con la quilla. Con un tirón del brazo extendido fué ganado el muellecito...

Al subir el sendero acostado en culebra sobre el llano, después de amarrar la canoa á la estaca y sintiendo el parloteo de los dos jóvenes tras de mí, ¡qué amorosa y cándida me pareció la tierra latiendo por sus hierbas á la caricia del sol, qué perfume de vida fuerte, distinta á la vivida, acendraban las flores del campo ignoradas en el cesped, qué murmullo tan solemne y honrado el de la palmas ofreciéndose á los pájaros, qué respiración de pecho altivo y fuerte exhalaban los pinos rodando su tropa disciplinada del monte á la sabana!..... Gracias, gracias, seres puros. Un hombre os comprende....!

....

...Y al quitarnos la camisa aquella noche

para ir á la cama, hacíamos el resúmen de la tarde Juan y yo.

En las sombras de allá abajo quedaba la laguna callada abriendo su gran ojo insom ne al curioso de las estrellas. Sobre su lámina tersa quedaba también penetrando de amargura los juncales candorosos, una novelita cruel. Una mujer y dos hombres; tres mundos diversos, orientados según distintos y versátiles apetitos; ¿quién habría de conciliarlos en los modos de ver la vida?....Toda lógica imposible ante la feroz pasión egoísta......

Pero nos miramos como amigos, sonriendo de estas filosofías. Y el comentario de ambos se cruzó en silencio, recordando cómo velozmente habían corrido los años en aquellas horas de la tarde azul.

Toda una vida, hermano, toda una vida de humanos egoístas..... Amor, epitalamio, hastío, traición, divorcio... Toda una vida, resbalando en la laguna.....!

INDICE

	Proemio	I
I.	Las montañas	1
II.	Poema escondido	17
III.	Los aguinaldos	33
IV.	El Padre	45
V.	Ley de la tierra	61
VI.	Dos vidas	71
VII.	Carta de una flor de espino	99
VIII.	Paludismo	111
IX.	Pata de palo	123
X.	Campanas de boda	135
XI.	El látigo rojo	155
XII.	El estorbo	167
XIII.	En la laguna	189





